Misterios de la Edad Media

JESÚS CALLEJO

ESPA PDF

¿Cómo era la gastronomía en la Edad Media?, ¿y la receta del Hypocrás? ¿Cómo se fabricaba el acero de Damasco?… Una visión de la historia distinta a la que nos ofrecen las grandes fechas, batallas, señores y reyes: una visión de cotidianidad, curiosidades y misterios. Jesús Callejo realiza un apasionante repaso de la época: desde el Codex Gigas, a el fuego griego, pasando por la cabeza autómata del papa Silvestre II o expresiones y frases cotidianas que datan del Medievo.

Una narración que recrea una época mágica en la que la Historia se mezcla con la anécdota, el dato desconocido y sorprendente y las peripecias de personajes relevantes y variopintos como Hildegarda de Bingen, Petrarca, Jacques de Molay, Agnès Sorel, El Cid…

Jesús Callejo

Misterios de la Edad Media

ePub r1.0
Titivillus 10.04.16

Título original: *Misterios de la Edad Media*
Jesús Callejo, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

INDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I. TIEMPO DE PAZ Y DIVERSIÓN

Sobre la vida cotidiana Gastronomía: lo que comían y bebían. —El hipocrás y la buena costumbre de las tapas. —Higiene: el agua como artículo de lujo. —La Era Hispánica. —La felicidad de la familia Abderramán. —El Bibliocausto de Córdoba. —Monasterios y Scriptorium. —El conocimiento que se impartía en las Universidades. —Momento de juegos

CAPÍTULO II. TIEMPO DE GUERRA Y MUERTES

Las ocho Cruzadas y alguna más. —La Cruzada de los Niños. —Muertos en el cruce de las Cruzadas. —Órdenes de Caballería. —La muerte negra y hedionda. —Peste y milagros. —La llegada de la pólvora. —¿Qué era el fuego griego? —El ergotismo o fuego del infierno. —Hunos y Ugrios: los malos de los cuentos.

CAPÍTULO III. TIEMPOS DE REZAR Y TEMBLAR

Se empiezan a construir catedrales. —De las gárgolas a Quasimodo. —El simbolismo de los Bestiarios. —

Reliquias, indulgencias y bulas. —Inquisición medieval o pontificia. —Herejías para todos los gustos. —El cisma de Occidente o cómo hacer mal las cosas. —Las apariciones marianas en el Medioevo.

CAPÍTULO IV. TIEMPO DE MAGIA Y SUPERSTICIÓN

Libro de Raziel. —El Picatrix y El Ciprianillo. —Codex Gigas: el códice del diablo. —Buscado el inexistente Necronomicon. —Maldiciones medievales. —La maldición de Don Rodrigo. —Jacques de Molay y la maldición templaria. —Fernando IV, El Emplazado y los hermanos Carvajal. —

Los nombres prohibidos.

CAPÍTULO V. TIEMPO DE INVENTOS Y PREGUNTAS

¿Se ha desvelado el secreto del acero de Damasco? —¿Dónde está la tumba del Rey Rodrigo? —¿Quién fue el último rey godo? —¿Existió la batalla de Clavijo y el tributo de las 100 doncellas? —¿La tumba de Almanzor está en Soria? —¿Pedro Madruga fue Cristóbal Colón? —¿Qué fue de los huesos y la espada de El Cid? —¿Dónde reposa Babieca? —¿Existió Robin Hood? —¿Qué inventos hicieron la vida más sencilla?

CAPÍTULO VI. MISTERIOS

MEDIEVALES RESUELTOS CON EL ADN

Los 80 gramos de Colón. —Las dos cabezas de Jaime I el Conquistador. —Pedro III el Grande con juanetes y rubio de bote. —Agnès Sorel, la amante envenenada. —La calavera femenina de Petrarca. —La muerte de Sanchito. —Las tres momias del Príncipe de Viana.

CAPÍTULO VII. TIEMPO DE VIAJES

Egeria, la autora de la primera guía de viajes. —Benjamín de Tudela: el viajero medieval por excelencia. —Jacobo de Ancona y la Ciudad de la Luz. — Marco Polo, prototipo del aventurero. —Errores a desterrar. —El

gran viajero del siglo XIV: Ibn Battuta. —Ruy González de Clavijo, un madrileño medieval y universal. —El busca del reino del Preste Juan. —El fanfarrón Juan de Mandeville.

CAPÍTULO VIII. PERSONAJES QUE DIERON MUCHO QUE HABLAR

Silvestre II, el Papa del año 1000. —Alfonso X el Sabio, el rey que quiso ser emperador. —Mujeres medievales de bandera. —La adolescente Juana de Arco. —La Leonor más famosa de la historia. —La romántica historia de la princesa Kristina de Noruega. —Hildegarda von Bingen y la Lengua Ignota. —Beguinas, una vida alternativa

en la Edad Media.

APÉNDICE

—Frases y expresiones populares que provienen de la Edad Media.

INTRODUCCIÓN

Nada menos que unos 1.000 años de peripecias nos esperan donde menudearon las batallas —estamos hablando de la época de las Cruzadas y de la Reconquista—, de pestes bubónicas, de catedrales, universidades, inventos y también de fenómenos extraños y paranormales. Una época de descubrimientos de toda clase, tanto aéreos, agrícolas, náuticos como mecánicos.

Fue la época de los grandes viajeros como Marco Polo e Ibn Batuta y, desde el punto de vista religioso, surgieron

sectas y herejías como hongos en una religión predominante que era la cristiana, intentando completar lo que la Iglesia católica no podía o no sabía. Y al cristianismo imperante le surgió la competencia: el Islam, que además venía adosado con una civilización y con aires expansionistas un tanto militares.

Muchos tal vez hayan simpatizado con esta edad tan apasionante a través de la literatura y sobre todo gracias a la novela histórica *Los pilares de la Tierra* (1989) del británico Ken Follett, donde se cuentan las peripecias de un maestro de obras intentado construir un priorato-catedral en una convulsa Inglaterra del siglo XII durante un periodo de guerra

civil conocido como la Anarquía inglesa, con las intrigas palaciegas y las conspiraciones de un obispo que quería llegar a ser arzobispo de Canterbury. Novela que, con los años, se ha convertido en serie televisiva. En ella se ven perfectamente las grandezas y las miserias de una Edad Media que supuso un renacer en muchos campos del conocimiento y un atascamiento en otros.

Se cree que toda la Edad Media, tanto la Alta como la Baja, fueron siglos de oscurantismo, de fanatismo religioso, inquisiciones, muertes, hambre, penurias y de desolación en general. De hecho, un sinónimo de esta época es la Edad Oscura. Y claro que hubo de todo eso y

mucho más, pero no debemos olvidar los grandes logros, las largas épocas de paz y los avances que supuso para el conocimiento humano, con auténticos genios como el Papa Silvestre II —considerado el primer científico de Europa—, Ramón Llull, Roger Bacon y tantos otros.

Época de castillos, conquistas, monjes, caballeros, doncellas, justas, juglares y dragones. O eso al menos nos dicen las películas. Es verdad que hay muchos tópicos y alguno habrá que ir desterrando. Lo seguro es que los señores feudales extendían su poder sobre sus vasallos. Y la sociedad se dividía en estamentos donde nadie era

igual a otro. En la sociedad medieval había tres grupos sociales muy diferenciados:

- Los *Bellatores* o defensores: la nobleza.
- Los *Oratores* u oradores: los clérigos.
- Los *Laboratores* o trabajadores: los villanos,

San Wulfstan, arzobispo de York y obispo de Worcester, lo dijo con la mayor claridad posible en el siglo XI:

> «Todo trono real que rija sabiamente se apoya en tres

elementos: uno son los *oratores*, otro, los *laboratores*, el tercero, los *bellatores*. Los *oratores* son hombres de oración, que día y noche deben rezar a Dios y rogarle por todo el pueblo. Los *laboratores* son hombres de trabajo, que proporcionan todo lo necesario para que el pueblo pueda vivir Los *bellatores* son hombres de guerra, que luchan con las armas para defender la tierra. Sobre estos tres pilares debe regirse con justicia cualquier trono real».

Pero entre la nobleza también había

sus clases y rangos. Dejando aparte al rey, estaban los aristócratas, los caballeros y los hidalgos. Las que tenían todas las de perder eran las clases más bajas, los plebeyos o, mejor dicho, los villanos, que ya la palabra lo dice todo y no porque sea el "habitante de la villa" sino porque se le asociaba a todo lo malo, feo y ruin, a diferencia del caballero que representaba el valor, el honor, la cultura y la elegancia.

A los campesinos se les llamaba también pecheros porque eran los que pagaban los "pechos" o tributos, algo de lo que solían estar exentos la nobleza y el clero por estamento y además, los nobles estaban protegidos por la

“honra”, palabra que les servía para hacer cualquier clase de desmán.

Por cierto, los villancicos proceden del pueblo y su origen está en España, en unas composiciones del siglo XV-XVI que eran profanas, cortesanas y versaban sobre temas amorosos con sus típicos estribillos. Y se llaman así porque procedían de la villa, cantadas por los villanos, campesinos u otros habitantes del medio rural. Antes del siglo XV canciones similares eran llamadas cantigas pero sin ese toque tan campechano. Como ejemplo, uno de los villancicos más famosos, antes de que se convirtieran en canciones infantiles religiosas de corte navideño, es este de

Juan del Enzina, un trovador que nace en Fermoselle (León) en 1468, que hace su elogio particular al *Carpe Diem* de los romanos:

> Oy comamos y bebamos
> y cantemos y holguemos
> que mañana ayunaremos.

Fueron tiempos de vivir el día a día, con la incertidumbre del futuro. Tiempos de crisis política en la Iglesia, de múltiples Cruzadas para liberar una Tierra Santa que estaba regada de sangre y de luchas intestinas contra "herejías" con hombres que no querían luchar y que

tan sólo predicaban la pobreza, como los cátaros. A pesar de ello, la paz reinaba en casi todo el Viejo Continente y esto trajo prosperidad para el campesinado y los comerciantes, emergiendo la burguesía como nueva clase social en alza, debido a que los artesanos y comerciantes se querían diferenciar de los plebeyos y villanos todo lo que fuera posible. Y lo consiguieron.

El arte románico dio paso al luminoso arte gótico en un impulso constructor sin precedentes y comenzaron a retornar los conocimientos perdidos de los antiguos griegos y romanos en traducciones

árabes para iluminar de nuevo el paisaje del Medievo. Este es un viaje apasionante a través de las luces y las sombras de la “Edad Oscura”…

I
TIEMPOS DE PAZ Y DIVERSIÓN

¿Cuándo empezó la Edad Media? Pregunta básica y de cultura general. Nadie lo fue anunciando a bombo platillo colocando carteles en todas las plazas de las ciudades. No fue de la noche a la mañana, aunque los historiadores están de acuerdo al decir que sería cuando cae el imperio romano de Occidente en el año 476.

Y ocurrió de una forma muy curiosa. En Roma, el primer rey fue Rómulo y el

primer emperador Augusto. Hasta ahí nada que objetar. El problema es que el último emperador de Occidente se hizo llamar Rómulo Augusto —Augústulo como le llamaban de una manera burlona—, toda una temeridad para los agoreros porque ellos veían una especie de maldición en el nombre, cerrando así un ciclo histórico: el fin del imperio de Occidente. Y así fue. Rómulo Augústulo fue destronado en el 476 por el bárbaro Odoacro. Y de este modo termina el Imperio Romano —aunque nadie se percató de ello— y nace la Edad Media. Ya no hubo emperador en Occidente hasta Carlomagno.

¿Y cuándo finaliza la Edad Media?

Aquí se barajan dos fechas posibles: o bien con la toma de Constantinopla por parte de los turcos en 1453 o bien con la conquista de América por Colón en 1492. A elegir la conquista de Constantinopla con el consiguiente dominio otomano del mar mediterráneo coincide, más o menos, con la invención de la imprenta (1456) y el desarrollo del humanismo y el Renacimiento, procesos a los que contribuyó la llegada a Italia de exiliados bizantinos, de navegantes chinos y de textos clásicos griegos. Sin olvidar otro hecho importante y fundamental en Europa: la Reforma protestante iniciada por Lutero en 1517 que da un vuelco a la monolítica Iglesia

Cristiana de Occidente.

Para su estudio, los especialistas dividen a la Edad Media en dos etapas:

- Alta Edad Media (siglos V al XI).
- Baja Edad Media (siglos XI al XIV).

Algunos historiadores no están de acuerdo con esta división en dos periodos y quieren acuñar una tercera, como sería la "Temprana Edad Media", que abarcaría los siglos V al VIII, en concreto, hasta la coronación de Carlomagno como emperador en el año 800. Otro nombre que recibe este periodo será el de "Antigüedad tardía",

pues consideran que está más incardinada en la anterior Era que en la medieval. Fuera de estas disquisiciones académicas, estas dos etapas principales tienen varias características cada una. Analicemos unas cuantas:

- La Alta Edad Media, que abarca desde la Caída del Imperio Romano hasta el inicio del siglo XI, se caracteriza por:
- Sucesivas invasiones: tanto por el norte —grupos germánicos— como por el sur —grupos beréberes—.
- Establecimiento del Imperio de Carlomagno, guerrero franco que

intentó reconstruir el antiguo imperio de Roma.

- Nacimiento, en Arabia, de una nueva religión, llamada musulmana o islamismo, predicada por el profeta Mahoma.
- Invasión a España de los musulmanes en el año 711, los cuales fueron definitivamente expulsados por los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, en 1492.
- Abandono de ciudades: las personas huyen al campo por miedo.
- —Grandes diferencias de clases: la

pobreza hace que las diferencias entre clases se acentúen mucho más y la mayoría de las personas van a estar en la miseria.

- Dominio de la Iglesia católica que va a aumentar su poder y su riqueza como los reyes y los señores feudales. Características generales de la Baja Edad Media, que comprende desde el inicio del siglo XI hasta el descubrimiento de América (1492):
- Aumento demográfico: al disminuir las guerras se produce un aumento de la población.
- Implantación de un nuevo sistema

de “gobierno”, el feudalismo, sistema por el cual unos pocos terratenientes se adueñaron de las tierras de casi toda Europa y de sus habitantes, a quienes les permitían explotar sus tierras a cambio de un impuesto.

- Surgimiento de una nueva clase social: la burguesía, comerciantes de clase media. Esta clase ya no trabaja para el señor feudal, trabajará cobrando por su trabajo.
- En el siglo XI se produce una revolución cultural una vez pasado el miedo al año Mil que paralizaba proyectos y corazones. Se van a dar

avances científicos importantes; aparecerá la imprenta, importante para la transmisión de la cultura y el conocimiento.

- Avances relevantes en la medicina y en la enfermería.
- La Iglesia continua siendo muy poderosa y dominante: seguirá perteneciendo a la clase alta; pero en esta época van a aparecer grupos dentro de la propia Iglesia que van a criticar la situación de poder que tiene la misma.
- Se inician una serie de Cruzadas que supuestamente estuvieron concebidas como expediciones

religiosas y militares, para recuperar el sepulcro de Cristo en Tierra Santa.

En África, América, Asia y Oriente Medio, este periodo histórico no entra fácilmente dentro del concepto europeo de Edad Media. China evolucionó paulatinamente desde los tiempos prehistóricos hasta el comienzo de la historia moderna occidental sin los bruscos cambios que tuvieron lugar en Europa. El poder en China estuvo en manos de diferentes dinastías y también fue víctima de invasiones, pero su cultura fundamental progresó de una manera estable. La historia de Oriente

Medio se adapta un poco más a la Edad Media europea, al tratarse de zonas más cercanas y entre las que el contacto era continuo sobre todo por el mundo musulmán.

Sobre la vida cotidiana

Por situarnos en España y entender cómo se vivía y se pensaba en la Baja Edad Media, hay que saber que convivían en la Península Ibérica varias clases sociales muy diferenciadas:

1. Los reyes y la nobleza: ostentaban el poder, manejaban las armas, hacían la guerra a los musulmanes y eran dueños

de las tierras.

2. El pueblo: inculto e iletrado, esclavo de la gleba, o sea que dependía de los señores feudales y que era el que cultivaba la tierra y hacía los trabajos más penosos.

3. El clero: agrupado en conventos de diferentes órdenes, entre ellas los dominicos y los franciscanos, monjes mendicantes que pregonaban el ascetismo, la vida dedicada a la oración y dependían directamente de Roma, no del obispo local. Dominaban el saber, generaban los libros y custodiaban las bibliotecas. Eran los cristianos instruidos y educados para mantener el saber basado en la religión católica.

4. Las minorías de otros credos; judíos y moros. Con el fin de romper el monopolio comercial de los judíos, cuya creciente riqueza generaba envidia y temor a la nobleza y al pueblo, las leyes de los diferentes reinos limitaron sus posibilidades de trabajo impidiéndoles ejercer diversos oficios. De este modo sus actividades eran progresivamente restringidas y se les obligaba a vivir en barrios determinados.

El hombre, en esta época, era la medida de todas las cosas, no tenía puntos de referencia y la tecnología no estaba tan desarrollada como para que no tuvieran que ejercitar los trabajos con su sudor, esfuerzo y con las

herramientas de sus manos y pies. Al no haber alcantarillado ni sistema de conducción de aguas, las calles de las ciudades, fortaleza o aldeas, parecían cenagales todas las épocas del año. El mal olor era parte de la cotidianidad y lo normal era vivir no más allá de los cuarenta años y morir de miseria o de "algo" que ni los propios médicos acertaban a diagnosticar.

Los animales domesticados servían de apoyo a los trabajos del campo y del comercio y compartían las casas de sus dueños; normalmente el establo estaba en la parte de abajo y en una buhardilla vivían los humanos. El olor a pocilga era lo más natural.

El agua había que ir a buscarla al pozo o a la fuente, la luz era proporcionada por las velas y algunas que otras antorchas resinosas que despedían tanto humo como luz.

Gastronomía: lo que se comía y se bebía

En la Edad Media se marcaba la diferencia entre los nobles y el pueblo llano de muchas maneras y una de ellas era en la gastronomía. Empezaron a comer lo que a un campesino nunca se le ocurriría hacer: las crías de los animales. A nadie, en su sano juicio en

aquella época de penalidades y hambrunas, se le ocurriría comer lechón o cochinillo en el periodo de lactancia sin antes dejarlo crecer para que fuera más rentable su compra o crianza. O un cordero lechal sacrificado en los primeros 25 o 30 días de vida —si se le mata tras el destete, alrededor de los 45 días tras el alumbramiento, se llama ternasco—.

Se comían la ternera, que era la carne de las vacas que se han criado por lo menos seis meses de edad hasta el momento de sacrificio e incluso los huevos de las gallinas que son el germen de futuros polluelos. Cuando en las cortes europeas se empiezan a comer

animales tan pequeños era una clara distinción entre la riqueza y la pobreza, entre las clases altas y las bajas. El mensaje del rey o del duque de turno sería: “yo puedo comerlo pero vosotros no”. Y por influencia de la nobleza, poco a poco otros estamentos empezaron a hacer lo mismo, hasta hoy en día donde ya está al alcance de cualquiera, dentro de la clase media, degustar estos manjares cárnicos.

La historiadora rusa Zoé Oldenbourg, en su obra *Las Cruzadas*, lo resume perfectamente:

> «La carne de ganado doméstico no se comía, con excepción de la

de cerdo y la de corral, pero los nobles, grandes comedores de carne, traían de sus incursiones por el bosque hecatombes de perdices, urogallos, liebres y corzos. El oso, el ciervo y el jabalí muertos se llevaban en triunfo y, en las vigilias de los grandes banquetes, los pájaros pequeños, como codornices y tordos, muertos a centenares, se sacaban de los morrales y se amontonaban ensangrentados por los suelos de las cocinas, En las cocinas reinaba un olor a sangre, a pieles recién desolladas y a humo de carnes asadas que se

juntaba con el olor de los perros, de los halcones de caza y de la gente».

El cisne y el pavo fueron domesticados a menudo, pero comidos solamente por la élite social. Para el resto del pueblo, criar ganado era una tarea muy relacionada con el trabajo de agricultura, de esta forma los bueyes y las vacas eran mucho más valiosas como animales de tiro que como potenciales productores de alimentos. La carne de animales sacrificados estaba disponible sólo cuando no podían servir más. Era la mejor forma de rentabilizar una inversión. Y si había auténtica hambre ni

los perros ni los gatos se salvaban.

Curiosamente, alguien lanzó el rumor de que la barnacla cariblanca, un tipo de ganso que se caracteriza por un plumaje oscuro y con poco colorido, se reproducía no poniendo los huevos como otros pájaros, sino creciendo dentro de los percebes y por lo tanto era considerado como alimento aceptable para los días de ayuno y la Cuaresma. Y se lo creyeron.

En la Edad Media no existían los platos. Para comer en los banquetes se cortaban hogazas de pan duro y se ponía la carne en el centro. Una vez acabado el banquete, se remojaba el pan en la salsa y se entregaba a los pobres. Era

una manera de no tener que fregar los platos. Se empleaba el cuchillo en la mesa, pero generalmente no se incluía con el plato ya que se esperaba que cada uno de los comensales llevara consigo el suyo propio.

La práctica más habitual era compartir las copas y los recipientes donde se bebía, así como partir el pan con las manos o remover en la fuente central de carne ubicada en el centro de la mesa para ofrecer un pedazo al comensal vecino.

El tenedor para comer no era muy empleado en la Europa medieval y no se extendió su uso hasta la Era Moderna. En sus inicios sólo era común su empleo

en Italia debido, en gran medida, a que se empleaba en la pasta. Existe constancia histórica en el siglo XI del primer tenedor propiamente dicho, y se atribuye a Teodora, hija del emperador bizantino Constantino Ducas, que se casó con el dux de Venecia Domenico Selvo. Esta princesa asombró a los venecianos por SU aire refinado y por usar un tenedor de oro de dos púas, con el cual su esclavo eunuco le presentaba los bocados que había trinchado previamente.

San Pedro Damián la tomó con la dogaresa desde el púlpito por el uso del tenedor, considerado un instrumento diabólico. A pesar de todas las

reticencias, el uso del tenedor fue extendiéndose por Italia y a finales del siglo XIV era corriente en todas las clases sociales, incluso en las tabernas para comer las pastas.

El hipocrás y la buena costumbre de las tapas

El vino y el pan eran los elementos fundamentales en la dieta medieval. En aquellas zonas donde no había viñas la cerveza era la bebida más consumida. De esta manera podemos establecer una clara separación geográfica: en las zonas al norte de los Alpes e Inglaterra

bebían más cerveza mientras que en las zonas mediterráneas se tomaba más vino. Y por supuesto sin olvidar el hipocrás —que ahora está completamente olvidado—, una bebida bastante común en la Edad Media que se consumió hasta bien entrado el siglo XIII. El término hipocrás proviene del griego *krasis* —significa mezcla— y sus ingredientes principales eran el vino y la miel. Una de las recetas que nos han llegado sería la siguiente, tomada del *Libro de Cozina*, de Ruperto de Nola:

> «Canela cinco partes, clavos tres partes, jengibre una parte. La mitad del vino ha de ser blanco y

> la mitad tinto. Y para una azumbre seis onzas de azúcar, mezclarlo todo y echarlo en una ollica vidriada. Y darle un hervor, cuando alce el hervor no mas, y colarlo por tu manga tantas veces hasta que salga claro».

En otras palabras, vino blanco —la mitad del total—, vino tinto —la otra mitad—, canela, clavo y jengibre —en proporción 5:3:1— y azúcar, quien la tuviera en su casa, porque al igual que la sal era un artículo de lujo y, por tanto, era sustituida por la miel. Se tomaba caliente y era un buen estimulante para

los días fríos de invierno.

A esta bebida se le atribuían propiedades terapéuticas, y era recomendada para tratar gripes y malas digestiones. Según Paul Lacroix, autor del tratado *Usos y Costumbres de la Edad Media y el Renacimiento*, el hipocrás «desempeñó un rol tan importante en las novelas de caballería que llegó a convertirse en una verdadera bebida de honor con la que se obsequiaba a los reyes, los príncipes y los grandes señores en la puerta de las ciudades».

Alejandro Dumas, en su novela 20 años después, lo menciona en el capítulo VIII con estas palabras:

«viéndole pasar por la calle de la judería y entrar en una casa de buen aspecto de la plaza de Calandre (…) prefirió entrar en una pobre taberna que había en la misma plaza, esquina a la calle de San Eloy, y pidió un vaso de hipocrás. Para preparar esta bebida se necesitaba por lo menos media hora, y en ese tiempo podía, sin levantar sospechas, espiar al bedel».

Dicen del rey Alfonso X el Sabio que, a causa de la enfermedad que padeció en sus últimos años, estaba obligado a tomar pequeños bocados

entre horas, acompañados con sorbos no de hipocrás sino de vino. Le pareció tan buena costumbre que dictó un decreto real para el resto del reino, instaurando así eso tan castizo de tomar el aperitivo. Una vez repuesto, dispuso que en los mesones de Castilla no se despachara vino si no era acompañado de algo de comida. Nacieron así las “tapas”, cuyo nombre se remonta a esta época medieval, y se origina por la jarra de vino que se servía con una loncha de jamón, fiambre o queso que “tapaba” la abertura de la jarra o del vaso. Cumplía así una doble finalidad: evitar que cayeran impurezas o insectos en el vino y acompañarlo con un alimento sólido

para que no se subiera muy pronto a la cabeza.

Cervantes, en *El Quijote*, llamaba a las tapas "llamativos" y Quevedo "avisillo". Hay quien asegura que la historia de la tapa surgió en Cádiz a raíz de la siguiente anécdota. El rey Alfonso X estaba realizando una visita oficial a los gaditanos y al pasar por el Ventorrillo del Chato —venta que aún hoy existe— se paró para descansar. El rey pidió una copa de Jerez, pero en ese momento una corriente de aire entró en la Venta y, para que el vino no se llenara de arena, el tabernero colocó una lonchita de jamón encima de la copa. Al rey le gustó la idea, se comió la tapa, se

bebió el vino, y pidió que le sirvieran otro, pero con “otra tapa igual”. Al ver esto, todos los miembros de la Corte que le acompañaban pidieron lo mismo.

Higiene: el agua como artículo de lujo

La esperanza de vida en las sociedades medievales era realmente baja, no superando los 30-35 años. Como ejemplo, aquí va un dato: de los nueve reyes que se sucedieron en el trono de Castilla entre Sancho IV (1284-1295) y Enrique IV (1454-1474), ninguno llegó a cumplir los 50 años y cuatro no llegaron a los 40. Las causas

no sólo hay que buscarla en las batallas sino también en la alimentación y en la higiene.

La idea generalizada es que en la Edad Media las personas no tomaban baños y vivían en un estado de completa suciedad, sin embargo parece que al menos en parte, esto es un mito. Muchos historiadores señalan que existió —al menos en las ciudades— una actitud positiva hacia el baño, al que se otorgaban virtudes terapéuticas.

Los baños públicos florecieron en las grandes ciudades europeas en el siglo XIII, y para el siglo XV ya eran algo normal en los pueblos. Contrario a las elaboradas instalaciones de los baños

romanos o árabes con grandes piscinas comunes de distintas temperaturas, los baños medievales eran más cutres y usaban tinajas de madera con agua caliente en las que cabían dos o tres personas.

Incluso eran común que en los establecimientos donde se daban comidas y bebidas, hubiera tinas para comer mientras se tomaba el baño. Para mediados del siglo XIII, los baños públicos eran tan numerosos en París que los propietarios formaron su propio gremio. La popularidad de estos baños desencadenó otras actividades, como la de los burdeles. El baño era también una parte importante en los rituales de los

caballeros medievales. Para su nombramiento, el candidato debía bañarse antes de pasar la noche en oración —la noche en vela, la noche en blanco, velando armas… ya veremos más delante de dónde provienen estas expresiones populares—, con la finalidad de que estuviera corporal y espiritualmente purificado antes de convertirse en caballero.

La actitud de la Iglesia hacia el baño no era muy positiva. Lo condenaba ya que lo veía como un lujo innecesario y pecaminoso. Esa actitud proviene en parte de los primeros ascetas y eremitas que evitaban la higiene y el baño como un modo de autoflagelación. A los pocos

que se bañaban se les quitó las ganas de hacerlo cuando llegaron las grandes epidemias medievales, porque se creía, y algún docto médico lo afirmaba, que el agua era la culpable de los contagios entre los cuerpos. Decían que a través de los poros de la piel se podía acceder a todos los órganos.

La higiene —o la falta de ella— generó alguna que otra curiosa costumbre medieval como la identificación del mes de mayo con las novias. La explicación, lejos de ser romántica, es bastante prosaica. Resulta que en este período de la historia la mayoría de las bodas se celebraban al comienzo del verano, concretamente en

el mes de junio. Y se relaciona con el baño. No era una práctica muy común en esta época, de hecho el primer baño del año solía tomarse en mayo, con los calores de la primavera, y por ello al casarse en junio el olor todavía era tolerable. Muchos y muchas tan sólo se daban uno por aquello de que “un baño al año no hace daño”. Otros añadirían: “Pero es cosa mucho más sana una ducha por semana”. Los baños eran familiares y tomados en una bañera enorme llena de agua caliente. El padre de la familia era el primero en tomarlo y le seguían los otros hombres de la casa por orden de edad. A continuación iban las mujeres, también de mayor a menor

edad y al final los niños y los bebes. Ya se pueden imaginar cómo quedaba el agua al final del proceso porque no se cambiaba y cada vez estaba más calentita y oscura…

A pesar del baño, los olores no dejaban de ser molestos y por ello se adoptó la costumbre de los ramos de novia, sobre todo de azahar que son más aromáticos y de paso simbolizaban la pureza de la novia. Al llevarlo entre las manos conseguía disfrazar muchos de los malos aromas que pululaban en el ambiente.

Mahoma ya se había pronunciado a favor de los buenos usos higiénicos — de ahí que antes de entrar en la mezquita

sea obligatorio lavarse las manos, la cara y hasta las orejas— y además recomendó, entre otras cosas, la utilización de palillos para la limpieza de los dientes. Por muy desagradable que parezca, en la Edad Media la orina también era empleada para la higiene bucal. La costumbre ya venía de los íberos y de los romanos. La orina también tenía otros usos. Era recogida en vasijas —dispuestas en las calles y en los rellanos de las escaleras— y se utilizaba en las lavanderías por su alto contenido en amoniaco. La blancura de las lanas y los linos de emperadores, reyes, nobles y caballeros procedía de los orines de los pobres, los siervos y

los campesinos. Como ven, todo se rentabilizaba.

La Era Hispánica

Muchas veces cuando leemos una inscripción medieval y nos fijamos en la fecha —generalmente escrita en números romanos— comprobamos que no corresponde a la cronología que los libros dicen de ese lugar. Eso se debe a que utilizamos desde el siglo XVI el calendario gregoriano y esa fecha estaba fijada con los cálculos de la Era Hispana.

Así que cuando visitemos templos

medievales no está de más conocer esta singularidad cronológica que se utilizó en inscripciones, crónicas y documentos desde el siglo III hasta el siglo XV. Su zona de uso fue el sur de Francia y la Península Ibérica, si bien no tuvo la misma utilización o permanencia en los diferentes reinos hispánicos. En Cataluña dejó de utilizarse después del concilio de Tarragona del año 1180; y en los reinos de Aragón, Valencia y Mallorca se abandonó durante el reinado de Jaime I. En Castilla su uso fue suprimido reinando Juan I, en virtud de un acuerdo de las Cortes de Segovia de 138.3.

El 1 de enero del 38 a. C., tras la

pacificación oficial de toda Hispania, Octavio Augusto decretó la Era Hispánica, que se empleó para datar el tiempo en los territorios de Hispania. Los documentos de la época visigótica y casi todos los de la Reconquista emplean el 38 a. C. como año de referencia. Por tanto, a la fecha que aparece en documentos anteriores al siglo XIV, deben sustraerse 38 años para obtener las correspondientes fechas de la Era común. Véase, como ejemplo, la leyenda inscrita en la espada Tizona que enarboló El Cid: «IO SOI TIZONA Q[ue] FUE FECHA [='fui hecha'] EN LA ERA DE MIL E QVARENTA [o sea, el año 1002]».

En la ermita de la Vera Cruz, en

Segovia, hay una inscripción en la tercera dovela izquierda de uno de los arcos de la entrada lateral que en su día podía leerse en latín: «Aquí yace don Dion… A. Murió el VI de febrero y tiene su enterramiento bajo esta clave. Era 1280». En realidad, se está refiriendo al año 1242.

La felicidad de la familia Abderramán

Uno de los lugares más prósperos que hubo en Hispania y se puede decir que en todo el mundo fue el Califato de Córdoba, un ejemplo de refinamiento, lujo, arte, higiene y cultura.

Tras el asesinato de los omeyas por parte de los abasies, que trasladaron el califato a Bagdad, un miembro de los omeyas huyó a Al-Andalus —nombre que le dieron a España los musulmanes— una provincia que dependía de los omeyas de Damasco.

Ese miembro era Abderramán I, que estableció la capital de su emirato independiente en Córdoba en el año 736. Aquí construyó una mezquita y reforzó los lazos comerciales con otros países europeos y con Oriente. Logró el apoyo de los omeyas de Oriente y el Magreb, de los sirios, árabes y beréberes estableciendo una política de tolerancia y unas costumbres

sofisticadas.

El emir Abderramán II de Córdoba, su sucesor, era tan sibarita que sólo hacía el amor con mujeres vírgenes y nunca repetía con la misma. Eso dio lugar a que tuviera 87 hijos, 45 de ellos varones. Y sus manías se extendían a otros ámbitos. Al poco de subir al trono ordenó arrancar todos los viñedos de su reino para que no hubiera borrachos en su emirato, algo que fue desaconsejado por sus propios consejeros pues la gente se embriagaría con mosto de higo, que era mucho peor.

El Califato de Córdoba llega con Abderramán III en el año 929 creando un estado andalusí de lo más floreciente

y para eso termina con las cuestiones internas, conteniendo a los cristianos del norte y consiguiendo que muchos de sus reinos se vieran obligados a abonar tributo. Y, por supuesto, se hizo independiente de Bagdad. Fue una nueva y próspera etapa. Córdoba se convirtió en la ciudad más espléndida del mundo civilizado: tenía más de mil mezquitas, más de seiscientos hammam o casas de baños públicos, un sistema de urbanización avanzado, iluminaba sus calles principales y en esto se adelantaba 700 años a Londres o París, levantaba la mezquita más grande y hermosa de entonces o toda una ciudad palatina de ensueño, Madinat al-Zahra,

en la cercana serranía. El califa Abderramán III no fue tan promiscuo como su tatarabuelo Abderramán IL Mantuvo un gran amor por su concubina Azabara hasta el punto de que quiso inmortalizar su recuerdo con la construcción del gran palacio de Medina Azahara, lugar donde muere a los 70 años de edad, el 15 de octubre del año 961. En su longevo reinado, 50 años, seis meses y dos días, estuvo rodeado de toda ciase de lujos imaginables y de algunos que no podemos siquiera pensar. Según cuenta Ibn Idhari, cuando murió encontraron un manuscrito que había redactado él mismo y en el que ponía de manifiesto los días felices y placenteros

que había tenido durante esos 70 años de vida. El texto es el siguiente:

> «He reinado más de cincuenta años, en victoria y paz. Amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Riquezas y honores, poder y placeres, aguardaron mi llamada para acudir de inmediato. No existe terrena bendición que me haya sido esquiva. En esta situación he anotado diligentemente los días de pura y auténtica felicidad que he disfrutado: SUMAN CATORCE. Hombre, no cifres tus anhelos en

el mundo terreno».

Sólo 14 días felices en toda la vida… Y qué vidorra debió de tener. La frase final de su manuscrito es más que reveladora. Tal como asegura el psiquiatra Juan Antonio Vallejo-Nágera, que reproduce este texto en su libro *Locos egregios* (1977), nos proporciona "uno de los documentos más interesantes de la relación entre poder absoluto y felicidad". Como para meditar.

El bibliocausto de Córdoba

A Abderramán III le sucedió su hijo

Al Hakam, que tomó el poder entre los años 961 y 976 y continuó con la misma política de progreso en todos los ámbitos de la cultura. A la muerte de Al Hakam el califato le correspondió a su hijo Hisam II quien, por su corta edad, debió ceder el gobierno al gran visir Almanzor, que cambió el talante moderado y emprendió acciones y políticas de terror contra los cristianos.

Al Hakam II, protector de artistas, fundó en Córdoba una de las bibliotecas más importantes de su tiempo. Era un bibliófilo consumado que envió mensajeros para obtener copias de los mejores y más raros libros del mundo. Llegó a tener unos 400.000 volúmenes

que trataban sobre todos los conocimientos. Sólo el catálogo de esa inmensa biblioteca ocupaba 44 volúmenes. Una joya cultural. Incluso pagó la friolera de mil dinares por un precioso ejemplar del Libro de los cantares del poeta Abul-LFarach. Al Hakam presumía de haberlos ojeado todos y hasta leído la gran mayoría de ellos. En cada libro colocaba una pequeña ficha con todos los datos que había encontrado sobre el autor del mismo. Era la envidia de las bibliotecas europeas medievales. Se calcula que en esta época habría unas 60 bibliotecas en España, todas ellas de menor calado que la de Córdoba.

Con tanta lectura Al Hakam descuidó el gobierno de su reino y delegó en personas inexpertas como su hijo Hisam II. El Estado quedó a merced de diferentes grupos de presión que lo condujeron a la anarquía y dieron al traste con la gran obra de los Abderramán. Y así estaban las cosas hasta que Almanzor (938-1002) llega al poder y la lía. Comete, entre otras tropelías, uno de los mayores bibliocaustos —término acuñado por Fernando Báez— de la historia. Heredero en el califato, le interesaba más la guerra que las letras y apenas muerto Al Hakam II permitió que los teólogos musulmanes quemaran todos

los libros de la biblioteca cordobesa que contradijeran la fe de Mahoma o sencillamente que no fueran sagrados para ellos. La hoguera, alimentada con esos 400.000 manuscritos, estuvo ardiendo durante varios días. Los sabios europeos no se lo podían creer. La biblioteca más importante de toda la Europa medieval se volatilizó una vez más por el fanatismo religioso. Sólo se conservó un libro fechado en el año 970. El único y triste superviviente de la biblioteca de Al Hakam.

El incendio de la biblioteca de Córdoba, al igual que la de Alejandría o la de Constantinopla, son tres muestras de la intransigencia humana que no se

paró ahí. Cuando en 1236 el rey Fernando III de Castilla conquista Córdoba, convierte la mezquita en catedral y comete el mismo error al ordenar quemar lo que quedaba de la Biblioteca de los Califas, con lo mejorcito del conocimiento de Oriente y Occidente. Y eso que era un rey santo.

Los sucesores de Almanzor no pudieron ya controlar el califato y en el año 1031, a la muerte de Hisham III, el califato fue abolido y se dividió en taifas —multitud de reinos—, siendo el más fuerte el de Sevilla, mientras muchos otros tuvieron efímera duración. Y ninguno de ellos volvió a atesorar ya una biblioteca como la que tuvo en su

día (Córdoba.

Monasterios y Scriptorium

El refinamiento en los usos y costumbres de la zona musulmana no tenía nada que ver con la zona cristiana. Aún así, surgieron los reductos de conocimiento en una época de incultura donde la mayoría de la gente no sabía leer ni escribir y ni les preocupaba, pues tenían otras necesidades básicas y más perentorias que cubrir como era dónde alojarse y qué comer al día siguiente.

Los conventos y los monasterios sirvieron para atesorar ese conocimiento

donde se almacenaban códices y libros en sus bibliotecas y se copiaban otros en el *scriptorium*. Ser monje empezó a ser rentable pues tenías un lugar donde alojarte, una comida caliente para llevarte a la boca en el refectorio y para aquellos que tenían ansias de conocimiento, unos cuantos libros y manuscritos a tu disposición. Los monasterios y los conventos eran la principal fuente de hombres y mujeres instruidas, capaces de ayudar en la administración del gobierno, por lo que muchos clérigos y frailes adquirieron importancia como asistentes y consejeros reales.

Una alternativa, para los que no les

gustaba vivir en comunidad, era ser ermitaño. Unos cuantos cristianos fuertemente comprometidos con sus ideas religiosas se retiraron de la sociedad y del “mundanal ruido” para vivir normalmente en un desierto o en el inhóspito límite de la civilización, pasándolas canutas e intentado así acercarse más a su idea de santidad y a Dios.

Fue el Papa Gregorio quien alentó la construcción de monasterios por toda la Europa cristiana. Pronto se convirtieron en los únicos reductos del saber Con el tiempo, se enriquecieron por las donaciones de tierras y se fundaron distintas órdenes religiosas con

diferentes objetivos. Ahí están los franciscanos o los dominicos. Algunas órdenes formaban a misioneros para enviarlos a tierras paganas para evangelizar a los salvajes; otras aconsejaban a los papas en materia doctrinal y otras proporcionaban importantes servicios comunitarios como el cuidado de ancianos y enfermos o el socorro a los más necesitados.

Los monasterios representaban la forma superior de la vida religiosa. Vivían bajo estrictas reglas: el ora et labora de los benedictinos era algo común en el resto de comunidades. Se comía a ciertas horas, se oraba y se trabajaba, de acuerdo a normas muy

claras. Allí se estudiaba, se hacían traducciones de libros clásicos, se fabricaba cerveza y licores espirituosos y también se hacían remedios terapéuticos gracias al conocimiento que tenían de las plantas de su huerto. Eran los centros culturales y espirituales por excelencia de esa etapa. También a veces funcionaron como hospederías y hospitales.

En los *scriptorium* se hacían copias a mano de escritos que consideraban importantes y se comerciaba con ellos. El acto de trascripción se convertía en un acto de meditación y oración, y no de simple copia, aunque en ello les fuera la salud pues los monjes, debido a la poca

iluminación, acababan por perder la vista y tener dolores de espalda. Copiaban códices, palabra que proviene del término latino codex, que se refiere a copia hecha normalmente en pergamino y con plumas de ganso, cuervo o cisne mojadas en tinta negra. A partir del siglo XII aparecería el papel, una forma más barata de reproducir esos mismos textos. No todos los incunables, impresos antes del año 1.500, son códices. Si tuviéramos que hacer un *Top Five* de los códices españoles más valiosos habría que citar los siguientes:

1. El *Codex Calixtinux* (siglo XII) la primera guía que existe del Camino

de Santiago, que fue robado el 5 de juho de 2011 de la catedral de Santiago de Compostela y, hasta el momento de escribir este libro, aún no ha aparecido.

2. El *Beato de Liébana* (776) o Comentarios al Libro del Apocalipsis de San Juan. Robado del Museo Diocesano de La Seu d'Urgel (Lleida) en 1996. Finalmente el 21 de enero de 1997, esta joya literaria se recuperó en la consulta de un psiquiatra de Valencia, escondida en un armario entre medicamentos.
3. *Codex Emilianense*, glosas o

anotaciones al margen que se consideran el primer testimonio de un dialecto romance en la Península derivado del latín, fechado en el siglo X, encontrado en el Monasterio de San Millán de la Cogolla (La Rioja) y conservado en la Real Academia de la Historia de Madrid.

4. El *Beato de Girona* o de San Salvador de Távara (970) cuya importancia reside en que conserva la primera ilustración del apóstol Santiago.
5. El *Códice Aureus* (1043) que son evangelios escritos con letras de

oro, regalo de Felipe II a su tía la reina María de Hungría. Es la joya de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial.

Y eso sin contar los códices que corresponden a obras clásicas de la literatura hispana como son el *Cantar del Mío Cid* (siglo XI) y el *Libro del Buen Amor*, del Arcipreste de Hita (siglo XIV) del que sólo existen tres copias, o *Las Cantigas de Santa María*, de Alfonso X el Sabio (año 1284), que se componen de 1300 miniaturas de las que se conservan tan sólo cuatro copias.

Algunos multimillonarios se pueden permitir el lujo de tener en sus

mansiones códices e incunables que salen a la venta a subasta pública, como fue el caso del *Códice Leicester* de Leonardo da Vinci, que Bill Gates y su esposa Melinda compraron por 25 millones de euros.

El conocimiento que se impartía en las Universidades

Esa sed de conocimiento se materializó en la creación de universidades. En algunas ciudades se fundaron las más importantes como la de París, Oxford, Cambridge, Padua y Praga. Se estudiaban las siete artes liberales: gramática, retórica y lógica —conocidas como Trivium— y aritmética, geometría, astronomía y música —

llamada Cuadrivium—.

Científicamente predominaban las caducas teorías de Aristóteles, como por ejemplo que la Tierra estaba inmóvil y rodeada por otros planetas. El vacío no existía. En las universidades medievales se enseñaba que la Tierra se componía de cuatro elementos fundamentales: fuego, aire, agua y tierra. El hombre estaba hecho de esos cuatro mismos elementos que se corresponden con los cuatro humores corporales: bilis amarilla —colérico—, bilis negra —melancólico—, sangre —alegre— y flema —flemático—. Según los doctos sabios, a veces predomina un humor sobre otro, marcando una personalidad.

La medicina no usaba ni asepsia ni anestesia ninguna y así les iba. Aunque en el Medievo ya existían algunas universidades que enseñaban medicina, en general, ésta era considerada por el pueblo llano más como un acto de sacerdotes y hechiceros que como una ciencia. Los instrumentos no eran limpiados correctamente y las infecciones mataban a muchísimos de los operados. Además, existía intrusismo. Como muchas personas creían que las enfermedades eran un castigo de Dios, pensaban que sólo se curarían si Él les sanaba. De esta forma, muchos preferían intentar curarse rezando o peregrinando antes que

acudiendo al médico. Y a veces acertaban en la elección…

Uno de los antecedentes al surgimiento de las universidades está en 1079, cuando el Papa Gregorio VII obliga a los obispos a regentar una escuela en su diócesis y son los municipios los que toman a su cargo la enseñanza laica en la que los hijos de los burgueses, de los negociantes, comerciantes y artesanos aprenden los rudimentos de las artes y el cálculo. En este ambiente, entre 1180 y 1230, es cuando nacen las universidades. La facultad de artes es el primer escalón que hay que superar para alcanzar las otras disciplinas; teología, medicina y

derecho. Las enseñanzas de las artes duraban seis años, desde los 14 hasta los 20 aproximadamente. Para llegar a ser doctor en teología se necesitaban ocho años de estudios y eso si se aprobaba todo a la primera. Los exámenes eran orales y el estudiante se solía alojar en casas particulares y pagaba directamente a su maestro. Sólo la enseñanza que impartía los monjes predicadores era gratuita.

Momento de juegos

Pero no todo era estudiar, guerrear o procrear. La aparición de juegos como

los naipes y el ajedrez hicieron la vida más amena y divertida y sirvieron de solaz para las clases altas y bajas. En la lista de juegos medievales están los dados, el ajedrez y el juego de tablas y a veces se suele incluir el parchís, pero no es de esa época. Nace en la India en el siglo XVI. Fue Akbar el Grande, el tercer emperador de la dinastía Mogol, o uno de sus consejeros, quien tuvo la idea de convertir los jardines que rodeaban su palacio en una especie de tablero gigante. Inicialmente, las piezas del juego no eran fichas, sino doncellas, y la suerte la echaba el emperador lanzando veinticinco conchas. Toma el nombre de pacist, palabra que en hindú

significa “veinticinco”, el número de conchas lanzadas en cada serie. La meta era llegar cuanto antes al centro del tablero donde estaba el trono del emperador y, concebido como un evidente juego machista, la ganadora recibía un premio que era acostarse esa noche con el monarca.

A los ingleses les pareció divertido y lo llevaron a su país en el siglo XIX con ligeros cambios: sustituyeron a las muchachas por piezas de marfil, e incluyeron el dado y el cubilete que ya se usaban en el juego de la oca.

El juego de la oca para muchos autores procedería de los templarios en el siglo XII y funcionaría no solo como

un juego de mesa sino de iniciación. Aunque el juego estrella fue el ajedrez que llega a Europa a través de los musulmanes que a su vez lo traen de la India y, con el avance de la Reconquista, este juego que no deja de ser un campo de batalla incruento, es practicado por los nobles y los clérigos cristianos. Durante la Edad Media se escriben varias obras sobre el ajedrez por parte sobre todo de los judíos, donde se establecen sus normas y sus reglas. Por increíble que parezca, la Iglesia llega a prohibir su práctica al pueblo llano porque se solía apostar dinero. En 1212 el concilio de París incluso condena el juego, prohibiciones que caen en saco

roto como era de esperar.

Hasta finales del siglo XII las casillas del tablero eran de un solo color, normalmente blancas, con las líneas de separación marcadas, pero ya en el siglo XIII la alternancia de casillas negras y blancas está totalmente generalizada. En el año 1283, Alfonso X el Sabio escribe o manda escribir El Libro de los juegos o Libro del ajedrez, dados y tablas, la obra más antigua sobre el ajedrez que nos ha llegado. Consta de 98 folios de pergamino con 150 miniaturas, dividido en siete partes, la primera de las cuales es la que está dedicada exclusivamente al ajedrez. En ella se incluyen 103 problemas para

resolver con diversa dificultad. El libro alfonsino contiene también la descripción más antigua del juego de los dados o del *backgamon*.

Es en tiempos de Alfonso X el Sabio cuando el ajedrez toma ese aspecto medieval que tiene hoy en día, con el rey y la reina, los caballeros, las torres y los obispos, que se transformaron en alfiles. Hay que decir que el rey, la torre, el caballo y el peón se movían como en la actualidad. En cuanto al movimiento del alfil y la dama, las diferencias con nuestro ajedrez son sustanciales. La dama o alferza era la pieza más débil del ajedrez medieval. Sólo podía mover a una casilla adyacente en diagonal,

hacia adelante o hacia atrás. Ah, y el enroque no existía.

En aquella época era habitual que los personajes representados en las miniaturas de los códices correspondieran a personajes reales, es decir, reconocibles si se tienen las claves históricas para averiguarlo. En una de las miniaturas más famosas de este libro, cuyo manuscrito original se conserva en la Biblioteca de El Escorial, se ve a dos caballeros jugando una partida de ajedrez. Si nos fijamos un poco más en los detalles comprobamos que el tablero está colocado horizontalmente, y la casilla blanca está en el rincón derecho de cada jugador,

que es donde debe de estar.

Y se muestra a dos caballeros ensimismados en el juego que son reconocibles como miembros de la Orden del Temple por la cruz roja distintiva en el lado izquierdo de su hábito blanco. En las miniaturas alfonsinas nada se dibujaba al azar y, de hecho, en el mismo códice, unos folios más adelante, aparecen otros dos caballeros jugando y ambos pertenecen a otras dos Ordenes militares: la de los Hospitalarios —futura Orden de Malta— y la de Santiago, con su característica espada-cruz.

Como detalle, siempre que en las miniaturas alfonsinas aparece un dedo

señalando una casilla o una pieza, o una mano tocando uno de los trebejos, indica una clave visual para algunos aspectos de la solución del problema. Y, ya puestos, el ajedrez además de divertir puede salvar la vida o si no que se lo digan a Yusuf, que llevaba cerca de once años prisionero en el castillo de Salobreña (Granada), según Bermúdez de Pedraza, “aunque tratado como hijo y hermano de dos reyes”.

Resulta que el rey Mohamed VII de Granada ordenó dar muerte a su hermano Yusuf en el año 1408 para asegurar así que le sucediera su propio hijo en el trono. Por tanto, envió a un mensajero al castillo con órdenes

expresas al alcaide que le enviara la cabeza de Yusuf con el portador del mensaje. Llegó al castillo y en esos precisos momentos Yusuf jugaba una partida de ajedrez con el alcaide y este sabía que tenía que cumplir la orden por mucho que le desagradara. Yusuf le pidió una última voluntad: terminar la partida. Y así fue.

Estuvieron jugando alrededor de una hora más y el príncipe dio jaque mate al alcaide. Ahora era éste el que tenía que dar mate a Yusuf cortándole la cabeza. Cuando se estaban haciendo los preparativos, llegaron unos mensajeros de Granada que les comunicaron que Mohamed VII había muerto. En ese

preciso momento Yusuf se convertía en rey con el nombre de Yusuf III. Se salvó por los pelos y dice la leyenda que el alcaide pidió al nuevo monarca el alfil con el que le había dado jaque mate para conservarlo toda su vida.

El castillo-prisión de Salobreña se convirtió a partir de entonces en una residencia cotizada para invitados molestos: Yusuf III, que ya había disfrutado de sus aposentos, tuvo preso allí a su hermano Mohamed el Zurdo, que a su muerte fue coronado rey de Granada en 1419.39

II
TIEMPOS DE GUERRA Y MUERTE

Un chiste nos pone en antecedentes de ese continuo ambiente bélico. En la Edad Media un señor de la milicia, con su armadura y yelmo, llegó a ver a su rey tras meses de luchar en lugares lejanos:

—“Saludos, mi Señor. He regresado con tu ejército, tras

grandes éxitos en el combate”.

—“¿De veras? ¿Qué grandes cosas has hecho en mi nombre?”.

—“Bueno, mi Señor, hemos conquistado a tus enemigos del Este. Hemos acabado con sus ejércitos. Destruimos sus castillos, quemamos sus campos, tomamos a sus mujeres…”.

—“Un momento, un momento, yo no tengo enemigos en el Este”.

—“¿No? Ejem… ¡Bueno, ahora los tienes!”.

Todo valía en aras de las ansias

expansionistas de algunos nobles y reyes. Aparte del mando supremo ejercido por el rey, la jerarquía militar no existía en el ejército medieval y sólo en la Baja Edad Media comienza a aparecer. En esta época, ser soldado era una profesión que daba sus beneficios y si además eras mercenario te daba más dinero. Los guerreros emprendedores formaban compañías de mercenarios que permitían a un señor rico o a una ciudad la contratación de tropas ya listas y formadas para combatir. Algunas de estas compañías estaban especializadas en un solo tipo de lucha. Por ejemplo, en el año 1346, dos mil ballesteros genoveses lucharon al servicio del

ejército francés en la batalla de Crécy. A menudo se les describía en términos del número de lanzas del que disponían. Cada lanza equivalía a un caballero armado más las correspondientes tropas de caballería, infantería y artillería. Una compañía de 100 lanzas representaba varios cientos de hombres armados. Este sistema dio origen al término freelance, palabra que nos llega gracias a *Sir* Walter Scott, el creador de *Ivanhoe* (1819) novela de ambiente medieval. Significa “lanza libre” aplicada a los soldados que ponían su lanza al servicio de aquel que pagara y, por lo tanto, eran libres para elegir el bando de lucha o a quién prestaban servicios. Y como los

freelance actuales, una vez finalizado el servicio, buscaban un nuevo señor que pagara igual o mejor.

En 1439, Carlos VII de Francia creó las Compañías Reales de Ordenanza que estaban formadas por caballeros o por soldados de infantería, y eran pagadas con el dinero de los impuestos. Esto fue el inicio de los modernos ejércitos permanentes de Occidente. El mayor enemigo de un ejército convencional no era el adversario sino las enfermedades. En una época donde la higiene y los medicamentos brillaban por su ausencia cualquier infección producida en el campo de batalla o cualquier virus que pululara por el ambiente, eran casi una

herida mortal que se agravaba luego con otro tipo de inconvenientes. Durante su campaña en Francia, Enrique V de Inglaterra perdió en el asedio de tíarfleur alrededor del 15% de su ejército debido a enfermedades, y las bajas aumentaron en su marcha hasta Aquisgrán. En la batalla en sí, sólo perdió el 5% de sus hombres. Enrique V acabó muriendo de enfermedad en otro asedio a causa de las malas condiciones sanitarias.

Una de las mayores matanzas que se produjeron en el siglo VIII no fue en Europa sino en China. Entre 755 y 763 el líder militar An Lushan, étnicamente de origen centroasiático, vivió durante

la dinastía Tang en China e instigó una rebelión contra el poder imperial. Enfrentó a la Dinastía Tang y se desarrolló en toda China. Costó la vida de unos 35 millones de personas. El propio An Lushan fue asesinado por su propio hijo cuando contaba 54 años.

Las ocho Cruzadas oficiales y alguna más

El Cristianismo se había convertido en la religión oficial del Imperio Romano en el siglo IV y había empezado a extenderse entre las tribus germánicas antes de la caída de Roma. La división

del Imperio Romano en dos, el de Oriente y el de Occidente, dio como resultado la partición en el seno de la Iglesia cristiana. La parte occidental, centrada y aglutinada en Roma, se convirtió en católica; la parte oriental, centrada en Constantinopla, se convirtió en ortodoxa. Y en el siglo VII surgió en Arabia el Islam, la tercera gran religión del Libro.

Los francos se convirtieron al catolicismo durante el reinado de Clovis y, a partir de entonces, expandieron el cristianismo entre los germanos del otro lado del Rin. Por su parte, los bizantinos extendieron el cristianismo ortodoxo entre los búlgaros y los eslavos. Y de

pronto el cristianismo quiso expandirse incluso por zonas peligrosas y prohibidas. Surgen las Cruzadas. Para Occidente, las Cruzadas fueron los hechos de los brillantes caballeros con la misión de salvar los lugares santos de los bárbaros y asegurarlos para la peregrinación de los cristianos. Pero, a los ojos de los árabes, fue una invasión de Occidente, bárbara, salvaje: les asesinaban, destruían sus hogares y violaban a sus mujeres. Desde el principio, no hablan de cruzadas sino de los occidentales en general, denominándoles los frany.

Gran parte de la leyenda negra que tiene adosada la Edad Media es por

culpa de esas ocho cruzadas oficiales, más unas cuantas extraoficiales, que fueron un tributo a la estupidez. La expansión del Islam provocó numerosos conflictos en el Occidente cristiano y la principal disputa surgió porque los árabes habían ocupado los Santos Lugares, en Palestina, y eso los cristianos no lo podían consentir

A la Guerra Santa, que sirvió de argumento a los árabes para sus conquistas, el occidente le opuso el término de “Cruzadas”, por lo del símbolo de la cruz que llevaban los soldados, como un deseo de recuperar sus terrenos sagrados. Desde 1099 se realizaron ocho cruzadas a cual más

salvaje. La competencia entre los señores feudales, las Ordenes religiosas y las ricas ciudades italianas que financiaron gran parte de las campañas, contribuyeron al definitivo fracaso militar en el año 1291, y Palestina quedó en poder de los musulmanes. Tanta muerte no sirvió más que para diezmar la población de Europa y para que unos cuantos se hicieran ricos.

No sólo movía a los papas y nobles un interés religioso, también debe tenerse en cuenta el sentido económico de estas cruzadas, ya que el dominio del Mediterráneo por parte de los musulmanes dificultaba el comercio entre Oriente y Occidente. Las campañas

de las cruzadas permitieron recuperar parte de esas rutas comerciales. Desde el punto de vista social, sirvieron para que muchos caballeros deseosos de acumular u obtener riquezas, tomaran parte en ellas. Vamos, lo veían como una inversión en la que sólo se jugaban la vida de sus vasallos. Estas expediciones debilitaron un poco el feudalismo, porque muchos nobles debieron vender grandes territorios para subvencionar parte de las mismas.

Las principales órdenes militares que florecieron durante las Cruzadas fueron la del Temple, de los Hospitalarios y la Orden Teutónica. Los Caballeros Teutones nacieron al calor

de la Tercera Cruzada, la de Ricardo Corazón de León. Se fundó en San Juan de Acre, en 1190, después de que Saladino hubiera conquistado Jerusalén. Sus comienzos estuvieron dedicados, al igual que sus semejantes, al cuidado caritativo de los peregrinos, pero en 1192 se reformó para darle carácter militar. Cuando terminaron su labor y aprovechando el fervor y empuje de sus freires teutónicos, el emperador Federico el Grande los mandó a evangelizar Prusia y el Báltico.

Si hacemos una breve cronología de las ocho cruzadas oficiales con sus fechas y el resultado final, el cuadro sería desolador y más o menos como

sigue;

- Primera Cruzada: 1095-1099. Fue convocada por el papa Urbano 11 al grito de Deus Vult —¡Dios lo quiere!—, para socorrer a Bizancio, amenazada por los turcos. Aunque no estaba previsto, se conquistó Jerusalén. Hubo muertos por todas las esquinas.
- Segunda Cruzada: 1147-1149, Fue motivada por la pérdida de Edesa en 1144. La encabezaron el rey de Francia Luis VII y el emperador alemán Conrado III. Fue un fracaso.
- Tercera Cruzada: 1189-1192.

Motivada por la reconquista de Jerusalén por Saladino en 1187. La encabezaron Felipe Augusto de Francia y el rey inglés Ricardo Corazón de León. Acabaron firmando una tregua.

- Cuarta Cruzada: 1202-1204. Promovida para conquistar Jerusalén, acabó de forma vergonzosa, ya que los cruzados ni se acercaron a la Ciudad Santa sino que atacaron Bizancio aliados con Venecia.
- Quinta Cruzada: 1217-1221. La dirigieron Juan de Brienne y el rey de Hungría Andrés II. Fue un

desastre.

- Sexta Cruzada: 1228-1229. Dirigida por el emperador Federico II, hábil diplomático, que recuperó Jerusalén sin emplear las armas.
- Séptima Cruzada: 1248-1254. Promovida para recuperar Jerusalén, perdida en 1244. Fue dirigida por el rey francés Luis IK, capturado por los musulmanes y liberado a cambio de varias plazas fuertes.
- Octava Cruzada: 1270. También dirigida por Luis TX. El objetivo no era Jerusalén sino Túnez, donde

el rey perdió la vida y le hicieron santo.

Las cruzadas de los niños

La Cruzada de Pedro el Ermitaño, también conocida como la cruzada popular o de los campesinos, fue una peregrinación espontánea popular surgida en respuesta al llamamiento del papa Urbano II en 1095 a la nobleza europea para la invasión y conquista de Tierra Santa. Cuando Pedro el Ermitaño exhortó a los pobres a la recuperación de los Lugares Santos, empezó la tragedia para unas 100.000 personas,

entre hombres, mujeres y niños. La mayoría carecía de armas, otros se habían llevado las herramientas de la casa y ganados, como si se tratara de un corto viaje desde Colonia, lugar de partida —a través de Hungría y los Balcanes— hasta Constantinopla. Fue una marcha épica en la que abundaron las fatigas, la desolación y el hambre.

Décadas más tarde, después de la desastrosa Cuarta Cruzada, se organizó otra cruzada popular pero esta vez compuesta por niños y jóvenes pensando que estos tendrían el favor de Dios y, por lo tanto, les sería más fácil alcanzar la tierra prometida y derrotar a los sarracenos. Craso error. Subyugados por

el flautista de Hamelin de turno: un joven pastor llamado Esteban de Vendôme —otras versiones hablan de Stephen de Cloyes—, se empezó a mascar la tragedia. No todo es historia, pero las crónicas cuentan que en el mes de mayo de 1212 se presentó Esteban en algunas aldeas y ciudades de Francia, invitando a los niños a seguirle en una temeraria cruzada. Con su fácil palabrería, decía que había tenido una visión celestial en la que se le ordenaba ir a Palestina que debía ser liberada de los musulmanes no por cruzados adultos sino por chicos como él mismo. Que la cosa sería coser y cantar. Unos 20.000 niños respondieron a la llamada y

abandonaron sus hogares sin mapas ni guías para seguir a Esteban a Niza, en el sur de Francia. En su camino llegaron a ciudades y pueblos, y arrasaron con la comida que encontraron. Más que una cruzada infantil parecía una plaga de langostas.

La mitad de los niños en su camino hacia Niza deserta y la otra mitad muere de hambre. Llegan menos de dos mil niños y doscientos adultos en buen estado y se pasan dos semanas rezando como le había dicho el propio Jesucristo en una de las visiones al joven Esteban para que se abriera el mar de par en par, pero pasan las horas y no ocurre nada de nada. Lo que sí ocurre es que dos

mercaderes sin escrúpulos llamados Guillermo, alias el Cerdo y Hugo el del Puñal, les ofrecen 7 barcos para cruzar el mar. Suben a las embarcaciones mal pertrechadas y se dirigen hacia Tierra Santa, o eso creían ellos. En Cerdeña se hunden dos barcos, y los otros cinco llegan a tierras de Alejandría, donde los niños son vendidos como esclavos por los dos mercaderes que les habían "prestado" las embarcaciones. Ese es el fin de la cruzada infantil.

Y años más tarde hubo otra cruzada similar cuando Nicolás, otro pastor jovencito, esta vez de Colonia (Alemania), afirmó haber tenido una visión semejante a la de Esteban. Los

20.000 niños que le siguieron no tuvieron mejor suerte que sus colegas franceses. Miles de ellos murieron de hambre o en accidentes itinere al querer cruzar los Alpes en Italia, sin estar preparados para tamaña hazaña. Finalmente, el obispo de Brindisi, viendo la barbaridad que estaban haciendo, tomó cartas en el asunto y ordenó que los niños regresasen a sus hogares. Todos obedecieron y retrocedieron, si bien muy pocos llegaron a Alemania para contar el relato que luego pudo dar origen a la leyenda del flautista de Hamelin que pusieron por escrito los hermanos Grimm.

La historia del flautista, muy resumida, empieza en el pueblecito alemán de Hamelin, situado en Brunswick, cerca de la famosa ciudad de Hanover, donde un día apareció un extranjero proponiendo un remedio a la plaga de ratas que asolaba la ciudad. Tras acordar el precio —mil florines— el flautista se encargó de limpiar la ciudad de los roedores con tan sólo tocar su flauta mágica, ahogándoles en el río. Una vez finalizada la labor, la Corporación se negó a pagarle el precio estipulado. En represalia, el flautista encantó a los niños de Hamelin con el sonido de su instrumento consiguiendo que 130 le siguieran hacia el profundo

río Wesen

«Sin embargo, —escribe Robert Browning, cuyo cuento es uno de los más populares— el Flautista cambió de rumbo y, en lugar de dirigirse hacia el sur, se encaminó hacia el oeste y rumbeó hacia la colina de Koppelberg, con los chicos siempre pegados a la espalda. Todos se sintieron aliviados. Pero sucedió que, al llegar al pie de la montaña, se abrió de par en par un portal maravilloso, como si de pronto hubiese surgido una caverna. El Flautista avanzó y los niños lo siguieron. Y cuando habían entrado todos, hasta el último, la puerta se cerró de golpe».

Browning habla de una fecha, el 22

de juüo de 1366: «Y para no olvidarse jamás de la calle por donde habían desaparecido los niños la llamaron Calle del Flautista». Pero los actuales habitantes de Hamelin indican otra: el 26 de junio de 1284. ¿Cuál es la correcta? ¿Está basado en algún acontecimiento histórico?

Todo indica que parte de su inspiración fueron las dos cruzadas infantiles de inicios del siglo XIII y, medio siglo más tarde, la llegada de una auténtica plaga dé ratas que debió asolar esa localidad.

Muertos en el cruce de las Cruzadas

Entre 1096 y 1291, la Europa católica lanzó múltiples expediciones armadas denominadas cruzadas con la excusa de recuperar Tierra Santa pero motivadas por los intereses expansionistas de la nobleza feudal y el control del comercio con Asia. En ellas se marchó contra los musulmanes, pero también contra los cristianos orientales, rusos y bizantinos. Se calcula que las diversas matanzas y guerras llevadas a cabo por los cruzados produjeron cinco millones de muertes a lo largo de esos siglos. Según el historiador alemán Hans Wollschläger hubo más de 22 millones de muertes.

Dos de las más cruentas fueron la

primera y la cuarta. En la conquista de Jerusalén, el 15 de julio de 1099 hubo más de 60.000 víctimas entre judíos y musulmanes —hombres, mujeres y niños—. Comienzan bombardeando la ciudad, pero ante su resistencia, los clérigos recuerdan el pasaje de la Biblia en el que Dios derriba mágicamente las murallas de Jericó. Se pensó entonces que si se hacía penitencia y se invocaba a Dios, las murallas de Jerusalén caerían de igual manera. El 8 de julio todo el ejército dejó las armas e inició una procesión alrededor de las murallas. No pasó nada. Los muros seguían en pie y los cruzados deciden dejarse de monsergas y tomar Jerusalén por la

fuerza. El 15 de julio entraron los soldados cruzados y lo que siguió fue una horrible matanza en la cual todos los judíos y musulmanes de la ciudad fueron masacrados.

Ibn al-Attir, un cronista que vivió en tiempos de la Primera Cruzada, dice de los cristianos, tras la ocupación de Jerusalén:

> «A la población de la Ciudad Santa, los frany la pasaron a cuchillo, y estuvieron matando musulmanes durante una semana. En la mezquita al-Aqsa mataron a 60,000 personas. A los judíos los reunieron y encerraron en su

sinagoga, y allí los quemaron vivos. Destruyeron también los monumentos de los santos y la tumba de Abraham. ¡La paz sea con él!».

Las cifras de Ibn al-Attir son exageradas, pues no habría tanta gente en la ciudad, pero no lo es la suerte que corrieron las víctimas. El arzobispo de Tyre, testigo ocular, relata:

«Era imposible mirar al vasto número de muertos sin horrorizarse; por todos lados había tirados fragmentos de

cuerpos humanos, y hasta el mismo piso estaba cubierto de la sangre de los muertos. No era solamente el espectáculo de cuerpos sin cabeza y extremidades mutiladas tiradas por todas direcciones que inspiraba terror a todos los que lo miraban; más horripilante aún era ver a los victoriosos mismos chorreando de sangre de pies a cabeza, una omnipotente estampa que inspiraba el terror a todos los que la veían. Se reporta que dentro del Templo mismo —el de Salomón— murieron alrededor de 10.000 infieles».

La historia de Maarat, una ciudad de Siria, fue monstruosa. Era una ciudad sin ejército y de una gran cultura. Durante dos semanas pudieron defenderse, pero al construir los frany una torre de madera tan alta como las murallas, se vinieron abajo. Intentaron hacer un trato para salvar sus vidas, pero los cruzados no cumplieron con su palabra. Durante tres días se mantuvo la carnicería y lo más fuerte vino con lo que hicieron con sus presas: se las comieron. Según el testimonio de un cronista franco, Raoul de Caen: «En Maarat, los nuestros cocían a paganos adultos en las cazuelas, ensartaban a los niños en espetones y se los comían asados».

Estas atrocidades serán difundidas a lo largo de los siglos en el mundo musulmán, en cuya literatura épica los frany serán descritos invariablemente como antropófagos.

El cronista cristiano Eckehard de Aura escribió que «hasta durante el siguiente verano todo aire de Palestina continuaba contaminado del olor a descomposición». Hay consenso en afirmar que un millón de victimas fue el saldo final de la Primera Cruzada.

Y no escarmentaron. En el año 1204, durante la Cuarta Cruzada, en lugar de ir a rescatar Tierra Santa, los cruzados franceses y venecianos tomaron y saquearon la ciudad de Constantinopla,

capital del imperio de Oriente. En 1910 se expuso en la Biblioteca Nacional de Palermo un códice olvidado en el que un pariente del último emperador bizantino legítimo, llamado Teodoro Angel Conmeno, presentó en agosto de 1205 una súplica al papa Inocencio III, diciéndole:

> «El año pasado en el mes de abril, con el falso pretexto de liberar Tierra Santa el ejército cruzado vino a devastar la ciudad de Constantino… A la hora de repartirse el botín… los franceses se llevaron las reliquias de los santos, de las

cuales la más sagrada es el Lienzo en que Nuestro Señor Jesucristo fue envuelto después de su muerte… Sabemos que las cosas sagradas están en Venecia, en Galia y en otros lugares, pero el Sagrado Lienzo está en Atenas… Que los depredadores se queden con el oro y la plata, pero que nos devuelvan lo que es sagrado».

Esta Cuarta Cruzada fue uno de los hechos más denigrantes y bochornoso de la historia de la humanidad. La buena imagen de las tropas cruzadas que tenía el pueblo llano fue echada por tierra y

jamás volvería a levantarse. Nadie entendió que los propios cristianos mataran a otros cristianos simplemente por atesorar más riquezas.

La ciudad fue saqueada durante varios días. Los cronistas se hacen eco de las atrocidades perpetradas por los conquistadores. Del saqueo no se libraron las iglesias ni los monasterios, y en la misma Santa Sofía fueron destruidos varios libros y objetos de culto. Según relata Nicetas Choniates:

> «Destrozaron las santas imágenes y arrojaron las sagradas reliquias de los mártires a lugares que me

avergüenza mencionar, esparciendo por doquier el cuerpo y la sangre del Salvador (…) En cuanto a la profanación de la Gran Iglesia, destruyeron el altar mayor y repartieron los trozos entre ellos (…) E introdujeron caballos y mulas a la iglesia para poder llevarse mejor los recipientes sagrados, el púlpito, las puertas y todo el mobiliario que encontraban; y cuando algunas de estas bestias se resbalaban y caían, las atravesaban con sus espadas, ensuciando la iglesia con su sangre y excrementos. Una

vulgar ramera fue entronizada en la silla del patriarca para lanzar insultos a Jesucristo y cantaba canciones obscenas y bailaba inmodestamente en el lugar sagrado (…) tampoco mostraron misericordia con las matronas virtuosas, las doncellas inocentes e incluso las vírgenes consagradas a Dios».

No había nada de espiritual en esta campaña. Europa entera había tenido suficiente y ya no prestaba oído a nuevas llamadas, por muy elocuentes que fueran sus predicadores. Aún así, hubo otras cruzadas pero de rango menor.

Los cruzados no eran los únicos salvajes. En otra zona geográfica del mundo también perpetraban matanzas. Durante el siglo XIII, las distintas y múltiples invasiones llevadas a cabo por los mongoles al mando de Gengis Khan y Hiilagu en el Asia Central produjeron masacres nunca vistas. Entre 1207, año de la unificación mongola, hasta 1472, año del fin de las invasiones tártaras, la cifra de muertos fue al menos 30 millones de personas, en su mayoría musulmanes, aunque algunas fuentes la elevan a 60 millones.

Órdenes de Caballería

Hacia el siglo XII, la caballería se había convertido en una forma de ganar batallas pero también en una forma de vida. Muchas eran Ordenes religiosas y militares a la vez, con espada en una mano y rosario en la otra, dispuestas a defender, matando o muriendo, sus ideales cristianos. Es el caso de los hospitalarios, templarios, teutones o santiaguistas, por citar solamente cuatro de ellas.

Las Ordenes militares proliferaron por toda Europa, sin olvidarnos de España, que se convirtieron en instituciones religioso-militares surgidas en el contexto de la Reconquista. Las más importantes nacen en el siglo XII en

la Corona de Castilla y son las siguientes; Orden de Santiago, Orden de Alcántara y Orden de Calatrava. En el siglo XIV, dentro de la Corona de Aragón, apareció la Orden de Montesa, en parte para dar refugio a la disuelta Orden de los Templarios. Precedidas por muchas otras Órdenes que no han perdurado, como las *Militia Christi* aragonesas de Alfonso I el Batallador, la Cofradía de Belchite —fundada en 1122— o la Orden de Monreal —creada en 1124—,

Había unos códigos de honor, unos ideales y una motivación romántica y religiosa. Las reglas básicas del código de caballería laica eran las siguientes:

- La protección a las mujeres y a los débiles.
- El triunfo de la justicia frente a la injusticia y el mal.
- El amor a la tierra natal.
- La defensa de la Iglesia, incluso a riesgo de perder la vida.

Eso en teoría. En la práctica, los caballeros ignoraban estas reglas cuando les convenía. Eso de “palabra de caballero” no tenía tanta credibilidad como se asegura en las películas.

Ser miembro de una Orden de caballería era extremadamente prestigioso y distinguía a un hombre como uno de los más importantes del

reino. En 1347, durante la Guerra de los Cien Años, Eduardo III de Inglaterra fundó la Orden de Garter, que ha perdurado hasta nuestros días. Esta orden estaba formada por los 25 caballeros de mayor rango de Inglaterra, y se fundó para asegurar su lealtad al rey y su dedicación a lograr la victoria durante la guerra.

La Orden del Vellocino de Oro fue creada por Felipe el Bueno de Borgoña en 1430 y se convirtió en la más rica y poderosa de toda Europa. Luis XI de Francia creó la Orden de San Miguel para controlar a sus principales nobles.

La primera de estas Ordenes fue la de los Caballeros del Templo o

templarios, fundada en 1118 para proteger el Santo Sepulcro en Jerusalén. Los templarios llevaban una capa o vestido blanco con una cruz roja y juraban los mismos votos que los monjes benedictinos: pobreza, castidad y obediencia. En los años posteriores se enriquecieron gracias a las donaciones y a los préstamos, atrayendo así la envidia y la desconfianza de los reyes. En 1307, el rey Felipe IV de Francia los acusó de múltiples crímenes, entre ellos el de herejía, arrestándolos y confiscando sus tierras. Otros reyes europeos siguieron su ejemplo y los templarios fueron aniquilados.

La Orden de los Caballeros de San

Juan de Jerusalén se creó para atender a los peregrinos enfermos y necesitados que visitaban el Santo Sepulcro. Al poco tiempo se convirtió en una Orden militar cuyos miembros vestían una capa roja con una cruz blanca y también tomaban los votos benedictinos. Los Hospitalarios se impusieron normas muy rígidas y no permitían la riqueza ni la indolencia entre sus miembros. Tras la caída de su gran castillo, el Crac de los Caballeros, fueron expulsados de Tierra Santa y se retiraron a la isla de Rodas, defendiéndola durante varios años. Tras su expulsión de Rodas por parte de los turcos, se establecieron en Malta gracias a la donación que les hizo el rey

Carlos I.

La tercera gran Orden militar era la de los Caballeros teutónicos, fundada en 1190 para proteger a los peregrinos alemanes que viajaban a Tierra Santa. Antes del final de las Cruzadas, habían centrado sus esfuerzos en convertir a los paganos de Prusia y los estados bálticos.

La muerte negra y hedionda

Hoy somos siete mil millones de habitantes en todo el planeta, algo increíble si pensamos en la mortalidad que ha habido en las últimas guerras tan sólo en el siglo XX —unos 160 millones

de muertos— sin contar terremotos, epidemias de viruela y de gripe, accidentes de tráfico, tabaquismo, erupciones volcánicas, *tsunamis* ni guerras anteriores, sabiendo que el mayor asesino de toda la historia no ha sido ni la *gladius* romana ni la bomba atómica sino los virus y las bacterias. Y la pandemia más destructiva en la historia de Europa fue la peste bubónica, con el nombre de "muerte negra", llamada así porque uno de sus síntomas era el ennegrecimiento de la piel.

El transmisor más común de esta infección fue la rata negra —*Rattus rattus*—. La cercanía con el hombre favoreció la traslación de las pulgas

entre ratas y humanos y así se propagó la peste. La enfermedad, ya fuera en el caso de las ratas o de los humanos, tenía una altísima tasa de mortandad, y en algunas epidemias alcanzó el 90% de los casos, siendo considerado “normal” un índice de fallecimiento del promedio del 60%.

No se sabe cuántos murieron en los terribles años de 1348 a 1349, ya que no hay estadísticas de mortalidad ni censos, como en la plaga de Londres de 1665. La situación se complicó más por el hecho de que la muerte negra no apareció en una sola visita. Hubo epidemias recurrentes en cuatro o cinco ocasiones antes de fines del siglo XIV.

La peor de ellas infectó en 1361 a Inglaterra, Francia y Polonia, entre otros países.

La peste o muerte negra devastó Europa y amplias regiones del Asia y África del Norte. En sólo cinco años, de 1348 a 1353, la peste bubónica mató a una tercera parte de la población europea, entre 30 y 50 millones de personas. Algunos historiadores elevan esa cifra a unos cien millones, considerada la mayor catástrofe que registra la historia de la humanidad.

El historiador William H. McNeill, catedrático de la Universidad de Chicago, señala en su *Libro Plagas y Pueblos* (1984) que fueron los invasores

mongoles los encargados de transportar la terrible plaga desde el Lejano Oriente a través del Asia central hasta el continente europeo:

> «Una hipótesis es, por tanto, que poco después de 1253, cuando los ejércitos mongoles volvieron de sus incursiones por Yunnan y Birmania, la *Pasteurella pestis* invadió las comunidades de roedores salvajes de Mongolia y se hizo endémica allí… Sólo en 1353-1354 la epidemia causó estragos en ocho lugares diferentes y distantes entre sí de China, y los cronistas dicen que

murieron 'dos tercios de la población'… debe suponerse, creo, que la peste que estalló de forma letal en Europa en 1346 se había manifestado en China no antes de 1331… Un escritor musulmán, Abu Hafs Umar Ibn al-Wardi, que sobrevivió al ataque inicial de la peste en Alepo —pero luego murió víctima de la misma en 1349—, señaló que la enfermedad procedía del “País de la Oscuridad” y se difundió por el norte de Asia antes de invadir el mundo civilizado, comenzando por China y siguiendo por la

India y el reino del Islam…».

La peste bubónica llegó a Europa desde la colonia genovesa de Gaffa, la actual Teodosia, una ciudad de Crimea (Ucrania) situada en la costa del Mar Negro. La historia dice que los mongoles —también llamados tártaros— lanzaban con catapultas los cadáveres infectados dentro de la ciudad constituyendo el primer intento de guerra biológica, si bien la enfermedad no se contrae por contacto con los muertos, salvo que lleven consigo las pulgas.

Los refugiados de Gaffa llevaron después la peste a Messina, Génova y Venecia alrededor de 1347. Algunos

barcos no llevaban a nadie vivo cuando alcanzaban las costas. Hacia 1348 ya estaba en España y Portugal y en 1349 llegó a Inglaterra e Irlanda; hacia 1351 en Suecia y hacia 1353 en los estados bálticos y Rusia. Tan sólo zonas aisladas y apenas pobladas se libraron de ella.

Se considera que la peste fue la causa de la muerte del entonces rey de Castilla Alfonso XI durante el sitio a Gibraltar en 1350. Unos 50 millones de muertes tuvieron lugar sólo en Europa junto a otros 30 a 40 millones en África y Asia. Algunas localidades fueron totalmente despobladas, con los pocos supervivientes huyendo y expandiendo la enfermedad aún más lejos. El

Decameron (1351), de Giovanni Boccaccio, se ambienta en esa época donde diez jóvenes se distraen contándose unos a otros cien cuentos eróticos durante diez noches seguidas refugiados a las afueras de Florencia para huir de la peste.

Hoy se sabe que la peste fue causada por la bacteria *Yersinia pestis* que se contagia por las pulgas con la ayuda de la rata negra que conocemos como rata de campo. Pero muchos creyeron que la causante de la pandemia eran los gatos, asociados al demonio, y prácticamente extinguieron a la población gatuna —mucho más si eran de color negro—. Los otros chivos expiatorios fueron los

leprosos, las mujeres y los judíos. Otros atribuían la epidemia de peste al aire, que “se hizo demasiado rígido”. Para romperlo, hicieron sonar las campanas de las iglesias y congregaron a la gente en las plazas para que aplaudiera e hiciera el mayor estruendo posible. Cualquier cosa valía con tal de ahuyentar esa especie de maldición divina que no acaban de entender, ni la causa ni la forma de erradicarla.

Surgen los “flagelantes”, personas que caminaban en grupos orando y se auto castigaban con un látigo pidiendo perdón por sus pecados y por los del mundo, pues pensaban todos ellos que eran los culpables de la ira de Dios.

Hacia 1500 las ciudades se repoblaron y empezaron a nacer niños a raudales. Las más pobladas de Europa en esa época eran Constantinopla, París y Nápoles con 150.000 a 200.000 habitantes, así como Venecia y Milán que tenían entre 100.000 a 150.000 ciudadanos. Por cierto, en la ciudadela de Teotihuacán, a unos 45 kilómetros al norte de México D. F. —que aún no había sido descubierto y conquistado—, vivían por entonces unas 200.000 personas. Las ciudades se convierten en centros artesanales, comerciales, financieros, políticos y culturales donde convive lo más sublime con lo más miserable.

A lo largo del siglo XV, además del incremento de la población, surgieron las siguientes mejoras, como si de una nueva era se tratara:

- 1. La Peste Negra desapareció casi totalmente.
- 2. Los productos rurales fueron una novedad comercial para la burguesía, que vio una nueva manera de seguir enriqueciéndose.
- 3. Se comenzó a resembrar tierras que habían sido abandonadas en las épocas de la peste.
- 4. Se crearon nuevas técnicas de sembrado y se inventaron nuevos

elementos de labranzas.

Hoy en día la *Yersinia pestis* sigue causando brotes, eso sí, mucho menos catastróficos, de peste. La enfermedad mata a unas 2.000 personas cada año en el mundo. A lo largo de la historia, las plagas de peste bubónica han sido escasas, aunque catastróficas. Se conocen cuatro grandes pandemias:

- —La de Justiniano (540-590 d. C.), que llegó hasta Inglaterra.
- —La "muerte negra" (1346-1361), la más conocida y de la que hemos hablado.
- —La "Gran Plaga" en la década de

1660.

- —Pandemia que comenzó en Asia en 1855 y causó muchas muertes en Cantón, Hong Kong y Rusia, llegando a Gran Bretaña en 1900.

Peste y milagros

En épocas de crisis los milagros se manifiestan. Y una de estas crisis, trágicas y pavorosas, son las pestes que asolan a todo un pueblo, muriendo la gran mayoría de sus habitantes hasta tal punto que la diezman durante varias generaciones. La peste se ha considerado un arma del diablo, una

maldición infernal por los pecados cometidos y, por consiguiente, objeto de muchas supersticiones en cuanto a su origen.

Durante esos años fatídicos en el que los médicos no encuentran solución para la enfermedad y los sacerdotes no paran de dar el viático y de rezar oraciones, las leyendas y tradiciones nos cuentan que aparecen extraños personajes, venidos de no se sabe dónde, que ofrecen consejos y dan remedios para que la peste desaparezca. Son generalmente hombres, que el pueblo confunde con pastores, peregrinos o monjes, y que súbitamente hacen acto de presencia en un pueblo

asolado y devastado por tan terrible epidemia. Misteriosos personajes que luego desaparecen sin dejar rastro, generando una aureola de milagro y una gratitud que no llegó a ser recompensada, de tal manera que es habitual que se identifique a estos hombres como providenciales ángeles enviados por Dios que, apiadado, hizo caso de las súplicas del pueblo.

Ya en las postrimerías de la Edad Media, cuando la Reconquista prácticamente está terminada, una leyenda dice que el día 25 de marzo de 1446 ocurrió algo insólito asociado con la peste. Por entonces Castilla estaba en guerra con Navarra y la población sufría

graves epidemias. Un día, el campesino Joaquín López soñó que en un castaño verde había una imagen de la Virgen, y que ésta le decía que si la encontraba terminaría la gravísima peste que padecía Béjar (Salamanca) y toda la comarca. Se lo comunicó al sacerdote, que no le creyó, pero mandó hacer una novena a la Virgen en la parroquia. El último día de la novena, el 25 de marzo, Joaquín y su mujer Isabel Sánchez, antes de retirarse a descansar, vieron una luz que iluminaba el campo y oyeron una voz que decía: “Buscadme, buscadme”. Entonces vieron un castaño en fruto y sobre él la Virgen que les advertía de la existencia de una cueva con una imagen

suya. Y ordenó que le construyeran ahí una ermita y acto seguido cesaría la epidemia.

La gente del pueblo no tuvo más remedio que creer las palabras de Joaquín cuando vieron una rama del castaño que estaba verde y en flor. Fueron a la cueva, cavaron, encontraron la imagen y empezaron a construir la ermita. Con las ramas cortadas del castaño eran curados los enfermos y más tarde desapareció la peste. Como era de esperar, la Virgen del Castañar fue nombrada Patrona de Béjar y su fiesta se celebra cada 8 de septiembre. Si fallaban los remedios populares siempre quedaba la oración. ¿A quién? Aparte de

la Virgen, había dos santos prodigiosos por sus resultados, San Sebastián y San Roque, que fueron por excelencia los más invocados para que protegiera a los pueblos de epidemias, especialmente de la peste bubónica. El culto a San Sebastián data de muy antiguo. En el año 680, la ciudad de Roma estaba infectada de esta epidemia y los ciudadanos construyeron un altar con la imagen del santo en la basílica de San Pedro. La gente fue a invocarle y, según se dice, la peste cesó de inmediato. Este hecho se divulgó rápidamente por todo el mundo y desde entonces San Sebastián fue invocado en todas partes. También recibieron la ayuda del santo ciudades

tan importantes como Milán (1575) y Lisboa (1599).

¿Cuándo surge la costumbre de colocar “tronos” de San Rafael por toda la ciudad de Córdoba? Dice la leyenda que fue en el año 1278, durante una epidemia de peste. El fraile mercedario Simón de Sousa afirmó que se le había aparecido el arcángel San Rafael en el convento Casa Grande de la Merced y le había curado. El fraile comunicó la noticia al obispo diciéndole que éste le había pedido que si quería que la peste acabase debía colocar una estatua del arcángel en la Mezquita-Catedral, estatua que sigue en dicho lugar a día de hoy. De este suceso se derivó el

considerar al arcángel como custodio de la ciudad. Posteriormente, en 1578 el padre Andrés de las Roelas también afirmó que se le había aparecido el arcángel, curándole de una grave enfermedad, y diciéndole este que tenía como misión ser custodio de la ciudad.

En Córdoba, un arcángel, San Rafael, hizo una labor parecida a lo que hizo otro arcángel, San Miguel, en Zamora. En la catedral de Zamora se guarda una cruz de carne "del tamaño de una hostia pequeña", según palabras del historiador Rojas Villalpando, que la leyenda hace remontar a la época de Alfonso XI en 1349, cuando sus tropas habían traído la peste a Zamora en su

campaña de Gibraltar. De hecho, el propio rey murió como consecuencia de esa pandemia. La leyenda dice que la cruz fue entregada a uno de los monjes benedictinos del convento de San Miguel —llamado Ruperto— por el arcángel San Miguel cuando estaba orando en el huerto, al lado de un olivo. Y se la dio con una única condición: que la utilizara a modo de talismán salvador contra la peste que en aquellos momentos estaba haciendo estragos en toda la región. Dicho y hecho. Salió la prodigiosa cruz de carne en procesión y terminó la epidemia allí por donde pasaba. Antes de irse, el arcángel prometió que mientras esa cruz esté en

Zamora nunca jamás habrá más pestes en la ciudad. Y así parece que ha sucedido hasta el momento. Hoy esta cruz se conserva en la capilla de Santa Inés de la catedral zamorana.

La llegada de la pólvora

En el siglo XI, los chinos ya conocían la pólvora y la utilizaban con fines militares y lúdicos para propulsar cohetes y juegos de pirotecnia. Se dice que Marco Polo introdujo la pólvora en Europa, aunque la primera vez de que se tiene constancia de ella en Occidente es en la batalla de Niebla (Huelva) en el

año 1262. Alfonso X El Sabio lo recoge en sus crónicas. Niebla fue la primera ciudad que conquistó el monarca cristiano tras un asedio de nueve meses.

La pólvora avanzó progresivamente hacia Occidente, donde los europeos descubrieron usos mucho más destructivos. La descripción más antigua de la fórmula que conservamos apareció en 1260, y se le atribuye a un fraile inglés llamado Roger Bacon. Otro que la descubrió por su cuenta fue el monje benedictino alemán Bertold Schwatz en el siglo XIV, llamado "el monje negro", aplicando un 75% de nitrato potásico, un 15% de carbón y un 10% de azufre. Hacia 1340, se utilizaban balas de

cañón de plomo, hierro y piedra. Los ingleses usaron cañones en el campo de batalla de Crécy, en 1346, pero no se menciona su utilidad en la crónica de la batalla. Tuvieron que pasar varios siglos de experimentación resultaran verdaderamente útiles, pues daban más terror al que las usaba por su volatilidad. Una de las dificultades era crear una pólvora que ardiera de manera rápida, uniforme y potente. Otra radicaba en diseñar cañones adecuados que no explotaran en el intento. En 1460, por ejemplo, el rey Jacobo II de Escocia murió a causa de la explosión de un cañón.

A mediados del siglo XV, las

tecnologías de los cañones y de la pólvora habían avanzado suficientemente como para ser considerados armas importantes. Esto quedó claro en 1453, cuando enormes cañones de asedio, disparando macizas balas de cañón, castigaron las murallas de Constantinopla y al ser derribadas cayó también la Edad Media.

¿Qué era el «Fuego Griego»?

Fue uno de los mejores inventos bélicos de la Edad Media para luchar en alta mar y no tenía pólvora. Nadie sabe a ciencia cierta cuáles eran sus

ingredientes. Se sabe que fue inventado en el 670 por Calínico en Constantinopla, un arquitecto de Heliópolis que al parecer extrajo el secreto de unos alquimistas de Alejandría. Al mostrarle a la junta de generales la capacidad de su descubrimiento, éstos decidieron guardarla bajo el mayor de los secretos. Era el arma más mortífera de las flotas y ejércitos de asedio bizantinos y sus enemigos, o sea, los turcos, temblaban con sólo nombrarla. Lo podían elaborar unos pocos escogidos y aquel que se fuera de la lengua perdía la vida.

Lanzaba un chorro de fluido ardiente y podía emplearse tanto en tierra como

en el mar. Flotaba en el agua y hasta ardía debajo de ésta, se adhería a la víctima y era prácticamente imposible de apagar, incluso al cubrirlo con arena. Tras varias investigaciones se dedujo que consistía en un líquido inflamable basado en un compuesto de hidrocarburos de baja densidad. Se han barajado como sugerencia de su posible composición la de nitrato de potasio en estado mineral, sulfuro y petróleo. Hoy en día sabemos mucho más de ese secreto secular y, al igual que ha pasado con las espadas de Damasco, conocemos su composición para ser considerado el fuego griego como un arma tan letal. Se componía

fundamentalmente de siete sustancias:

—Petróleo en bruto —conocido como nafta—, que otorgaba flotabilidad al compuesto.

—Azufre que cuando se quema produce vapores altamente tóxicos.

—Cal viva —Óxido de Calcio— que en contacto con el agua libera elevadas cantidades de calor, suficiente como para prender materias combustibles como la nafta.

—Resina, para activar la combustión de los ingredientes.

—Grasas como aglutinante de la mezcla.

—Nitrato potásico —salitre—, que al quemarse desprende oxígeno y

permite que la mezcla siga en llamas incluso debajo del agua.

—Y, como elemento detonante de la mezcla, el agua.

Ergotismo o «fuego del infierno»

Esta enfermedad, que ha recibido diversos nombres dependiendo del lugar y la época, está causada por la ingesta de alimentos contaminados por toxinas procedentes de hongos parásitos, en su mayor parte cornezuelo, *Claviceps purpurea*, para los que les guste los nombres en latín.

En la Edad Media las intoxicaciones

eran tan frecuentes que se crearon hospitales y estaban a cargo de los frailes de la Orden de San Antonio, de ahí que se llamara coloquialmente al ergotismo “fiebre de San Antonio”, “fuego de San Antonio”, “fuego sagrado” o “fuego del infierno”.

Los compuestos derivados del ácido lisérgico que contiene el hongo, al consumirse en forma de pan, al que llega gracias a harina de centeno contaminada, provocan un envenenamiento que muestra unos síntomas muy característicos. No se tenía ni idea de lo que les pasaba a los que consumían este pan contaminado y se empezaron a barajar hipótesis relacionadas con el

diablo o la locura. No fue hasta el siglo XIX cuando se comenzaron a tomar medidas para evitar el problema, aunque ya desde el siglo XVII se sabía que el ergotismo lo provocaba el grano contaminado, que había causado graves problemas de salud durante siglos.

Y también se veía expuesto a este peligro el ganado. Los síntomas asociados al ergotismo o intoxicación por ingesta de toxinas procedentes del cornezuelo son convulsiones, temblores y cefaleas, entre otros. Además, la vasoconstricción generalizada da lugar a la sensación de frío, dolores articulares y torácicos, además de gangrena seca en las extremidades. Algunos de los

episodios de intoxicación llegaron a causar varios miles de muertes.

Los últimos casos referidos se localizan en la antigua Unión Soviética durante los años veinte del pasado siglo y el “caso del pan maldito” que afectó en 1951 al pueblo francés de Pont-Saint-Esprit. Aunque no se ha llegado a determinar realmente si este caso se trata de ergotismo porque algunas veces se ha sugerido que podría haber sido causado por intoxicación con pesticidas.

El caso más serio de envenenamiento de la harina por hongos ocurrió en el siglo XVII en Francia. En total, unas 250 personas mostraron síntomas de intoxicación, siendo

especialmente reseñables las descripciones de alucinaciones y convulsiones.

Las personas con escasos recursos económicos solían ser las más afectadas por las intoxicaciones, dado que se alimentaban casi exclusivamente de pan. El ergotismo podía presentarse de dos formas diferentes; una convulsiva y la otra gangrenosa. Aunque por lo general los síntomas eran comunes, a veces prevalecía un cuadro caracterizado por cuadros convulsivos y alucinatorios, conocidos como baile San Vito. En otras ocasiones, las convulsiones y alucinaciones aparecían en menor medida, siendo la gangrena de las

extremidades el elemento principal de la enfermedad.

Durante la Edad Media las intoxicaciones con ergot eran tan frecuentes que se crearon varios hospitales donde los Antonianos se dedicaban en exclusiva a cuidar de estos enfermos. Estos frailes llevaban hábito oscuro con una gran T azul en el pecho. Y muchos se curaban porque aunque se desconociese el origen de tan terrible enfermedad, los alimentos en buen estado que proporcionaban a los enfermos les hacían mejorar. Por ejemplo, en el hospital del convento de San Antón en Castrojeriz (Burgos) se curaba a los enfermos ofreciéndoles pan

de trigo candeal. Fundaron más de una docena de casas y hospitales en las tierras de la Corona de Aragón entre los siglos XIII y XIV.

Corrió el rumor en aquellos siglos de que si ibas de peregrinaje a Santiago de Compostela también sanabas. Tenía una explicación sencilla. El ergotismo gangrenoso lo producía el consumo prolongado de pan de centeno contaminado por el cornezuelo. Al marcharse de la zona donde lo consumían y adentrarse por terreno hispano en el que había otra clase de alimentos, la enfermedad iba desapareciendo y luego se atribuía el "milagro" a la intercesión del apóstol,

santo al que el peregrino no había parado de rezar en cada una de sus etapas.

Se ha intentado explicar varios enigmas históricos aplicando esta teoría de los efectos y los estragos que causa el ergotismo:

—Algunos investigadores sostienen que el brebaje consumido por los participantes griegos en los antiguos misterios de Eleusis, llamado *kykeon*, estaba elaborado a partir de poleo y cebada y los diversos efectos alucinógenos que tenían los participantes podrían ser atribuibles al cornezuelo.

—Las brujas de Salem, en Nueva

Inglaterra, en el año 1692, donde fueron llevadas a la horca 25 en total, y en ese caso concreto las sospechas de alucinaciones por culpa del ergot parecen demostradas.

—La desaparición de la tripulación del Mary Celeste, el nombre de un bergantín botado en Nueva Escocia en 1861, considerado un buque fantasma, ya que fue encontrado en el Océano Atlántico, navegando a toda vela y sin tripulación, rumbo a Gibraltar.

Hunos y Ugrios: los malos de los cuentos

¿De dónde proceden esas historias para asustar a los niños que no se comen la sopa o que se portan mal invocando a brujas, demonios u ogros?, personajes oscuros que se pueden llevar a los críos a lugares inimaginables pero siempre abominables. Pues bien, en la Edad Media tenemos el origen de muchos de esos miedos atávicos y pavorosos.

En mi libro Los dueños de los sueños me referí a varios de estos pueblos o etnias cuyas incursiones y tropelías eran tan salvajes que dejaron un temor inconsciente en muchas poblaciones de Europa durante años.

Atila, rey de los hunos, ha pasado a la historia como un bárbaro gobernante

sin escrúpulos, capaz de suscitar el terror por donde quiera que pasara. No es de extrañar su sobrenombre, “Azote de Dios”, que atemorizaba con sólo oírlo. Las múltiples leyendas que le rodeaban, como esa que afirmaba que por donde pasaba su caballo no volvía a crecer la hierba, ayudaban a mantener esa imagen de cruel y sanguinario. Pero Prisco, un historiador que viajó con Maximino en una embajada de Teodosio II en el 448 nos lo describe de otra forma muy diferente. Habla de él como de una persona humilde y sencilla, políglota —hablaba y escribía latín y griego— y era un apasionado de la poesía. Aún así, los hunos, desde el

punto de vista de sus enemigos, no lo podían constituir seres humanos sino monstruos horribles, en parte basado en lo que escribía el historiador latino Amiano Marcelino (siglo IV):

> «Su apariencia superaba cualquier medida en cuanto a ferocidad bestial. Ya desde los primeros días de vida, surcan profundamente con un hierro las mejillas de los recién nacidos para que, llegado el momento, la rugosidad de las cicatrices impida el nacimiento de la barba, por eso envejecen imberbes, sin ningún atractivo,

como si fueran eunucos. De miembros sólidos y gruesos, con nucas poderosas, monstruosamente deformes, se les creía animales de dos patas».

Por lo tanto, y a modo de resumen, nos encontramos con un pueblo de costumbres bárbaras, modales bruscos, bastante feos, que no se asean lo suficiente desprendiendo un olor nauseabundo, de piel mucho más oscura que la de los romanos o los griegos, ojos oblicuos y hundidos, narices chatas —en tiempos del padre de Atila a los niños se las aplastaban con unas tiras sobre ellas—, cráneos enormes, barbas

ralas, rostro con cicatrices, piernas arqueadas, cuerpo robusto, cubiertos de pieles y muy ruidosos en las batallas para aterrorizar a los enemigos. Por donde pasaban dejaban muertos, heridos y leyendas que luego utilizaban las madres para asustar a los niños.

Claro está que no sólo los hunos se llevan la mala fama en cuanto a adjudicarles toda clase de salvajadas. Otros pueblos han conservado igual fama de feroces, como los ugrios, los vikingos o los mongoles, dejando una huella imborrable —en la historia y en las leyendas— de su paso por las poblaciones asoladas por ellos. Cuando los ataques de los vikingos se repitieron

y fueron haciéndose cada vez más frecuentes en las tierras gobernadas por Carlomagno, el pánico se adueñó de la población y en los rezos de algunas iglesias se incluyó la siguiente plegaria: “Señor, líbranos del furor de los normandos” —*A furore normanorum libera nos, Domine*—.

Aparecían inesperadamente en sus *drakkars* —sus largas y estilizadas embarcaciones de remo, llamadas así porque se adornaban con efigies de dragones para aterrar más al enemigo— y acto seguido empezaban su “festival”: mataban, esclavizaban, devastaban, saqueaban, incendiaban y huían rápidamente, antes de que las aldeas

francas y los monasterios pudieran reaccionar. Eran los diablos rubios, los adoradores del fuego —o *mayus*, para los musulmanes—, los normandos —hombres del Norte—… Eran los vikingos. Una saga islandesa asegura que a uno de ellos le designaban burlonamente con el apodo de “El hombre de los niños” y eso por negarse a hacer una práctica habitual entre sus bárbaros compañeros de armas, más chapados a la antigua: ensartar chiquillos con su lanza.

Muchos tal vez se queden asombrados al comprobar que la palabra ogro deriva, siempre según sesudos historiadores franceses del

siglo XIX, de la palabra Ugrio, grupo étnico próximo a los fineses, al cual pertenecía la mayor parte del pueblo húngaro a su llegada a la llanura de Panonia, a finales del siglo IX d. C. Durante un período de más de cincuenta años, los húngaros realizaron un total de 33 incursiones en el Occidente cristiano (del año 899 al 955) con la toma de ciudades tan lejanas como Brema (915), Orleans (937) y Otranto (947). Los Ugrios eran famosos por su ferocidad en los saqueos y pillajes de mujeres e infantes.

Estos primitivos húngaros tenían un claro objetivo: recoger lo más pronto posible un valioso botín y muchos

esclavos —entre ellos, niños— que luego eran vendidos por el camino. Los efectos terroríficos que producían estas correrías fueron voluntariamente acentuados a fin de paralizar de antemano cualquier espíritu de resistencia. Esta fue, junto con el factor sorpresa, la principal arma de los asaltantes —como lo sería más tarde por los mongoles, a mediados del siglo XIII —.

De hecho, se hablaba de los húngaros en un tono apocalíptico, diciendo de ellos que sus movimientos eran anunciados por prodigios, cometas y meteoros y se les acusaba de casi todas las bestialidades imaginables. El

miedo causado por su aspecto físico debía ser tan intenso —al parecer, sometían a sus hijos a una deformación craneal para acentuar aún más su aspecto terrorífico— que la palabra Ugrio significó ogro en todas aquellas zonas donde sufrieron su presencia.

Se ha pensado que el término francés *ogre* podría derivar de hongrois —húngaro— haciendo referencia a estos invasores orientales. Lo cierto es que la primera vez que aparece en francés el término ogro fue en los cuentos de Charles Perrault, publicados en 1697.

III
TIEMPO DE REZAR Y TEMBLAR

El Islam fue fundado en Arabia en el siglo VII por el profeta Mahoma. Se propagó rápidamente entre todas las clases sociales e inspiró un gran movimiento de conquista. Y todo surge por una revelación. A la edad de 40 años a Mahoma le sobrevino una crisis espiritual. Se retira a meditar en una cueva del monte Hira, fuera de La Meca

y allí se le apareció el arcángel Gabriel —Yibril— que le ordena que cabalgue un caballo alado que al final lo traslada por los aires al templo de Salomón, en Jerusalén, donde estaban reunidos en asamblea lo más selecto del Antiguo y el Nuevo Testamento: Adán, Noé, Abraham, Ismael, Isaac, Jacob, Moisés, David, san Juan Bautista y Jesucristo —sólo faltaba el rey Salomón— y le susurran al oído la revelación de Allah —Dios—. El Profeta volvió a La Meca y comenzó a predicar esas enseñanzas, compiladas en El Corán, entre ellas las de rezar cinco veces al día. Rápidamente convirtió a su esposa, a su primo Ali y a sus amigos íntimos al

Islam, que significa sumisión —a Allah—. La religión continuó difundiéndose, pero los musulmanes no la consideraban una nueva creencia sino sencillamente una continuación de la fe de Abraham, la última después del judaísmo y del cristianismo.

Mahoma murió en 632 sin nombrar sucesor. A los pocos años surgen las dos ramas principales del Islam: los chiítas y los sunitas. Mientras su cuñado y primo Ali hacían los arreglos para el funeral de Mahoma, se reunieron en ausencia de éste los compañeros del Profeta y escogieron a su suegro y amigo íntimo, Abu Bakr, como califa, es decir representante o sucesor. El califa era el

jefe espiritual de la umma, la comunidad musulmana. A Abu Bakr le siguió Umar, otro compañero del Profeta, quien fue asesinado en 644 por un esclavo persa. El nuevo califa fue Utman, otro de los compañeros. A la postre, tras la ejecución de Utman en 656, Ali tuvo la oportunidad de suceder a Mahoma como cuarto califa. Los musulmanes suníes llaman a estos cuatro compañeros del Profeta que lideraron la umma, los "profetas guiados por el camino recto": los elegidos.

En definitiva, las disputas políticas que siguieron a la muerte de Mahoma se acompañaron por desavenencias doctrinales entre el grupo sunita y el

chiíta, que en nuestros días siguen perdurando. La sunnita —partidaria de la tradición o sunna— es mayoritaria y agrupa a un 80% de los musulmanes actuales y la minoría chiíta son mayoritarios solamente en Irán (96%) y en Irak (60%) y creen en el regreso del duodécimo imán, un Mesías conocido como el Mahdi que volverá al final de los tiempos para instaurar el orden y la justicia durante mil años.

Y el Islam se expandió. El mapa político de África del Norte, del Medio Oriente y de Asia central cambió casi de la noche a la mañana. La península Ibérica, el Medio Oriente, Asia Menor, Irak, Irán, Afganistán, parte de la India,

Pakistán y parte de Rusia se convirtieron al islamismo. Era la alternativa al cristianismo que cada vez se estaba extendiendo más por tierras europeas de Occidente.

La estabilidad y el crecimiento económico del nuevo mundo islámico trajeron una paz y prosperidad a sus territorios que eran desconocidas en la Europa occidental del momento. La cultura musulmana sobrepasó a la bizantina en las artes, las ciencias, la medicina, la geografía, el comercio y la filosofía. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en el Califato de Córdoba. Era lógico que pronto surgieran conflictos entre los musulmanes y los cristianos y

fue el germen de lo que más tarde serían las Cruzadas, una serie de intentos por parte de la Cristiandad Occidental para reconquistar Tierra Santa en Palestina.

Se empiezan a construir Catedrales

El cristianismo necesitaba símbolos. Y los más espectaculares, los que mejor se veían eran los templos dedicados a la divinidad y cuanto más grandes, mejor. A partir del siglo XII, y debido a la prosperidad de la época, se desarrollaron las artes, especialmente la arquitectura. Y la catedral se convirtió en el símbolo de la grandeza espiritual,

para asombro y deleite de los fieles, aunque eso supusiera arruinar a toda la ciudad. La catedral, por definición, era la iglesia de la sede episcopal. No tenían por qué tener una arquitectura concreta pero debían dejar con la boca abierta a todos, fueran creyentes o ateos.

Con sus estilos románicos y góticos representó gran parte de la arquitectura de la Edad Media. Se erigieron magníficos templos en agradecimiento a Dios por las bendiciones otorgadas a su pueblo y los milagros que se habían producido en algunas batallas. Eran más que templos sagrados, eran libros sobre la historia, la sociedad, la espiritualidad, el esoterismo, las

costumbres y la miseria de sus constructores. Las ciudades competían por tener la más bella catedral con las agujas más altas apuntando al cielo, obras que tardaban más de un siglo y de dos en concluir. Como escribe Jean Pierre Bayard en *El secreto de las catedrales* (1995):

> «Nuestros antepasados supieron unir fe y materialismo en un desbordamiento lírico, toda una voluntad creadora pudo ordenar un mundo de formas abstractas y elevar un himno de amor hasta la claridad del cielo».

Por regla general, salvo excepciones, todas las catedrales cumplen una regla común con respecto a su orientación. Desde la celebración del primer Concilio de Nicea (325) la orientación de los edificios religiosos cristianos cambió en 180°. Se estableció que la cabecera o ábside donde está el altar estuviera orientada al este en vez de al oeste, como lo estaban los templos egipcios y romanos hasta entonces. Este cambio estaba más acorde con las creencias y simbolismos de la religión católica.

Al amanecer, un rayo de luz penetra por los ventanales del ábside iluminando así la entrada, que es la

parte más oscura en ese momento; esta luz es la que guía a los fieles, en un recorrido iniciático, desde los pies a la cabecera de la iglesia. Este simbolismo se acentúa más en el gótico, ya que la mayoría de ellas están construidas de vitrales, no de piedra. El paso de los fieles desde la entrada principal hacia el altar es símbolo del paso de las tinieblas a la luz. Si los templos tuvieran una orientación cualquiera, como sucede en los neoclásicos, todo esto se pierde y con ello parte de su belleza y riqueza. En el interior de la catedral gótica, la luz crea un espacio sagrado, coloreado y cambiante, con connotaciones de profundo carácter religioso, que se

diferencia claramente de la iluminación del exterior

Las nuevas tecnologías hicieron posible la construcción de grandes catedrales, grandes vidrieras policromadas —con frecuencia adornadas con vidrios de colores cuya técnica se ha perdido hoy en día— y altas agujas. Los franceses fueron los pioneros en dicha construcción. En el 1163, se inició la de Nôtre Dame en París, que acabó 72 años más tarde. Las obras de la catedral de Chartres comenzaron en 1120, concluyendo en 1224 tras haberse incendiado dos veces durante su construcción. En España se puede destacar la construcción de

numerosas catedrales góticas —como las de Barcelona, Zaragoza y Palma de Mallorca—. No temamos gran tradición en el arte de la vidriera. Sin embargo, el conjunto que ofrece en la catedral de León puede compararse con las de Chartres, Reims o Amiens. El estudio de las vidrieras de León es complicado, en gran parte debido a las restauraciones que sufrieron durante el siglo XIX, en las que se utilizaron arbitrariamente partes de unas para completar otras y se cambiaron algunas de lugar sin tener en cuenta su correcta lectura iconográfica.

Hay un refrán castellano que, referido a cuatro catedrales, dice: "Sevilla en grandeza, Toledo en riqueza.

Burgos en fortaleza y León en sutileza". El papa Juan XXIII, entonces seminarista, dijo de esta última cuando la vio: "En la catedral de León hay más vitral que piedra, más luz que vitral y más fe que luz". Aproximadamente 1.800 metros cuadrados de vidrieras tiene dicha catedral que están en cuatro planos diferentes, buscando una intencionalidad:

- —El plano inferior es la piedra, el reino mineral.
- —El plano de las vidrieras que reflejan el reino vegetal.
- —Plano siguiente vidrieras que representan el reino humano —con

símbolos nobiliarios—.

- —En el último plano, vidrieras que representan el reino de Dios —con ángeles y santos—.

Se atribuye a los alquimistas el tratamiento de los vitrales y las vidrieras de las primeras catedrales góticas: la refracción de los rayos del sol sobre el suelo de la nave da siempre el color blanco aunque sean muchos los colores de los cristales que la forman. Dos buenos ejemplos son la Sainte-Chapelle de París y la catedral de León, que tiene la virtud de repeler el polvo, por lo que se encuentran mucho más limpias que las vidrieras modernas. El

químico Stahl dijo que el rojo de estas vidrieras estaba teñido de “púrpura de Casio” que contenía una parte de oro alquímico.

De las gárgolas a Quasimodo

Una de las representaciones más importantes del arte gótico es la catedral de Nôtre Dame, en París. Bella, se mire por donde se mire, sean los vitrales, los rosetones o las gárgolas. Es una de las más antiguas de París y hoy en día se ha convertido en un icono de la ciudad, sólo superado por monumentos como la Torre Eiffel y el Arco del Triunfo.

Uno de los elementos más distintivos de la catedral son sus famosas gárgolas que se encuentran en toda la estructura, principalmente en el techo mediante las cuales se vierte al exterior el agua de los tejados a fin de que no resbale por las fachadas. La leyenda más famosa de esta catedral es la del Jorobado de Notre Dame, historia que ha sido llevada al cine y teatro en múltiples ocasiones, De hecho, el trigesimocuarto largometraje de Disney está inspirada en la novela clásica de Víctor Hugo, *Nuestra Señora de París* (1831) con las aventuras de Quasimodo, el solitario jorobado sordo y campanero de Nôtre Dame que se aventura a salir de su torre

para ir al festival de tontos —la fiesta de los locos— que se celebra en la ciudad unas calles abajo y allí encuentra a la desdichada gitana Esmeralda, todo ambientado en el París del siglo XV.

Desagües siempre ha habido pero cuando adoptan esa figura artística es en la Edad Media y se asociada a las catedrales góticas aunque en otros templos católicos también se pueden ver. En la novela como en la película, tan importantes como Quasimodo y Esmeralda son las gárgolas a modo de guardianes pétreos de tan imponente templo cristiano. Siempre con rostro muy grotesco y a veces espantoso. Su nombre puede derivar del francés

gargouiller, que significa producir un ruido semejante al de un líquido en un tubo, y este del latín *gargula* —hacer gárgaras—.

Cumplían tres funciones básicas, a saber: desaguar los tejados, buscar una finalidad estética y ahuyentar a brujas, demonios y otros espíritus malignos de los alrededores. Si expulsaban agua podían expulsar demonios. Fácil silogismo en la mentalidad medieval. Se pueden clasificar en tres grandes grupos: gárgolas antropomorfas, gárgolas animales y gárgolas fantásticas o monstruosas.

En el arte oriental la función de la gárgola la cumplen los Perros de Fu o

Perros de Buda —también Leones Coreanos—, animales míticos que flanquean la entrada de un templo o una tumba y tienen su origen en la tradición budista.

Las gárgolas son susceptibles de una buena leyenda y la tienen. Refiere la tradición oral francesa la existencia de un dragón en Normandia llamado “La Gargouille”, descrito como un ser con cuello largo, hocico delgado, potentes mandíbulas y alas membranosas, que vivía en una cueva próxima al río Sena, Gracias a tu tamaño y fiereza, hacía todo tipo de desmanes como destruir aquello que se interponía en su camino, escupiendo fuego y agua por sus fauces

con la misma facilidad. Los habitantes de la cercana ciudad de Rúan intentaban aplacar sus accesos de mal humor con una ofrenda humana anual consistente en darle a un criminal para que lo devorara, total, ya estaba condenado a muerte, aunque el dragón prefería tiernas doncellas que eran más masticables.

Esa misma tradición dice que en el año 600 un sacerdote cristiano llamado Romanus llegó a Rúan dispuesto a aplacar al dragón siempre que los ciudadanos de esta localidad aceptaran ser bautizados y construir una iglesia dedicada a la Virgen. Equipado con una campana, libro, vela y cruz, Romanus fue a la guarida del dragón y con una

serie de jaculatorias, pase de manos, tañidos de campana, señales de la cruz y demás zarandajas, lo dominó de tal manera que se transformó en una bestia dócil que consintió en ser trasladada a la ciudad, atado con una simple cuerda.

"La Gargouille" obtuvo como recompensa a su mansedumbre el ser quemado en la plaza pública, excepción hecha de su boca y cuello que, acostumbrados al tórrido aliento, se resistían a arder, en vista de lo cual se decidió dejarlos como estaban y montados sobre el ayuntamiento para canalizar el agua a modo de sumidero y como recordatorio de los malos momentos que había hecho pasar a los

habitantes del lugar. Luego se trasladó al alero de la catedral para que hiera más vistosa.

Las primeras gárgolas aparecen a comienzos del siglo XII y fueron bautizadas con el nombre de “grifos”, animal mitológico mitad águila mitad león. Empiezan a abundar durante los siglos XIII y XTV. Parece que los primeros ejemplos góticos de gárgolas son las que se pueden observar en la Catedral de Lyon, seguidas de las que pueblan Nôtre-Dame de París.

Desde finales del siglo XIII las gárgolas se hicieron más complicadas. Ya no representan a animales fantásticos tipo dragones y grifos —nombre muy

apropiado para la finalidad que tenían—y fueron reemplazados por figuras humanas. Aumentaron su tamaño y se transformaron en figuras más exageradas y caricaturizadas. Las connotaciones demoníacas se abandonaron en el siglo XV haciéndose más cómicas. No se encuentran dos iguales, demostración de la extraordinaria imaginación de sus constructores.

De todas las explicaciones posibles sobre su funcionalidad simbólica —pues su función práctica es más que evidente—, la más aceptada es aquella que las considera guardianes de la Iglesia que mantienen alejado al diablo. Esta interpretación puede explicar el porqué

de su ubicación fuera del recinto sagrado. El trovador Richard de Fournival (1201-1260) que se convierte en canciller de la iglesia de Nuestra Señora de Amiéns, es autor de *Bestiario de Amor*, donde cuenta la leyenda del maestro cantero Flocars que hizo dos gárgolas de cobre, situándolas en la puerta de entrada a la ciudad de Amiens con la intención de que evaluaran las pretensiones de todo aquel que quisiera entrar en ella. Si el individuo era malévolo, las gárgolas escupían un veneno sobre él que lo mataba; por el contrario, si era una buena persona, los guardianes se encargaban de escupir oro y plata y le hacían rico. Muchas de las

llamadas gárgolas grotescas parecen representar a dragones, diablos y demonios, símbolos del mal para el cristiano de la Edad Media. Los dragones son los más genuinos enemigos de Dios y del hombre en la cosmovisión occidental, que no en la oriental. El dragón románico es un ave con cabeza perruna de grandes ojos y cuencas profundas, con orejas puntiagudas y alargadas fauces amenazantes. Su cola es de serpiente y en ocasiones en lugar de patas de ave muestra pezuñas.

Aunque el arte medieval no tuvo una representación fija del dragón, sí puede observarse en todos ellos la existencia de alas semejantes a las de un

murciélago, animal asociado a la oscuridad y el caos. No todas las figuras grotescas antropomorfas o zoomorfas que están en el exterior de una catedral son gárgolas. Así, por ejemplo, las famosas figuras monstruosas de función puramente decorativa instaladas por el arquitecto Eugène Viollet-le-Duc en la catedral de Nôtre Dame de París en el siglo XIX deben ser denominadas quimeras, y no gárgolas. Y no todas las gárgolas servían para expulsar el agua del alero de las catedrales, razón por la cual a las que tenían una función meramente decorativa se las ha llamado "grutescos". Luego están las acróteras que pueden ser estatuas, estatuillas de

piedra, vasos de terracota o lo que surja. La diferencia radica en que las gárgolas, además de ser decorativas, tienen la función de drenaje, mientras que las acróteras sirven exclusivamente para adornar.

El simbolismo de los Bestiaros

El libro de Juan de Mandeville, un viajero de salón y sobrante de imaginación, se puede considerar un Bestiario en toda regla por la cantidad de bichos raros que menciona, aunque no sería el clásico Bestiario como tal, es decir, un compendio de distintas bestias

que se origina en la Edad Media. Comprendía ilustraciones de animales, plantas e inclusive rocas. Se caracterizaban porque cada bestia venía con una ilustración respectiva y una lección moralizante, en la que colocaba a Dios sobre todas las cosas, dejando en claro que cada criatura era creación divina y tenía una función en la Tierra.

Suponen el recorrido por la zoología más increíble que uno pueda sospechar. Al igual que pasaba con algunos viajeros que describían sitios geográficos sin haber estado allí —Mandeville es su representante más genuino en la Edad Media—, los autores de los Bestiarios hacían lo mismo,

describiendo bestias, monstruos o plantas que alguna vez debieron existir, o eran fruto de mitos o de las malas descripciones dadas por aquellos que realmente los habían visto.

Los primeros Bestiarios se escribieron en griego entre los siglos II y III por un autor anónimo que ha recibido el nombre de Physiologus. En este texto se encontraba un listado de los animales que existieron alguna vez, todo ello basado en autores célebres de la antigüedad como Aristóteles, Plinio el Viejo, Cayo Julio Solino, Claudio Eliano y Heródoto. El Physiologus fue copiado y difundido durante toda la Edad Media, y actualmente existen más

de cuarenta ejemplares. Se hicieron muy populares en las cortes del siglo XII. Empezaron como compendios ilustrados en los cuales se enumeraban animales y plantas, y luego pasaron a tener una fuerte carga religiosa y moralizante. Los Bestiarios se convirtieron en tratados de zoología, en enciclopedias no sólo de bestias reales sino también de seres míticos. De alguna manera, con ellos surgió la simbología que acompañaría a estos animales a lo largo de toda la historia de la literatura y la religión.

Comenzaron a ser muy leídos y a ser tomados como obras de consulta, sobre todo por los canteros de las catedrales. Muchos animales fueron tomados para

representar el bien y el mal, siendo analogías tanto de Jesucristo —el pelícano y el ave fénix— como del demonio —dragones, serpientes, arpías y basiliscos—.

Son una buena referencia para entender el simbolismo medieval que aparece reflejado en los capiteles y en las enjutas de algunas basílicas y catedrales. Dentro del bestiario fantástico existen animales empleados con carácter positivo, como los grifos —cabeza y alas de águila con cuerpo de león— que dada su combinación de partes de animales nobles se usaban como guardianes en las entradas —puertas y ventanas— de las iglesias. Sin

embargo, los animales fantásticos maléficos eran muchos más. Tenemos a la arpía —cuerpo de rapaz, busto femenino y con frecuencia, cola de serpiente— y la sirena —cuerpo femenino y cola o colas de pez—, ambas representando la seducción y la vinculación con los placeres carnales. Los basiliscos —cabeza monstruosa con cresta de gallo, cuerpo y cola de serpiente— son los encargados de transportar las almas de los condenados al infierno.

Los centauros —cabeza y tronco humano y resto de caballo o equino— simbolizan la brutalidad y lujuria y con frecuencia se les representa con arco y

flecha disparando a humanos. Otros animales frecuentemente relacionados con el mal son el mono —como caricatura grotesca del hombre—, la serpiente —símbolo por antonomasia del pecado y del demonio—, la liebre y el conejo —asociados con la lujuria con la fertilidad—.

Los primeros Bestiarios se dieron en Francia e Inglaterra en el siglo XII, pero no eran más que recopilaciones de textos anteriores. Uno de los más famosos fue el Bestiario de Aberdeen que apareció en Inglaterra en ese siglo y se trata de una recopilación de distintos libros similares.

Reliquias, indulgencias y bulas

Se creía que los santos eran hombres y mujeres especiales quienes, por su santidad, podían actuar como intercesores ante Dios. Era un culto y devoción muy popular que incluía a los apóstoles de Jesús y a numerosos santos locales que tuvieron significado especial en una región concreta. Surgieron con rapidez nuevos cultos, sobre todo en la intensa atmósfera religiosa de los siglos XI y XII. Los ingleses, los alemanes y los holandeses introdujeron a san Nicolás de Bari, santo patrono dé los niños, que sigue siendo reconocible hoy en día por su

identificación con Santa Claus.

La Virgen María —la madre de Cristo— ocupó la más prominente posición en la Alta Edad Media. Se concebía a María como la mediadora más importante ante su hijo. Cristo, juez de todos los pecadores. Es más, a partir del siglo XI se volvió evidente la fascinación por María como madre humana de Jestis con el creciente número de iglesias por toda Europa que se consagraron a ella, entre ellas la catedral de Nôtre-Dame en París. A ello ayudó mucho el fervor de los templarios y de los cistercienses. El énfasis en el papel de los santos estuvo estrechamente relacionado con el uso de reliquias, el

cual aumentó de manera considerable en la Alta Edad Media.

Un monje inglés del siglo XII comenzó esta descripción de las reliquias de la abadía diciendo:

> «Aquí se conserva una cosa más preciosa que el oro… el brazo derecho de san Osvaldo… Lo hemos visto con nuestros propios ojos y lo hemos besado, y lo sostuvimos en nuestras propias manos… También aquí se conservan parte de sus costillas y un pedazo del suelo donde cayó».

Se creía que el manto de San Huberto de Lieja —que murió en 727—, conservado en la Abadía benedictina de San Huberto, en Bélgica, evitaba que la hidrofobia atacase a aquellos que habían sido mordidos por perros rabiosos si se colocaba sobre la cabeza de la persona, y se decía, asimismo, que curaba la enfermedad por la aplicación de su estola milagrosa.

Cerca de la pequeña iglesia de Bascons, en el distrito de las Landas, de Francia, hay una fuente dedicada a San Amando y en el aniversario de su martirio se reúnen allí peregrinos de todos los pueblos de los alrededores para beber del agua, la cual se cree tiene

cierta virtud para curar el eczema, y con el mismo objeto se emplea también un óleo que ha sido especialmente bendecido y distribuido en la iglesia.

La camisa de Santa Etheldreda, patrona de Ely, que antiguamente se conservaba en la iglesia dedicada a ella en Norfolk (Inglaterra), era considerada un remedio para el mal de garganta o el dolor de muelas si se colocaba sobre la parte afectada; y en la tesorería de la catedral de Durham se conservaba un pequeño diente de San Gengufus, al cual se recurría también para curar a los que padecían de epilepsia.

Muchas iglesias daban a algunas reliquias una connotación más espiritual,

sobre todo aquellas que estaban vinculadas a la crucifixión de Jesús. El hecho de que la cruz fuera de madera, el tocar un *lignum crucis*, de los muchos que había por todas las iglesias y catedrales de la cristiandad, representaba una plegaria con la esperanza de ser protegidos de la mala fortuna. De ahí, en parte, la expresión supersticiosa de “tocar madera”. En la Alta Edad Media se convirtió en práctica común de la iglesia asignar indulgencias a estas reliquias. Lo que hacían las indulgencias era aminorar el tiempo en el purgatorio, un lugar de penitencia en que el alma de los difuntos podía purificarse antes de ir al cielo.

Las indulgencias se recibían a cambio de limosnas caritativas y por venerar las reliquias de los santos. La iglesia especificó los años y días de cada indulgencia, casi un dogma de fe creído a pies juntillas porque interesaba creerlo.

Los cristianos medievales estaban convencidos que la peregrinación a un santo lugar era de particular beneficio espiritual. El más importante lugar sagrado, pero el más difícil de alcanzar, era la Ciudad Santa de Jerusalén. En el continente europeo, dos centros de peregrinaje eran muy populares en la Alta Edad Media: Roma —donde estaban depositadas las reliquias de San

Pedro y San Pablo y a cuyos peregrinos se llamaban romeros— y la ciudad de Santiago de Compostela, donde se suponía que estaba la tumba del apóstol Santiago y a los que llegaban allí se Ies denominaba peregrinos.

La expresión “tener bula” significa gozar de un privilegio o ventaja no concedida a los demás. Este dicho alude a la Bula de la Santa Cruzada española, documento pontificio por el cual diversos papas concedieron privilegios, indultos e indulgencias a España, entre ellos, el de poder tomar carne en los períodos en los cuales la Iglesia imponía la abstinencia de dicho alimento como en Cuaresma, tras los

carnavales. Toda regla tiene su excepción y el dinero abre muchas puertas. Voltaire, en su Diccionario Filosófico, le dedica un capítulo muy crítico con el uso y el abuso de esta costumbre:

"Si le dijéramos a un africano o un asiático de buen sentido que en Europa, donde unos hombres han prohibido a otros comer carne los días de Cuaresma, el papa da permiso para poder comerla por medio de una bula, que cuesta cierta cantidad, y que por medio de otra bula permite conservar el dinero que se ha robado, ¿qué opinión formarían de nosotros el africano y el asiático.^ Convendrían por lo menos en que cada

país tiene sus costumbres, y en el mundo, por mucho que se cambie el nombre de las cosas y se las disfrace, todo se hace para sacar dinero.

Hay dos bulas que se llaman de la Cruzada; la primera es de la época de los Reyes Católicos; la segunda de la época de Felipe V. La primera vende el permiso para comer carne los sábados; la segunda bula, concedida por el papa Urbano VIH, permite comer carne toda la Cuaresma, y absuelve de todo delito, menos del delito de herejía. No sólo se venden esas bulas, sino que está ordenado que se compren, y cuestan más caras, como es natural, en el Perú y en México que en España; pues ya que

producen oro y plata, justo es que paguen más que los otros países".

Inquisición medieval o pontificia

Es oír la palabra Inquisición y más de uno se pone de uñas o frunce el ceño. Realmente habría que hablar de tres Inquisiciones distintas en el tiempo. La primera se crea a principios del siglo XIII para combatir a los cátaros o albigenses, ratificada por el papa Gregorio IX en 1231 —se la llama Inquisición medieval o pontificia que se extiende desde el sur de Francia hasta el reino de Aragón—. La segunda es la

Inquisición moderna, real o española, que crean los Reyes Católicos en 1478, fundamentalmente contra los judíos. Y la tercera es la Inquisición romana, también llamada Congregación del Santo Oficio, creada en 1542 por el Papa Pablo III, ante la amenaza del protestantismo.

Y las tres tuvieron mucho trabajo. La Inquisición toma su nombre de un procedimiento penal específico, la *inquisitio*, no existente en el Derecho Romano, que se caracterizaba por la acusación por iniciativa directa de la autoridad, sin necesidad de instancia de parte, es decir, sin necesidad de delaciones o acusaciones de testigos,

aunque también valían. Todo valía.

Esta Inquisición medieval surge por una serie de disposiciones del papa Giegorio IX promulgadas entre 1221 y 1235. Se crea como organismo eclesiástico confiado a las Ordenes mendicantes —los dominicos en un principio y, al poco, los franciscanos—, independiente de la jurisdicción episcopal y que, con la autoridad del papa, procurará la represión de las herejías y en particular la cátara, que se extendía en el Sur de Francia por esos años con el apoyo de ciertos nobles como el conde Raimon VI de Toulouse, el vizconde de Béziers y Carcassonne, Raymond Roger de Trencavel, y el

conde Raymond Roger de Foix.

Y la Inquisición se acabó por establecer en la Corona de Aragón en 1232, mediante comisiones papales creadas en el marco de la lucha contra el catarismo, extendido por el vecino Languedoc, una parte del cual estaba bajo la autoridad del rey de Aragón, que era también marqués de Provenza.

Como consecuencia de la cruzada ordenada contra ellos por el papa Inocencio III, Montségur, uno de los últimos reductos cátaros, fue sitiado los primeros días de mayo de 1243 y tomado luego tras un largo asedio. Se calcula que podría haber en el castillo unas 700 personas, incluyendo

defensores, sus familias y unos 200 perfectos cátaros —y perfectas—. Cerca del castillo hay un pequeño monumento con una lápida donde se invita al viajero a detenerse ante el *camps des cremats* —“campo de los quemados”—, que recuerda a los inmolados y a leer con respetuoso silencio el epitafio: “A los cátaros, a los mártires del puro amor cristiano”.

Guillem de Belibaste, el último cátaro, profetizó que cuando pasaran 700 años reverdecería el laurel, es decir, volvería a resurgir la orden cátara… Algunos creen que estamos en esos momentos. Entre los inquisidores generales de Aragón habría que destacar

a cierto personaje, Nicolás Eymeric, autor de una celebre obra. Directorio de Inquisidores, donde se ofrecía una guía práctica para que los inquisidores conocieran el adecuado modo de proceder y las penas que en cada caso debían ser impuestas. Pasado el auge de la herejía cátara, la Inquisición papal aragonesa cayó en una inactividad casi completa.

En Castilla nunca llegó a introducirse la Inquisición medieval. Los procesos de herejía eran tratados por los Obispados en lo que se daba en llamar la Inquisición Episcopal. Sin embargo los obispados no concedían mayor importancia a los delitos de fe.

Vamos, a la herejía más que a la brujería, aunque una cosa estaba relacionada con la otra.

A finales del siglo XV, en el marco de una sociedad alterada por las guerras civiles, empezaron a surgir voces que reclamaban la introducción de la Inquisición en el Reino de Castilla. Esta necesidad se justificaba en la supuesta actividad judaizante de los conversos, a los que se acusaba de seguir practicando en secreto la fe judaica —lo que se denomina criptojudaísmo— y de actuar confabulados para socavar las bases de la sociedad cristiana y controlarla. Eran los chivos expiatorios de cualquier calamidad que surgiera. Un

judeoconverso que siguiera practicando sus ritos judíos era un hereje. Los Reyes Católicos hicieron la oportuna solicitud al papa Sixto IV de una Inquisición plenamente operante, lo que fue concedido por la bula de 1 de Noviembre de 1478, mediante la cual el pontífice concedía a Isabel y Fernando plenos poderes para nombrar y destituir a los Inquisidores. Nacía así la Inquisición Real Castellana, que se denomina también Inquisición española o Inquisición Moderna.

El nombramiento del primer Tribunal Inquisitorial no se efectuó hasta 1480. La Inquisición no actuaba sólo sobre los judíos. Actuaba sobre los

judeoconversos que mantenían ritos propios del judaísmo. La mayoría de los historiadores sostienen que el número de personas quemadas desde 1481 hasta 1504, cuando Isabel de Castilla murió, fue cerca de 2.000. A partir de 1502 fijó su atención en los conversos que provenían del Islam, los moriscos. En la década de 1520 se dedicó a los protestantes.

Herejías para todos los gustos

Ya sabemos que en los primeros años del cristianismo, sobre todo a partir del siglo V y durante toda la Edad

Media, los falsos Mesías, las sectas y las herejías paganas —junto con las cristianas— empezaron a pulular. Todo hijo de vecino tenía su particular interpretación de las Sagradas Escrituras que casi siempre se daba de tortas con lo que decía la Santa Sede. Herejía, según el DRAE, es: “un error en materia de fe sostenido con pertinacia” y bajo tales premisas, al no haber libertad de pensamiento, los que mantenían posturas heterodoxas, es decir, heréticas, eran perseguidos, calumniados y en algunos casos ejecutados para mayor gloria de una Doctrina Única del Cristianismo que no contentaba a todos por más esfuerzos

que hacía. Así, había clérigos y religiosos que eran más papistas que el propio papa y se complicaban la vida intentando explicar lo inexplicable y razonar lo irrazonable o bien se sometían a duras disciplinas corporales y eremíticas como san Simeón el Estilita que se propuso subir a una columna de 17 metros, a cielo raso, y allí pasó los últimos 37 años de su vida en la cual rezaba, comía, dormía y defecaba. San Simeón es un buen exponente de aquella forma de entender la santidad que nos describen las historias del monaquismo y que fueron modos de vivir que hoy se nos antojan un tanto brutales y estrambóticos, porque no encajan con

nuestra manera de pensar. Y los hubo, claro está, que prefirieron ir por la vía de la interpretación libre de los textos y la senda de la comodidad, sin complicarse mucho la vida en cuanto a su fe religiosa y en cuanto a contravenir el más elemental sentido común aunque, al final, se la acabaron complicando otros.

Por ejemplo, los miembros de la secta anabaptista de los Regocijados —vaya nombre— se pasaban la vida riendo. Su *leit motiv* era una buena carcajada que, además de proporcionales salud, les abría las puertas del cielo. No eran los únicos. Algunos santos varones llegaron a

santos precisamente por su mansedumbre y por reírse de cualquier cosa, como fue el caso de san Alejo que sonría cuando le humillaban y le tiraban a la cara cáscaras de plátano.

Seguimos con nombres raros. Los Abecedarianos no tenían que ver con un culto desmesurado al diccionario. Se trataba de otra rama de los anabaptistas que sostenían que los niños que no aprenden absolutamente nada en la escuela tienen la salvación garantizada. Sin grandes alardes, se podría decir que su lema era: “al cielo a través de la ignorancia más supina”.

De los Adamitas, una facción desgajada de los Taboritas, se puede

decir que fueron los primeros nudistas convencidos de la historia: rezaban siempre desnudos mientras esperaban el Fin del Mundo. No admitían ninguna propiedad privada, pero lo malo es que tampoco respetaban la de los demás. Algunos autores, como Fraenger, han considerado que El Bosco pudo pintar *El jardín de las delicias* como ilustración de los contenidos de esta secta hereje. La escena representaría el Paraíso sensual de los Adamitas, libre de prejuicios y frustraciones y en íntimo contacto con la divinidad a través del amor físico. Los Hermanos del Espíritu Libre, también así llamados en el siglo XIII, basaban su doctrina en la creencia

de que tanto el bien como el mal dependían de manera exclusiva de la voluntad divina y de que, por tanto, el hombre no puede conseguir la vida eterna por sus propios méritos. La humanidad, en consecuencia, estaba destinada a la salvación eterna y la existencia del infierno era una fábula. Para los Adamitas, la represión del pecado era peor que el mismo pecado. El acto sexual era un placer paradisíaco. Todo esto les llevó a la depravación y a su disolución como secta.

Los Fareinistas, secta jansenista del siglo XVIII, eran una especie de ocupas que disponían libremente de la propiedad ajena, argumentando que

Adán murió sin hacer testamento y que todo era de todos. La verdad es que Adán fue un referente para muchos de estos grupos que acabaron convirtiéndose en unos auténticos adanes, en el sentido más etimológico de la palabra. Por su parte, los Antiasitas consideraban que el trabajo era casi un crimen y en consecuencia se pasaban todo el día holgazaneando y dormidos como benditos tomando el mundo como un Jardín del Edén. Su lema podría ser: "si el trabajo es salud, viva la enfermedad".

Junto al Catarismo y Priscilianismo destacaron otras herejías medievales: el Donatismo, movimiento de carácter

rigorista que dejaba fuera de la comunidad a los pecadores, y que tuvo gran fuerza en el norte de África durante los siglos IV y V; el Pelagianismo, que se extendió por Oriente y el Norte de África en el siglo V, y que sobrevivió hasta el siglo VI en la Galia y Gran Bretaña, y que afectada a cuestiones relacionadas con la gracia y el pecado original. Los Danzantes fue una secta creada en 1373 en Aquisgrán —actualmente en Alemania— cuyos miembros se ciaban la mano y recorrían los pueblos bañando, cantando y saltando al tuntún, entregados a su particular éxtasis místico que sólo ellos entendían.

Mucho más conocidos y perseguidos fueron:

—Los valdenses, creados a finales del siglo XII por Pedro Valdo. Fundó un movimiento espiritual que pasó a ser conocido entre la población como “los pobres de Lyon”. Vivían, al igual que los cátaros, de forma muy humilde. Se caracterizaban por fomentar la libertad de predicación.

—Los lolardos, que formaron cofradías que se encargaban de cuidar a enfermos durante las epidemias. El nombre proviene del término holandés *lullen* que significa “canturrear en voz baja”, en alusión a sus salmos. Desde Alemania a los Países Bajos se

expandieron hacia Inglaterra, donde John Wyclif los organizó como grupo al que llamaron Wiclyfismo, que sería proscrito en el concilio de 1414-1418.

—Los husitas, eran un grupo disidente surgido a inicios del siglo XV en Bohemia. Exigía al igual que los valdenses, la libertad de predicación y la comunión bajo las dos especies, el pan y el vino. El movimiento estaba encabezado por Juan Hus, un discípulo de John Wyclif, que denunció los vicios del clero y del papa y ocurrió lo que tenía que ocurrir: que fuera condenado por herejía en el Concilio de Constanza y quemado el 6 de julio de 1415 junto a su compañero Jerónimo de Praga.

La mayoría de los grupos mencionados se caracterizaban por la crítica social a los tremendos abusos eclesiásticos y la utilización de vergonzosas bulas e indulgencias que prometían la salvación a cambio de dinero. Se medía por distinto rasero a los ricos que a los pobres y había agravios comparativos según a qué estamento perteneciera. Eso estaba muy lejos de la igualdad, humanidad y pobreza que predicaba Jesús de Nazaret, cuyas enseñanzas eran reinterpretadas según el concilio de turno. No había una correspondencia entre lo que la Iglesia predicaba en los púlpitos de los templos y lo que ciertos prelados practicaban

diariamente. Pero tampoco admitía críticas, bajo ningún concepto. Tenían el poder y lo ejercían.

Bajo este panorama, no es de extrañar que surgieran tantos movimientos heréticos, pues parece que algunos papas, cardenales y obispos se lo ganaban a pulso. Como muestra, leamos una de las cartas de la correspondencia del papa Gregorio VII, en la que figura una lista de exigencias papales:

> «Nadie puede juzgar al papa. La Iglesia romana nunca se ha equivocado y nunca se equivocará hasta el fin de los

tiempos, la Iglesia romana fue fundada sólo por Cristo, sólo el papa puede destituir y restituir a obispos en su cargo, sólo él puede trasladar obispos, sólo él puede convocar concilios generales y sancionar Derecho canónico, sólo él puede revisar sus propios juicios, sólo él puede llevar las insignias imperiales; puede deponer emperadores; puede liberar a individuos de su vasallaje; todos los príncipes deben besarle los pies».

Tanto abuso es lo que creó en parte

la leyenda negra de una Iglesia católica intransigente e intolerante con todos aquellos que no pensaran como ella.

El Cisma de Occidente o cómo hacer mal las cosas

Si las herejías se producían en el seno de la propia Iglesia se convertían en cismas. Y hubo dos: el de Oriente y el de Occidente. Éste último fue, sin duda, uno de los sucesos más lamentables de la historia del cristianismo, una crisis religiosa que salpicó a todos los países católicos que tuvieron que posicionarse sobre el

problema. Un cisma que dividió a la cristiandad durante medio siglo. Desde 1378 hasta 1409 hubo dos papas: el de Roma y el de Aviñón; después, tres: el de Roma, el de Aviñón y el de Pisa. Todo eso minó aún más la credibilidad y respetabilidad de la Iglesia católica que no veía cómo solucionar un conflicto que no beneficiaba a nadie salvo a sus enemigos.

Se produce su inicio con la rivalidad entre los cardenales franceses y los italianos; cada partido quería un Papa de su respectiva nación. A la muerte, en el año 1378, de Gregorio XI —que había trasladado a Roma la sede papal desde Aviñón—, los cardenales romanos

eligieron como sucesor al italiano Urbano VI. Un colegio de cardenales disidentes se opusieron al candidato romano y proclamaron a Clemente VII —el cardenal Roberto de Ginebra— que instaló su sede de nuevo en Aviñón, lo que originó la división en el seno de la Iglesia. Los dos papas electos se excomulgaron el uno al otro y el Cisma quedó abierto.

La confusión creada por el Cisma hizo que la cristiandad se escindiera y los reinos se adhiriesen a una u otra "obediencia". Sucedió así hasta con los propios santos; mientras Santa Catalina de Siena se mantuvo al lado de Urbano VI, San Vicente Ferrer militó en

la “obediencia” al papa Clemente. Al final, Gregorio XII renunció y Benedicto XIII fue depuesto el 26 de julio de 1417 acusado de hereje, el último de los tres papas que continuaba en el mando. El desenlace definitivo se produjo el 11 de noviembre de 1417, cuando fue elegido como único papa Odo Colonna, a partir de entonces Martín V, quien se mantuvo como jefe supremo de la Iglesia hasta 1431.

Benedicto XIII, el aragonés Pedro de Luna —sí, el mismo que ha dado origen a la frase “mantenerse en sus trece”—, no fue el único antipapa que vivió en el castillo de Peñíscola (Castellón). Cuando muere el 23 de mayo de 1423, a

los 94 años de edad, los cuatro únicos cardenales que seguían siendo fieles a sus ideas, nombran como nuevo papa al canónigo barcelonés GÜ Sánchez Muñoz, quien toma el nombre de Clemente VIII y se queda en esa misma localidad para ejercer su cargo. Jean Carrier, otro de los cardenales de Benedicto XIII, dejó escrito que aquel día "En Peñíscola se produjo y extendió por el cónclave un olor fétido y por las noches vagaba por la terraza del castillo un macho cabrío".

Señales que muchos consideraron de mal agüero. El hecho cierto es que el pontifical puesto de Clemente VIII le dura tan sólo un lustro que completa a

duras penas. Unos años antes, Martín V había sido elegido “auténtico” papa de Roma en el concilio de Constanza —de 1414 a 1418—, por el que destituyen al antipapa Juan XXIII obligándole a abdicar bajo la acusación de asesinato, violación, sodomía e incesto —así se las gastaban—, lo que le trajo como consecuencia ser excomulgado y encarcelado durante tres años. Oficialmente se pone fin al Cisma de Occidente, pero no era verdad. Como el español Clemente VIII se las veía venir, hace lo mejor que podía hacer; abdicar en 1429 a favor de Martín V y ahí realmente es cuando termina el Cisma que había durado nada menos que 51

años. A modo de recompensa, Martín V nombró a Gil Sánchez Muñoz, obispo de Mallorca, con la dignidad de cardenal. Y todos contentos.

Por cierto, como Benedicto XIII pasó a engrosar la lista de los antipapas, hubo después otro Benedicto que tomó idéntica numeración. Este Benedicto XIII gobernó entre 1724 y 1730, esta vez con todas las bendiciones eclesiásticas.

Las apariciones marianas en el Medievo

Hay una nutrida lista de esta clase de

apariciones en todos los siglos medievales y en todos los países europeos. Pero nos vamos a ceñir a España donde los cristianos estaban tomando posiciones, en el largo deambular de la Reconquista. Y en casi todas las apariciones se da un denominador común cual es que aparezcan unos resplandores o signos luminosos en el cielo o bien una entidad femenina luminosa dentro de una cueva o encima un determinado árbol —un álamo negro, roble, pino, higuera, espino…— que manifiesta su deseo de que se construya una ermita sobre ese mismo lugar, en el que luego aparece una imagen o talla de madera de la

Virgen escondida desde la época de la invasión musulmana. Por último, se construye el santuario y se convierte desde ese momento en la patrona de esa localidad. Apenas hay variaciones sobre este relato arquetípico, salvo la fecha, la zona o el nombre del pastor protagonista del fenómeno sobrenatural y eso cuando aparece este dato, porque a veces ni siquiera las leyendas mencionan el año y tan sólo se limitan a señalar el siglo. En muchas ocasiones, la advocación de la Virgen recibe un nombre alusivo a esos resplandores: Sonsoles, Luz, Estrella…

Podemos elaborar una lista muy reducida de estas apariciones, como muestra de lo que decimos, cuya

devoción y advocación viene de aquellos tiempos:

- — Nuestra Señora de Sonsoles, Ávila (Año 1080).
- — Virgen de la Estrella. Santos de Maimona (Badajoz). Finales del siglo XIII
- — Virgen de la Peña. Brihuega (Guadalajara). Siglo XI.
- — N. S. de Guáyente. Valle de Benasque. Sahún (Huesca). Año 1070.
- — Virgen del Tremedal. Sierra de Albarracín. Teruel. Año 1169.
- — N. S. de la Barquera. San

Vicente de la Barquera (Cantabria). Siglo XV.

- — Virgen de la Salud. Barbatona (Guadalajara). Año 1484.
- — N. S. de Arconada. Ampudía (Palencia) Año 1113.
- — N. S. de la Vid. La Vid (Burgos) Mediados del siglo XII.
- — Santa Mariña de Aguas Santas. Orense. Siglo XII.
- — N. S. de Sopetrán, valle de Solanillos, cerca de Hita (Guadalajara). Siglo XI.

Y por poner un ejemplo de “leyenda tipo”, de las muchas que existen, voy a

escoger la de Nuestra Señora de Guáyente, patrona del Valle de Benasque, que se remonta a 1070. Afirma que Don Hernando de Azcón, barón de Castañer, se dirigía a su palacio de Liti, camino de Benasque, cuando, al llegar a las "Peñas Trenzadas", oyó unas voces celestiales que cantaban la Salve. Al mismo tiempo vio cómo salían de una cueva grandes resplandores. Se acercó y encontró una imagen de la Virgen.

Pasó toda la noche en oración junto a ella, y a la mañana siguiente decidió llevársela a Sahún para que hiera venerada. Pero milagrosamente la imagen volvió a su cueva, y así una y

otra vez. Don Hernando de Azcón, entendiendo que el deseo de la Virgen era ser adorada ahí donde había aparecido le hizo construir una pequeña ermita.

Un día, se le apareció la Virgen cantando la Salve y con resplandores y le pidió que le ampliara el santuario y aumentara el culto. En seguida se dispuso a obedecer, y encontró a dos jóvenes muy hermosos que se ofrecieron para construir el templo. En tres meses estaba terminado y no se volvió a saber nada de ellos.

Una de las excepciones a las apariciones virginales es la señalización de reliquias de santos. Cuando sus

huesos no son encontrados, “casualmente” hay ciertas ayudas celestiales que indican el lugar preciso, como ocurrió con Santa Mariña de Aguas Santas, en Orense, donde aparecieron unas misteriosas “luces populares” en tiempos del rey Alfonso II el Casto (siglo XII), en la montaña de Aguas Santas, por lo que fue fácil encontrar este enclave y edificar allí el santuario. Una vez más, son resplandores los que señalan un lugar santo, como ocurrió con el sepulcro de Santiago en el 814 o con la imagen de la Moreneta en Montserrat en el 880, luces que tienen una clara incidencia en el fomento del fervor religioso.

IV
TIEMPO DE MAGIA Y SUPERSTICIONES

Ea característica común de los grimorios es que casi todos nos aseguran que podemos ponemos en contacto con las fuerzas de la naturaleza o curamos enfermedades, desde las más peregrinas a las más graves, con tan sólo invocar unas palabras precisas. Palabras de poder que sirven de “abracadabra” para

casi todo. Por eso eran libros buscados y malditos. En el *Enquiridion* del papa León, por ejemplo, se da una receta para las quemaduras, consistente en soplar tres veces encima diciendo el mismo número de ocasiones: “Fuego, pierde tu calor como Judas perdió su color cuando hubo traicionado a Nuestro Señor en el huerto de los Olivos”. El quid de la cuestión no está en lo que se dice sino en cómo se dice…

El origen de los grimorios es incierto. Se sabe que en el antiguo Egipto ya existieron libros que recopilaban conjuros. Sus más claros precedentes proceden de la magia babilónica, que influyó en la magia

judía. En Europa comenzó su difusión a partir del siglo XII. Bien es verdad que pocos sabían leer, así que su uso quedó restringido a una elite de magos y de eclesiásticos.

Algunos grimorios servían para invocar a demonios, ángeles o entidades de dudoso origen o bien para recitar plegarias extrañas con sabor a magia ritual. Muchos eran manuales de fórmulas de magia negra, escritas en pergaminos que decían estar hechos con piel de animales y escritos con sangre de vaya usted a saber qué bicho.

En estos libros, auténticos *vademecum* brujeriles, se incluían recetas para conseguir hechizos

variados o para invocar a los espíritus más estrafalarios. También era frecuente incluir mapas, situación y posición de tesoros encantados, confección de talismanes y hasta argucias y trucos para pactar con el demonio en los días propicios. Eran los Libros Negros, Libros Nigrománticos o Libros de los Brujos, temidos, apetecidos, prohibidos y buscados porque se creía que otorgaban conocimientos y poderes a aquel que los tuviera. Por lo general, se invoca y se invita a un demonio, según la especialidad de éste, para que conceda el deseo de turno. Algunos demonólogos creen que los principales "espíritus negros" son seis: Belcebú —

jefe de los demonios—, Leonardo —rey de las brujas—, Nieksa —dominador de las aguas—, Gob —generador de terremotos y pestes—, Peralda —señor del huracán y el rayo— y Djinn —amo infernal del fuego—. Para darles más credibilidad, algunos de estos mamotretos se atribuían a santos, papas o monjes y otras veces sus autores eran tan legendarios que al pobre Salomón le han adjudicado varios de ellos sin comerlo ni beberlo. La mayoría son textos anónimos pues ni Salomón, ni el papa León III, ni el antipapa Honorio quisieron hacer más méritos para aumentar su *curriculum vitae*.

En Europa fueron conocidos *Las*

Clavículas de Salomón y el *Testamento de Salomón*, en cuyas páginas se encontraba todo lo que uno se pueda imaginar y más. Otros grimorios brujeriles son *El libro mágico del papa Honorio, El Enchiridion del Papa León III, El pequeño Alberto* y *El Gran Alberto* —la autoría estaba reconocida a san Alberto Magno—, *Libro de Armadel* y otros con títulos no menos significativos y animalescos como *El Dragón Rojo* o *La Gallina Negra*. En *El Gran Alberto* podemos encontrar hasta una fórmula para curar la peste:

> «Tómese media onza de agua de bérbero, una dracma de triaca y

hágase beber a la persona afectada por el mal; habrá que tener en cuenta que la bebida debe estar tibia; a continuación se le tapa bien al enfermo para que sude y es seguro que, si no hace mucho que tiene la enfermedad, curará de ella».

Algunos grimorios de los que pulularon en la Edad Media ya rizaban el rizo, pues se atribuía su autoría directamente al demonio. Es el caso del *Grimorium Yerum* o *El labro del Diablo*. Se trata de un manual del mago que contiene los ritos de preparación, identificación de espíritus, de pactos

con el demonio, conjuros y métodos para llegar a la realización de todos los deseos del oficiante por aviesos que sean éstos.

«Libro de Raziel»

La biblioteca de Enrique de Villena que tenía en Toledo fue destruida por el obispo Lope de Barrientos en 1434, por orden y encargo del rey Juan II. Mandó quemar la mayoría de los códices, aunque otros se quedaron en su poder. Entre ellos se encontraba un ejemplar del *Sefer Raziel*, un raro libro hebreo medieval que la leyenda dice que fue

traído del cielo por el arcángel Raziel, “el guardián de los secretos”. El *Zohar* —obra principal del misticismo judío— asegura que en el *Libro de Raziel* hay una escritura secreta donde “se explican las mil quinientas claves —para el misterio del mundo— que no fueron reveladas siquiera a los ángeles”. En uno de sus párrafos se lee parte de su revelador mensaje:

> «qualquier que sopiere conoscer los nombres de los dichos ángeles et los oficios et dignidades a que son deputados, et los que supieren llamar por sus nombres en cierta forma, que

vernán et responderán et revelarán los secretos et cosas advenideras».

Su contenido, como su origen, sigue siendo un misterio.

El «Picatrix» y el «Ciprianillo»

Escrito en árabe en el siglo XII, el *Picatrix* es el perfecto manual del mago, uno de los mayores y más completos tratados de magia práctica. El autor del mismo dicen que recopiló información de más de 224 libros de antiguos sabios —Hermes, Platón, Aristóteles y otros no

tan conocidos— con la intención de hacer el mejor libro de hechizos y de conocimientos heterodoxos de manera práctica y directa. El *Picatrix* desvela todo tipo de fórmulas, tales "cómo destruir una ciudad con el Rayo del Silencio", "cómo influenciar a los hombres a distancia" y cosas parecidas que ya las quisiera para sí un jefe de *marketing* sin escrúpulos.

En España tenemos nuestro grimorio particular y favorito: *El libro de San Cipriano* o simplemente *Ciprianillo* para los amigos. Todos estos tratados intimidaron villas y campiñas prácticamente hasta finales del siglo XIX. Es atribuido a san Cipriano de

Antioquía, el santo mago por excelencia, y en el que una parte fundamental se ocupa del desencantamiento de tesoros, incluyendo en muchas de sus ediciones, una "lista de tesoros del Reino de Galicia y de partes de Portugal", con localizaciones más bien ambiguas de dónde encontrarlos. Vamos, que nadie se ha hecho rico llevando un *Ciprianillo* debajo del brazo.

«Codex Gigas»: el códice del diablo

Existen muchos manuscritos medievales que a día de hoy, y tras numerosos estudios, continúan siendo un

verdadero enigma. Sus contenidos, sus ilustraciones y su historia son sinónimo de misterio. Uno de ellos es el *manuscrito Voynich* fechado recientemente entre los años 1404 y 1438 según las pruebas del carbono 14.

El más grande de todos ellos en el sentido literal es el *Codex Gigas*, también conocido como "código o Biblia del Diablo", de finales del siglo XIII. Lo de "libro grande" es un título de lo más acertado, ya que el Codex está considerado como el manuscrito más grande conservado de la época. Sus dimensiones son impresionantes: 92x50,5x22cm. Contiene 624 páginas iluminadas con tintas roja, azul,

amarilla, verde y pan de oro. Su peso, nada menos que 75 kilos, de esos que no se puede coger con una mano, salvo que sea la de Hércules.

De su interior faltan algunas páginas, que en algún momento de la historia fueron arrancadas, ignorando el contenido que pudieran tener. El enorme tamaño está en consonancia con el de las Biblias que se manufacturaban en Europa en los siglos XI y XII. Con su tamaño, los papas reformistas pretendían poner de manifiesto la importancia de los sagrados textos.

El *Codex Gigas* se podría considerar como el último gran manuscrito de estas características y lo

que más ha llamado la atención es la ilustración de un Diablo con gesto burlón en una de sus páginas, que fue lo que le valió el famoso apodo de “Biblia del Diablo”, aunque nada tiene que ver con un libro satánico.

En la época medieval el manuscrito figuraba entre las maravillas del mundo y se le atribuía un enorme valor material. La autoría del pliego se le otorga al monje Herman el Recluso, del monasterio benedictino de Podlazice, en la actual República Checa, aunque este es un dato bastante confuso y en realidad no se sabe a ciencia cierta quién escribió e ilustró sus pergaminos. Sus más famosas ilustraciones son una de la

Jerusalén celestial y, enfrente, la del famoso diablo. Todo esto, mezclado con textos cortos de antiguas historias, curas medicinales y encantamientos mágicos. Un peculiar *puzzle* que recogió en su día los textos más importantes en varias materias, junto con fechas y nombres, para convertir el manuscrito en un ejemplar único.

Aparte de la ilustración antes mencionada de Satanás en una de sus páginas, la verdadera leyenda que siempre ha acompañado al manuscrito cuenta que el supuesto monje Benedictino al que se le atribuye la obra, fue condenado a ser emparedado vivo por un grave crimen y, para que la

pena le fuera perdonada, el monje propuso crear una obra monumental y única que todos alabarían y que llenaría de honores al monasterio y, por si eso fuera poco, la ciclópea obra sería escrita por él en tan sólo una noche.

Los monjes permitieron al atrevido escriba llevar a cabo su imposible tarea. A la mañana siguiente, presentó su gigantesco libro acabado y reluciente. Nadie podía creer que tan magna tarea hubiese podido ser realizada en tan corto periodo de tiempo y no se tardó en rumorear que el joven monje, para cumplir su promesa, había hecho un pacto con Satanás, y que fue éste y no el escriba el que escribió todos y cada uno

de los caracteres del manuscrito. Mito y leyenda para duplicar su precio y su fama…

Buscado el inexistente «Necronomicon»

Yo tengo un ejemplar escrito en francés y varias ediciones en castellano. Entonces ¿por qué es inexistente? Porque el original nunca ha aparecido y lo que se puede comprar se podría decir que es la sombra de un sueño literario.

Ante tal abundancia de libros raros que proliferaron en la Edad Media y en la Edad Moderna repletos de artes

brujeriles, de conjuros y de hechizos no es de extrañar que algún escritor del siglo XX se aprovechara de esa información para crear el suyo propio y mezclarlo entre sus obras como si fuera auténtico, rescatado milagrosamente del pasado, y eso lo hizo el estadounidense Howard Phillips Lovecraft, muy listo él, que no tuvo ningún problema en crear una historia "verosímil" sobre su origen. Se trata del *Necronomicon, Al Azif* o *Libro de los Nombres Muertos*.

Al más puro estilo de Borges, Lovecraft creó su cronología diciendo que fue escrito alrededor del año 700 por un poeta de Sanaa llamado Abdul Alhazred en pleno trance. Habla de los

Antiguos, los dioses primigenios y oscuros. Es un libro forrado con piel humana y escrito con sangre cuyo contenido puede hacer tambalear tus creencias y poner en peligro tu alma. Abdul Alhazred, apodado “El Loco”, recorrió Asia, el sur de Europa y parte de África, estuvo en las ruinas de la antigua Babilonia, en los secretos pasadizos subterráneos en Menfis y peregrinó por más de una década para escribir su obra maestra: el *Necronomicon* o *Al Azif*. El autor advierte que completar la lectura del libro puede llevar a la locura. Lo curioso es que tuvo tanta acogida por parte del público que hasta se creyó que

había ejemplares en muy pocas bibliotecas como las del Vaticano, el British Museum o en la de la Universidad de Buenos Aires.

El propio Lovecraft, asombrado de la difusión que tuvo este engendro de su imaginación, desmintió todo y escribió lo siguiente: «Ahora bien, sobre “los libros terribles y prohibidos”, me fuerzan a decir que la mayoría de ellos son puramente imaginarios. Nunca existió ningún Abdul Alhazred o el *Necronomicon*, porque inventé estos nombres yo mismo. Luwdig Prinn fue ideado por Robert Bloch y su *De Yermis Mysteriis*, mientras que el *Libro de Eibon* es una invención de Clark Ashton

Smith… En cuanto a libros escritos en serio sobre temas oscuros, ocultos, y sobrenaturales, en realidad no son muchos. Esto se debe a que es más divertido inventar trabajos míticos como el *Necronomicon* y *el Libro de Eibon*».

Todos los adoradores de los Mitos de Cthulhu conocen esta historia y ha traspasado las fronteras de la imaginación de Lovecraft y sus seguidores pues ya hay ediciones completas de esta obra —inventadas de cabo a rabo extrayendo fragmentos de distintos lugares— que se pueden encontrar en cualquier librería y películas que se han hecho eco de los influjos perversos de este grimorio

medieval más falso que un billete de tres dólares. Un dato más: el famoso árabe loco Abdul Alhazred no es más que un apodo que Lovecraft se puso en la infancia, inspirado en la reciente lectura de *Las mil y una noches* —Alhazred es allhas read, "el que lo ha leído todo"—.

Maldiciones medievales

Son siglos de creencias férreas y ciegas y también de supersticiones que eran hábilmente aprovechadas. La "fe del carbonero" era lo que más abundaba que, por cierto, esa expresión proviene del siglo XV. Vivía en Ávila un obispo

llamado Alonso Tostado de Madrigal —“El Tostado”, para los amigos— que escribió tanto que al final se acuñó la frase de “escribe más que el Tostado” para los que se empeñan en emborronar folios y más folios. Algunos de sus consejos y opiniones rozaban el límite de la ortodoxia cristiana y quienes se ocupaban de darle los últimos auxilios, él muere el 3 de septiembre de 1455 en Bonilla de la Sierra (Ávila), querían que se fuera al otro lado como buen obispo católico. Al final se cansó de tanta monserga, y con un hilo de voz, el Tostado exclamó: “Yo, ¡como el carbonero!, hijos, ¡como el carbonero!”.

El carbonero aludido por el obispo

era muy conocido en Ávila. Se cuenta que en cierta ocasión le preguntaron:

—¿Tú en qué crees?

—En lo que cree la Santa Iglesia.

— ¿Y qué cree la Iglesia?

— Lo que yo creo.

—Pero ¿qué crees tú?

— Lo que cree la Iglesia…

Y no había modo de apearle de semejante discurso. Desde entonces, hablar de la "fe del carbonero" es referirse a una fe que ignora la lógica, a una persona que cree todo aquello que le

dicen las altas jerarquías eclesiásticas, por muy irracional que sea.

Pues en ese ambiente se desarrollaban muchas ideas religiosas en la Edad Media. El miedo y la coacción psicológica de perder el alma funcionaban para hacer o no hacer determinadas cosas. Y en ese caldo de cultivo surgieron conjuros, excomuniones y maldiciones. Dejando aparte los conjuros y las excomuniones que merecían casi un tratado por sí solas, en el ámbito de las maldiciones las tres más conocidas corresponden al rey Rodrigo, a Jacques de Molay y a Fernando IV el Emplazado. Por supuesto, hay mucho de leyenda

inventada, pero calaron muy hondo en las generaciones posteriores hasta el punto de trasmitirse de manera verbal como advertencia de que las cosas que se hacen mal acaban mal, a modo de justicia divina.

La maldición de don Rodrigo

Es una de las más antiguas y más sonadas pues afecta a una persona y a todo un reino. El mismo año de la coronación del rey Rodrigo (710) empezaron sus problemas. A través de la mediación del enigmático conde don Julián, gobernador de Ceuta, los del clan

del depuesto Witiza entraron en tratos con los beréberes musulmanes para que le ayudaran a recuperar el trono perdido. La suerte estaba echada para Rodrigo y más cuando infringió un tabú centenario que, según la leyenda, le acarreó una maldición.

Dicen las crónicas árabes que en Toledo había un palacio que siempre estaba cerrado. Cada nuevo rey godo añadía un nuevo cerrojo a la puerta y ninguno se atrevía a abrirla por los males que eso pudiera acarrear. Si un rey violaba este recinto sagrado, el reino estaría perdido irremisiblemente. Rodrigo, el último rey godo oficial, desafió con arrogancia el tabú e hizo

saltar los cerrojos. El cronista árabe Ahmed ibn Mohammed Al-Maqqari recoge la versión de lo acontecido a Roderic o Rodrigo en el llamado Palacio de los Cerrojos:

«Desoyendo las instancias de sus consejeros, marchó inmediatamente hacia el palacio, cuya puerta tenía muchos candados. Mandó quitarlos y cuando la puerta se abrió no vio más que una mesa muy larga de oro y plata, guarnecida de piedras preciosas, sobre la cual se leía la inscripción siguiente; "Esta es la mesa de Suleyman, hijo de David —¡la paz sobre él!—"».

Además vio otro objeto: un cofre y dentro de él un rollo de pergamino o un

tapiz donde se mostraba a unos guerreros vestidos y armados a la usanza musulmana y debajo un texto donde se advertía que la violación del cofre supondría la invasión del reino por los personajes allí representados. Él y sus acompañantes vieron en eso muy malos augurios que se confirmarían meses después.

Los witizianos pensaban que los beréberes a los que habían pedido ayuda se conformarían con algún tributo a modo de recompensa, aunque Muza tenía otros planes. Su lugarteniente Tariq ibn-Ziyad, gobernador de Tánger, desembarcó en Gibraltar en el año 92 de la Hégira —abril del 711 para los

cristianos— con un ejército de 9.000 beréberes, dando su nombre al lugar: Gibraltar es Gebel Tariq —“la roca de Tariq”— al igual que un año antes el capitán Tarif dio nombre a Tarifa cuando entró por esta zona para hacer un reconocimiento militar con 500 beréberes.

Lo cierto es que en la batalla de Guadalete —también llamada de la Janda (en el mes de julio)— el rey don Rodrigo pierde algo más que su propia vida. Con él termina la monarquía visigoda; una monarquía que, a pesar de los continuos sobresaltos, había durado 300 años. Muchos achacaron este desastre a la violación de un tabú

centenario que trajo consigo una terrible maldición. Con palabras del escritor Juan Eslava Galán, contenidas en su *Historia de España contada para escépticos* (2002):

> «El ejército de Rodrigo resultó aniquilado, y con Rodrigo pereció la flor y nata de la aristocracia goda, los que llevaban anillos de oro en los dedos, que los distinguían de las categorías inferiores, que sólo los llevaban de plata o cobre».

Los moros —palabra más correcta

que árabe o musulmán, al ser originarios del norte de África— invadieron la Península Ibérica y la ocuparon en poco más de dos años. Los cristianos tendrán que emplear casi 800 años en recuperar lo perdido.

Jacques de Molay y la maldición templaria

La maldición tiene una fecha de inicio, el 18 de marzo de 1314, día en el que fue quemado vivo Jacques de Molay, el último gran maestre de la Orden del Temple, junto con el maestre de Normandía, Geoffrey de Charney, en

un islote existente en el río Sena, frente a la catedral de Nôtre Dame. Allí se retractó en forma pública de cuantas acusaciones se había visto obligado a admitir bajo tortura, proclamando la inocencia de la Orden y, según la leyenda, maldiciendo a los culpables de la conspiración, diciendo la siguiente frase:

> «Dios sabe quién se equivoca y ha pecado y la desgracia se abatirá pronto sobre aquellos que nos han condenado sin razón. Dios vengará nuestra muerte. Señor, sabed que, en verdad, todos aquellos que nos son

contrarios, por nosotros van a sufrir Clemente, y tú también Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios…! A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de este año…».

Una variante de esta leyenda dice que la maldición llegaría hasta la decimotercera generación del linaje del monarca, que es mucho llegar.

El papa de Aviñón murió un mes y dos días después de las ejecuciones —el 20 de abril de 1314— y Felipe IV cayó desplomado el 4 de noviembre

cuando cazaba por los bosques de Fontainebleau y tres semanas después fallecía, el 29 de noviembre, a sólo ocho meses de la muerte de Molay. Tenía 46 años y todo parecía encajar en aquella postrera frase. Se extiende la maldición a Guillermo de Nogaret, que fue el mayordomo del rey quien formuló las acusaciones, diciendo que falleció en ese mismo año en circunstancias inexplicables, posiblemente envenenado por encargo de la condesa de d'Artois, tal como aseguraba el rumor.

La dinastía de los Capeto desaparecería catorce años después, pues a Felipe IV le sucedieron en el trono sus hijos Luis X, Felipe V y

Carlos IV ninguno de los cuales procreó hijos varones, así que a la muerte de este último se extinguió la casa de los Capeto para dar inicio a la dinastía de los Valois con Felipe VI.

Un error es creer que la superstición del viernes 13 comienza con la detención de los templarios. Resulta que Jacques de Molay y 138 hermanos fueron detenidos por orden del rey de Francia Felipe el Hermoso el viernes 13 de octubre de 1307 pero esa fecha es una superstición anglosajona, no francesa, y además es muy anterior pues ya viene de la época romana asociada al martes y 13.

Fernando IV el Emplazado y los hermanos Carvajal

La otra maldición famosa medieval acaeció más o menos en las mismas fechas de la templaría y en parte está relacionada con ella.

Ocurre en España y afecta a un rey, Fernando IV de Castilla que fue llamado tras su muerte “El Emplazado” debido a la maldición que contra él pronunciaron los hermanos Carvajal, caballeros de la Orden de Calatrava, antes de ser despeñados por la peña de Martos (Jaén), dentro de una jaula con pinchos afilados. Estaban acusados de la muerte del privado del rey Juan Alfonso de

Benavides. Los hermanos declararon que la muerte del noble había sido en defensa propia y no por asesinato, así que en el momento de ir a morir lanzaron al aire su deseo de emplazar al rey a una muerte segura cuando pasara un mes, en el caso en que ellos fueran realmente inocentes. Y, en efecto, justo treinta días después de este ajusticiamiento, el rey Fernando fue encontrado muerto en su cama. Era el año de 1312, sustituyéndole en el trono su hijo Alfonso XI.

Queda en Martos un rollo conocido como "La cruz del Lloro" que señala el lugar donde, según la tradición, fueron a parar las jaulas con los cuerpos de los

dos desdichados hermanos.

Los nombres prohibidos

En noviembre de 2003, en unas declaraciones que la princesa Letizia hizo a *El Comercio*, de Asturias, creó un cierto revuelo al saberse la posibilidad de que un futuro hijo varón de los Príncipes de Asturias se llamara Pelayo. Letizia Ortiz Rocasolano no tuvo reparos en insistir en esa idea: “Pelayo es un nombre que nos encanta a los dos. Lo barajamos, si bien es pronto para hablar. Todo se andará”. Al final, su primer hijo fue una niña de nombre

Leonor y el segundo otra niña llamada Sofía de Borbón, ambas bautizadas con agua del río Jordán como mandan los usos y costumbres, pero la puerta queda abierta a más descendencia…

¿Por qué se creó ese revuelo? ¿Por qué no se debería poner a un futuro hijo varón el nombre de Pelayo por muy asturiana que sea ella? En la batalla de Covadonga comenzó a fraguarse la leyenda de don Pelayo, rey de Asturias, hijo de Favila, supuesto pariente del rey don Rodrigo e iniciador de la Reconquista de España hasta que murió en 737. Para los amantes de las profecías, un Pelayo salvaría a España y otro acabaría destruyéndola… Nada

puede terminar igual que empieza salvo que se quiera romper el tabú.

Por tanto, los nombres tienen una gran importancia y no se eligen al azar. Las cuestiones supersticiosas tienen más peso del que imaginamos en el mundo de las monarquías. Como curiosidad, decir que una de las causas que indujeron a Carlos, hermano de Fernando VII, a alimentar la esperanza de ceñir algún día la corona carlista e incluso promover una guerra por ese motivo, era porque otro Carlos (III) había sucedido a otro hermano suyo llamado también Fernando (VI), quien había muerto sin sucesión.

Casualmente, el nombre del que ha

pasado a la historia como el último emperador romano coincidía con el del fundador de Roma, pues se llamaba Rómulo. Pero por si fuera poco, desde niño había recibido el mote de Augústulo —el pequeño Augusto—, con lo que además tenía como apodo el nombre del primer emperador. Con el paso del tiempo fue creándose una leyenda acerca del destino que esperaría a los reinos que eligiesen el nombre de su fundador para uno de sus reyes.

A esta leyenda de origen romano se unió en España una tradición visigoda muy similar, ya que el primer gran rey de la dinastía de los Baltos, Alarico, fue el creador del reino godo de Tolosa,

desde el que a finales del siglo V comenzó la penetración visigoda en Hispania, en la que los godos habían entrado para realizar campañas estrictamente militares desde el 410. Esta colonización se acentuó con la emigración masiva del pueblo visigodo a la península Ibérica a raíz de la derrota visigoda ante los francos de Clodoveo I en la batalla de Vouülé, en 507, que acabó con el reino de Tolosa y en la que falleció su rey, llamado también Alarico. Ya no hubo más reyes godos con ese nombre.

La suma de la tradición goda con la romana, en los primeros siglos de la Reconquista, alimentó el mito de que

ningún rey debería llevar el nombre del fundador o creador de un reino, por lo que, conscientes de esa superstición, jamás un rey o gobernante de ningún reino en la España medieval llevó el nombre de Pelayo —aún a pesar de que jamás se tituló rey—, tradición que siguieron las dinastías de los Austrias y los Borbones que reinaron en España en la Edad Moderna a partir del siglo XVI.

Respecto a Rodrigo la leyenda que se forjó es similar, pero tiene un origen diferente, relacionado, por una parte, con la maldición de la que hemos hablado y, por otra, con los mitos artúricos de Bretaña y las Islas Británicas, o con el Sebastianismo

portugués. Es el mito del rey del fin de los tiempos, que vendrá a salvar a su pueblo de forma providencial. Dice Menéndez Pidal, en su biografía del Cid, que existía una vieja leyenda entre los castellanos, fraguada en los primeros y sombríos siglos de la Reconquista, que pasó a los Carmina Maiorum, los cantos que entonaban los descendientes de los visigodos antes de las batallas, según la cual "un Rodrigo perdió España, pero otro la salvará". De esta tradición nació una leyenda similar a la de Pelayo, por lo que tampoco ningún rey se ha llamado jamás Rodrigo —como ninguno en Portugal se llamó Sebastián entre 1578 y 1910, en que acabó la monarquía, ni en

Inglaterra Arturo—.

Pero es que además Rodrigo fue un “rey maldito” al vulnerar una prohibición y ser el causante de la pérdida del reino, desapareciendo entre las brumas de la leyenda en su última batalla, la de Guadalete, en el 711. Y tanto desapareció que ni su tumba se encuentra…

V
TIEMPO DE INVENTOS Y PREGUNTAS

Hace unos años el historiador Juan Eslava Galán escribió un libro con un título esclarecedor: *Los témplanos y otros enigmas medievales* (1992), de obligada consulta, donde analizaba con pluma ágil y divertida, unos cuantos misterios históricos de esta larga época, a cual más interesante, como la autenticidad del rey Arturo y los

caballeros de la Mesa Redonda, las peripecias del Santo Grial, las penalidades de los cátaros, la caída de Constantinopla —que da el cerrojazo a la Edad Media— o dónde fue a parar el mítico Tesoro de Salomón cuando los godos de Alarico se apropian de él, incluida su Mesa de Salomón. También habla del esplendor y la caída de los almohades, de las perrerías de los vikingos en España y otros jugosos enigmas, amén del que da título al libro, los templarios, un asunto que trata con cierta extensión analizando su origen, sus leyendas, sus costumbres, y su trágico final. Y es que la Orden del Temple siempre da mucho juego.

Evidentemente, no están todos porque esa no era la idea del autor, pero los que están, están muy bien. Y claro que hay muchos más, algunos de los cuales serán expuestos aquí, posiblemente sin ese gracejo que tiene Eslava Galán cuando mete el bisturí para diseccionarlos, pero espero que resulten igual de variados y amenos.

¿Se ha desvelado el secreto del «acero de Damasco»?

Y empezamos por uno recurrente que hace poco ha sido resuelto, o eso dicen, sin quitarle ese aire de fascinación que

durante siglos han tenido los aceros de Damasco, que no procedían de Damasco. La leyenda dice que esas espadas eran templadas introduciendo la hoja al rojo vivo dentro de los cuerpos de esclavos y prisioneros. Y más de uno se lo creyó.

Durante la Tercera Cruzada, entre 1187 y 1192, se narra el encuentro entre el rey Ricardo Corazón de León y el sultán Saladino en Palestina. Para demostrar la fuerza de su pesadísimo mandoble, el rey de Inglaterra cortó una barra de hierro de un solo tajo. En respuesta, Saladino tomó un cojín de seda y lo partió en dos con su cimitarra y se abrió como si fuera de mantequilla.

Los cruzados sospecharon que se trataba de un truco. Saladino entonces lanzó un velo al aire y con su arma lo cortó en dos antes de caer al suelo, con un ademán de chulería dirigida a la grada cristiana.

La espada de Saladino era curva, ligera y de un azul opaco propia de los aceros de Damasco, tan renombrados y tan temidos. Abundaban las leyendas para todos los gustos y algunas afirmaban que tan insignes armas tenían poderes especiales de curación y que fueron usadas por Alejandro Magno en sus conquistas militares. Las hojas eran excepcionalmente fuertes si se las doblaba y lo suficientemente duras como

para conservar el filo, es decir, que podían absorber los golpes en el combate sin romperse.

Así, en tiempos de los cruzados, las espadas de Damasco se convirtieron en legendarias. Durante siglos causaron la frustración de los herreros cristianos de toda la Europa occidental que trataron en vano de reproducirlas. No sabían cómo se podía obtener un acero de tal pureza. El sabio Averroes sostenía que los herreros de Córdoba extraían ese metal de “una piedra caída del cielo cerca de la ciudad”. Pero ¿tan grande era para que los forjadores cordobeses tuviesen suficiente materia prima para fabricar cuchillos, alfanjes y cimitarras?

La descripción más antigua de las espadas de Damasco data del año 540 de nuestra era. Hoy sabemos más datos sobre su origen y su elaboración que despeja en parte su misterio. El acero, porque eso es el hierro con carbono, se preparaba en lingotes en la India en donde se le llamaba *wootz* y se vendía en forma de grandes rodelas. Se cree que las mejores hojas se forjaron en Persia a partir de esas pastas, para hacer también escudos o armaduras. Como en todos los procesos de fabricación de los aceros, la manufactura de la pasta consiste en la eliminación del oxígeno contenido en el mineral de hierro —que es, por cierto, un óxido—. Al añadirle

carbono al hierro reducido, el resultado es un material más duro. En general se mezclaba el mineral con carbón y se calentaba todo hasta unos 1.200° C.

Muchos eminentes científicos europeos fueron atraídos por el misterio de los aceros de Damasco. Uno de ellos fue Faraday, antes de inventar el motor y el generador eléctrico. Era hijo de herrero, de modo que estaba familiarizado con el oficio; además, tenía la ventaja de conocer la jerga de los acereros que se había transmitido desde el siglo XII. Pero "en casa de herrero, cuchillo de palo". Después de sesudos análisis, Faraday saltó con que el secreto podría estar en la adición de

pequeñas cantidades de sílice y alúmina al acero. Erróneo. Para lo único que sirvió el artículo de Faraday fue para que Jean Robert Breant, un metalúrgico de la imprenta de París, descubriera la esencia del misterio; los aceros de Damasco tenían un contenido altísimo de carbono, entre el 1,5% y el 2%.

El nombre de acero de Damasco no proviene del lugar de origen, sino del lugar donde los Templarios y cruzados descubrieron por vez primera dichas espadas.

Resumiendo, las claves del secreto las tenemos en tres datos:

La teoría predice que un acero deja de ser de interés industrial cuando la

cantidad de carbono supera el 1.5% porque entonces éste se vuelve quebradizo, pero los análisis químicos practicados sobre el material conocido como acero de Damasco, mostraron tener una cantidad de carbono que variaba entre 1.5 y 2%, cantidad que le daba a la espada tanto la belleza como su "fuerza" y ligereza.

Se sabe que la materia prima con la que se fabricaba las cimitarras islámicas eran "pastas sólidas" de hierro y carbono, adquiridas y preparadas en la India, como ya he dicho conocidas con el nombre de *wootz*. Luego era enviado a Persia, donde se forjaban las mejores espadas, escudos y armaduras. En la

Rusia Medieval al acero de Damasco se lo conocía con el nombre de *bulat*.

Peter Paufler, de la universidad de Dresde (Alemania), ha usado la microscopía electrónica para intentar demostrar cómo se conseguía la dureza y resistencia de esta aleación. Según él, depende de la presencia de nanotubos parecidos a los de carbono que se utliizan en la moderna tecnología y de esta manera se podrían recrear de nuevo las espadas de Damasco, ya que su técnica se perdió en el siglo XVII.

¿Dónde está la tumba de don Rodrigo?

Cuando alguien se hace famoso en vida su tumba suele ser un lugar de visita para curiosos y turistas. Lo malo es cuando no está en ninguna parte o en muchas. Eso ocurre con la del rey Rodrigo y la de Almanzor, por citar un par de ejemplos.

Son varias las versiones que circulan sobre su muerte. Unos dijeron que Rodrigo murió en manos de Tariq tras la batalla de Guadalete (711), y otros que pereció ahogado en las aguas del río Guadalete cuando encontraron los restos de su caballo y armadura en la orilla. Según Juan Antonio Cebrián, la versión más fiable es que "escapara con el ánimo de recuperarse para poder

organizar una resistencia razonable”. Siglo y medio más tarde apareció una extraña tumba cerca de la localidad lusitana de Viseu. En la lápida se podía leer *Rodericus Rex*. Este hecho se menciona en la Crónica de Alfonso III —siglo X—, aunque otra versión dice que cuando Viseu fue repoblada en el año 868 se encontró una lápida que ponía: “Aquí yace Rodrigo, rey de los godos” —*Hic requiescit rodericus rex gothorum*— lo cual hace pensar que el rey, y lo que quedaba de su corte, hubieran podido resistir en la ciudad lusitana hasta el año 713, en que Viseu fue tomada por los árabes. Lo que está claro es que la derrota fue tan clara que

el Estado se desmembró totalmente a la vez que lo hacía su ejército.

Otra leyenda dice que Rodrigo está enterrado en la pequeña aldea minera de Sotiel Coronada, en el término municipal de Calañas (Huelva) y que la ermita de la Virgen de España se alza sobre el lugar donde se refugió y murió Rodrigo como consecuencia de las heridas sufridas en Guadalete. Los defensores de esta teoría arguyen la cantidad de varones que son llamados Rodrigo por estas tierras, especialmente en Calañas.

Y otra más ubica su cuerpo en la sierra de la Peña de Francia, en Salamanca, donde Rodrigo fue

finalmente alcanzado por Muza y allí le remató. Ciudad Rodrigo tendría pues su nombre en honor al rey godo que es mucho suponer, puesto que la teoría más aceptada sobre tu toponimia asegura que vendría del conde Rodrigo González Girón, que fue quien la reconstruyó y repobló. Una hermosa tradición local afirma que el rey don Rodrigo murió en las inmediaciones de Segoyuela, al sur de la provincia de Salamanca, en donde había buscado refugio tras la derrota sufrida en la famosa batalla. Su laguna encierra un misterio compartido con otros lagos, y es que al morir Rodrigo una espada apareció empuñada por una mano que emergía de sus aguas, cual si

fuera la mítica *Excalibur*. Se cree que un día la espada —desde entonces sumergida en el agua— será tomada por aquél que restituirá el poder real perdido.

Esté donde esté el último rey godo —bueno, lo del último es un decir— su tumba nunca hubiera sido un lugar de peregrinación ni de veneración.

¿Quién fue el último rey godo?

Oficialmente, con Rodrigo se termina la dinastía, el linaje y la monarquía visigoda en España con más pena que gloria. Había empezado en el

415 con Ataúlfo y su esposa Gala Placidia, y terminado en el 711 con la invasión musulmana, pero el reino no cae de golpe. Es más, Tariq y Muza dejan llevar al pueblo una vida como la de antes, sin imponerles sus costumbres o su religión. Se comprometen a respetar las propiedades y privilegios de los colaboracionistas, exigiendo a cambio una serie de impuestos. Cada vez van ganando más territorio ante la impasibilidad del pueblo que no acepta aquello como una invasión.

El joven Agila II, mientras tanto, siguió gobernando allí donde pudo y le dejaron, sobre todo en ciertas zonas de la Tarraconense y Septimania, hasta que

murió en el año 716. Le sucede su hermano Ardabasto, Ardón o, más bien. Ardo, que en el crepúsculo de la dominación visigoda, en el área que abarcaba desde Narbona hasta Cataluña, reinó sobre estos territorios sin llegar nunca a acuñar moneda. De su mandato hay pruebas en textos hallados en algunos monasterios catalanes. La vida de Ardo, el último rey godo, llega a su fin en el año 720 sin que ningún otro gobernante visigodo asumiera ya el trono.

Dos años después: se produciría la batalla de Covadonga —según Sánchez Albornoz que fija la fecha el 22 de mayo de 722, aunque otros historiadores la

sitúan en el 718—, con Pelayo al frente de un reducido número de hombres, no más de 300 combatientes, y con su aplastante victoria se iniciaría la era oficial de la Reconquista que, con el tiempo, daría lugar al surgimiento de nuevos reinos feudales en Hispania. Nunca se han encontrado las tumbas de esos dos últimos reyes godos.

¿Existió la batalla de Clavijo y el tributo de las 100 doncellas?

El primer relato del milagro o aparición de Santiago en la batalla de Clavijo aparece en el Privilegio de los

Votos, redactado por el canónigo Pedro Marcio en la última década del siglo XII. El texto lo copió, según él, de un documento original del privilegio otorgado por Ramiro I en el que establecía el "voto de Santiago". En él se habla de que el rey tuvo una visión: Santiago se le apareció en sueños y le dio un mensaje de lo que iba a ocurrir en la batalla que tendría lugar al día siguiente.

Presuntamente librada en 844, Ramiro I se habría enfrentado a los moros para acabar de una vez por todas con el vergonzoso pago anual del tributo de las 100 doncellas. Aunque el combate habría resultado inicialmente

desfavorable a los cristianos, finalmente se habría saldado a su favor gracias a la intervención *in extremis* del apóstol Santiago que habría irrumpido en medio de las filas musulmanas con su caballo blanco y espada en mano, sembrando el pánico y segando unas cuantas cabezas. Concluye el relato haciendo referencia al tributo de las 100 doncellas, establecido en tiempos del rey Mauregato (783) que, desde entonces, no volvió a pagarse nunca más.

El episodio tendría una influencia enorme en la ideología y la simbología de la Reconquista. Sin embargo, ¿qué hay de cierto en él? Hoy se sabe que la batalla y el tributo son pura fantasía

pero sirvió para que los cristianos se animaran pensando que Santiago "matamoros", el patrón de España y de la caballería cristiana, combatía a favor de ellos. Dice la crónica que desde entonces los cristianos, al entrar en combate contra los moros, acostumbran a decir: "Dios, ayuda, et San Yague", aunque la frase que se ha popularizado más es la de "¡Santiago y cierra España!", que era la versión cristiana del alarido de guerra musulmán: "¡Mahoma!".

La crónica sigue diciendo que en agradecimiento al apóstol por esta victoria, Ramiro ordenó que se diese cada año en ofrenda a la iglesia de

Santiago —que aún no era catedral— una medida de pan por cada yunta de bueyes y que del botín obtenido en la guerra, se ofertase a Santiago tanto como correspondiese a un caballero.

¿De dónde arranca entonces esta leyenda? Seguramente, como muchas otras, debió fraguarse en Galicia, en el entorno de la catedral de Santiago. Al parecer, el autor de la patraña fue Pedro Marcio, canónigo de la catedral, que afirmó haber copiado un diploma de Ramiro I en el que este cuenta el éxito militar obtenido en Clavijo con la ayuda milagrosa del apóstol Santiago. No era la primera vez que el *scriptorium* compostelano realizaba falsificaciones,

algunas de más fuste que la de la batalla de Clavijo, como el famoso diploma de Alfonso II declarando a Santiago "patrono y señor de toda España". Estamos, pues, ante una de las más elaboradas manifestaciones del imaginario colectivo de toda la Edad Media. Poco importa si Santiago predicó o no en Hispania, si su cuerpo está o no enterrado en Galicia o si participó en la batalla de Clavijo y en tantas otras. Como escribió Sánchez-Albornoz, el éxito de Santiago se debió a que en su leyenda y en su presencia "creyeron los peninsulares y creyó la cristiandad y el viento de la fe empujó las velas de la navecilla de Occidente y

el auténtico milagro se produjo”. Desde luego, estas historias y leyendas fueron un buen revulsivo psicológico para los ejércitos en plena Reconquista.

¿La tumba de Almanzor está en Soria?

Al-Mansur, el Victorioso, más conocido como Almanzor, no aparece por ninguna parte. Me refiero a sus restos porque su fama ya ha pasado a la historia. Y no era una buena fama que digamos. Para los cristianos, claro.

Muere el día 11 de agosto de 1002, ya anciano y enfermo, en la plaza

fronteriza de Medinaceli, sin saberse el sitio exacto. Y hasta hoy en día no ha aparecido su cuerpo. Las sospechas recaen en dos localidades: Bordecorex o en Medinaceli —ambos de Soria—. Algunos historiadores se aventuran a decir que resultó mortalmente herido durante la batalla de Calatañazor, donde, al decir de la tradición, perdió su "tambor" o su "buena estrella". Pero esa batalla, como la de Clavijo, está más que cuestionada. Muriera o no en Bordecorex, fue enterrado en Medinaceli y alguien de su categoría militar —recordemos que nunca perdió una batalla y que asoló Zamora, Barcelona, Coimbra, Sahagún, Santiago

de Compostela, Pamplona y San Millán de la Cogolla, por citar las razzias más importantes—, debió de ser enterrado, como era tradición, con todos los honores y con la gran mayoría de los incalculables tesoros acumulados en vida. Una leyenda más romántica y brumosa sitúa su tumba y el dichoso tambor bajo la cuarta colina situada hacia poniente. Pues nada, con datos tan precisos, a buscar…

La más célebre expedición de Almazor destruyó Santiago de Compostela en el verano de 997 y fue, más que una nueva conquista, una afrenta al mundo cristiano porque el sepulcro del apóstol ya se había convertido en un

centro de peregrinación desde que fuera descubierto por un ermitaño llamado Pelagio gracias a unas luminarias misteriosas en el año 813. Almanzor sabía de la importancia espiritual y simbólica del enclave y quiso humillar a sus enemigos expoliando las campanas de la basílica enviándolas a Córdoba a hombros de cautivos para que sirvieran de lámparas en la mezquita. Allí estuvieron durante tres siglos, hasta que Fernando III conquistó Córdoba y lo primero que hizo fue restituir las campanas a la catedral de Santiago, esta vez a hombros de cautivos musulmanes para emular en el agravio a Almanzor.

De igual manera que la tumba de

Gengis Khan, la de Alejandro Magno, el tesoro del Rhin o el tesoro de los Nibelungos, la tumba de Almanzor espera a un intrépido Indiana Jones versado en nuevas técnicas arqueológicas que la localice algún día. Pero que no indague en los restos de la famosa batalla de Calatañazor donde debió quedar herido para morir en Medinacelli porque, según el historiador Juan Eslava Galán, esta batalla es enteramente imaginaria: "La noticia de la fabulosa derrota sólo aparece dos siglos más tarde para demostrar a la castigada grey que el profanador de Santiago no quedó sin castigo". Lo dice en *La Historia de España contada para*

escépticos.

¿Pedro Madruga fue Cristóbal Colón?

El nebbie gallego del siglo XV Pedro Álvarez de Soutomaior, conocido popularmente por el sobrenombre de "Pedro Madruga", tuvo una cierta relevancia dentro, de la historia medieval gallega. Tal es así que existen numerosas leyendas en torno a este curioso personaje, colérico y dinámico, divulgadas a lo largo de los años por el pueblo llano. A pesar de su crueldad para con sus enemigos, llegó a considerarlo como su rey Se dice que

tenía gallos amaestrados que lo despertaban antes del amanecer —de ahí su sobrenombre de Madruga—.

Otros aseguran que debe su apodo a una apuesta que le ganó al conde de Ribadavia sobre los límites de sus dominios y según otros por la hora del día en que ajusticiaba a sus enemigos. En algo estaban de acuerdo unos y otros y es que era el más fiero y sanguinario de los nobles gallegos de la época. No había nadie que le tosiera. Le querían y le odiaban según en qué lado se estuviera en la impartición de su particular justicia, que actuaba como un señor medieval de horca y cuchillo. Repartía parte del botín obtenido en sus

correrías con sus vasallos como un Robin Hood a la gallega. Fue el introductor en Galicia de las armas de fuego tras pactar con unos corsarios flamencos fondeados en la bahía de Vigo.

Una de las mayores extravagancias que hizo fue encerrar a Diego de Muros, obispo de Tui, en un calabozo diseñado por él mismo de manera tan diabólica y maquiavélica que sólo disponía de un pequeño agujero para entrar. Luego hizo engordar al prisionero como si fuera un pavo para imposibilitar su huida y, para colmo, como suprema humillación todos los días defecaba sobre él en la "madrugada".

Pretendía que el castillo de Soutomaior, su residencia, fuera el único de la zona que quedara en pie por lo que destruía por completo torres y fortalezas. En cuanto a la muerte de Pedro Madruga, algunos historiadores aseguran que murió en 1486, cuando viajaba a Alba de Tormes buscando la reconciliación y la gracia real. Sin conseguir sus propósitos encontró allí la muerte. Vasco da Ponte nos lo narra:

> «…unos dixeron que el conde muriera allí de dos carbúnculos, otros dixeron que el alcalde de Proiaño entrara en el monasterio con sus porquerones y que le

hecViara un garrote en el pescuezo; unos dicen que fue de una manera y otros dicen que fue de otra, quizá fue de entrambas maneras».

No se sabe dónde está su tumba y eso ha generado alguna que otra especulación y hasta conspiración histórica. Pedro Madruga desapareció en las mismas fechas en que Colón entraba en escena. Las distintas versiones sobre su supuesta muerte son confusas y contradictorias. En otras palabras, identifican a Pedro Madruga con Cristóbal Colón, urdiendo aquél una falsa muerte y metamorfoseándose de

este nuevo personaje para pasar a la historia de una manera más digna y ejemplar. Los que mantienen esta tesis dicen que existen varios documentos referidos a Pedro Madruga fechados hasta veinte años después de su desaparición. Que Colón intercedió ante los reyes en favor de un hijo de Pedro Madruga y que tres hijos de Pedro Madruga se llamaban Cristóbal, Diego y Hernando —los dos hijos de Colón se llamaban Diego y Hernando—.

A casa de Soutomaior (1142-1532) es la obra del historiador gallego Suso Vila, donde habla extensamente de la figura de Pedro Madruga que ha sido muy transformada, sobre todo en el

periodo romántico. En su obra trata de desmitificar muchas de esas historias que se han contado alrededor de él, como la que identifica a Pedro Madruga con Cristóbal Colón que, según él, no tiene ningún tipo de base histórica o documental. Se sabe con certeza que Pedro Madruga falleció en 1486, y que era enemigo de Isabel la Católica, a la que no le gustaba nada porque Madruga, en la Guerra de Sucesión, había apoyado a Juana la Beltraneja y, por lo tanto, esa situación era más que suficiente como para desechar cualquier relación entre Pedro Madruga y Colón.

¿Qué fue de los huesos y la espada de El Cid?

El Cid Campeador era el mejor guerrero del siglo XI y tuvo una muerte honrosa como corresponde a un caballero de su alcurnia. Lo malo es el trasiego que han tenido sus huesos desde que falleció, que los han llevado de un lado para otro. Muere en Valencia de unas fiebres el 10 de julio de 1099 y su cuerpo fue exhumado por su esposa Jimena poco antes de la conquista almorávide de la ciudad, en 1102. Los restos del Cid fueron trasladados hasta el monasterio burgalés de San Pedro de Cardeña, donde permanecieron durante

700 años. Ea preferencia por este monasterio se debe a que durante su destierro el Cid encomendó el cuidado de su esposa e hijas a los monjes del mismo.

En la actualidad la tumba del Cid y de su esposa se encuentra en el centro de la nave mayor de la catedral de Burgos, en el crucero, que le sirve de maravilloso mausoleo. Allí descansan desde el año 1921 en que fueron trasladados sus restos —no todos— desde el ayuntamiento, lugar en el que estuvieron depositados durante 85 años. En la inscripción de la tumba, redactada por Menéndez Pidal, se puede leer: “A todos alcanza honra por el que en buena

hora nació”.

Como curiosidad, hoy en día se conserva un hueso del antebrazo izquierdo del Cid, no en la catedral sino en el ayuntamiento de Burgos dentro de una arqueta como si de la reliquia de un santo se tratara. Puede verse además una reproducción de la espada Tizona, así como un facsímil del Cantar del Mío Cid. El hueso fue sustraído por un cirujano al hacer el inventario para el traslado de sus restos desde el monasterio de San Pedro de Cardeña hasta Burgos en el año 1809. El saqueo francés del monasterio de San Pedro de Arlanza afectó a la tumba del Cid: sus restos óseos fueron desperdigados por

el templo e incluso amontonados y sustraídos por los soldados que vieron en éstos un valioso *souvenir*, razón por la que algunos museos europeos aseguran conservar hoy huesos del caballero castellano.

Al Cid se le relaciona con su esposa. Doña Jimena, con su caballo Babieca y con su espada Tizona, junto a la Colada, las dos más célebres de Rodrigo Díaz de Vivar. La Colada ha desaparecido y sobre la Tizona han cuestionado su antigüedad. Según el Cantar de Mío Cid, la Tizona pertenecía al rey Búcar de Marruecos, pero el Cid se la arrebató en Valencia. Éste se la regaló a sus yernos, los infantes de

Carrión, aunque volvería a poder de Rodrigo, quien se la acabó regalando a su sobrino, Pedro Bermúdez.

Mide 78,5 cm de largo y 4,5 cm de ancho. Se ha llegado a decir que la famosa Tizona pesaba f 1 Idlos y que sólo él podía manejarla, que era una especie de gigante fortachón. Realmente, la espada del Cid era una jineta árabe que se usaba a una mano y cuyo peso no superará el kilo setecientos gramos. Gracias a este hueso del brazo del Cid sabemos que fue un hombre fornido pero de estatura normal, tal y como se lo ha venido representando en diversas obras plásticas.

La Junta de Castilla y León adquirió

en mayo del año 2007 la espada por 1,6 millones de euros a su legítimo propietario, José Ramón Suárez de Otero, marqués de Falces. Se encontraba depositada en el Museo del Ejército de Madrid —que ahora ha sido trasladado a Toledo—, y su propietario, tras la decisión del Ministerio de Cultura de rechazar su adquisición, se la ofreció a la Junta de Castilla y León, con su consiguiente polémica pues algunos historiadores decían que era falsa y otros que era la auténtica espada que enarboló el Cid, En investigaciones realizadas por la Universidad Complutense de Madrid en el año 1998, se deduce que la hoja de acero, forjada

en la primera mitad del siglo XI, es del tiempo del Cid Campeador, aunque la primera empuñadura se reemplazó por otra del tiempo de los Reyes Católicos.

Cuando digo que el Cid tuvo tratamiento de santo no es sólo porque ganara milagrosamente la última batalla una vez muerto sino que sus huesos se hallan repartidos por diversas partes del mundo. En el palacio checo de Kynzvart se afirma que se guardan reliquias "del héroe nacional español. El Cid, y de Doña Jimena", que consisten en una parte del cráneo del Cid y un fémur de su esposa. No me extrañaría que si empezaran a aflorar huesos del Cid habría más de un Campeador, es decir,

otro milagro. En la capilla del Corpus Christi de la catedral burgalesa está también el llamado cofre del Cid, entregado como fianza a los judíos Raquel y Vidas —en realidad, es un arcón del XIV donde el cabildo catedralicio guarda sus documentos—.

Para que tuviera alma y personalidad, a las espadas se las ponía nombre, como a las mascotas más queridas. Por eso, otras espadas famosas medievales con su historia legendaria, son; Joyosa, la espada de Carlomagno; Durandarte o Durandal, la espada de Roldán, paladín de Carlomagno; Lobera, la espada del rey Fernando III el Santo que actualmente se

encuentra expuesta en la Capilla Real de la catedral de Sevilla. Según la leyenda perteneció al primer conde de Castilla, Fernán González (910-970), de cuya tumba en el monasterio de San Pedro de Cardeña (Burgos) la retiró el rey santo. Su hijo, Alfonso X también debió poseer la espada. En una de sus obras, Las Siete Partidas, destacaba los cuatro valores que toda espada debía encarnar: cordura, fortaleza, mesura y justicia.

Ogier el Danés, un personaje legendario que aparece por primera vez en un cantar de gesta francés —en el siglo XI—, tenía una espada llamada *Curiana* que de acuerdo a la leyenda llevaba la inscripción “mi nombre es

Cortana, del mismo acero y temple que la Joyosa y Durandarte”.

¿Dónde reposa Babieca?

Conocemos la historia de El Cid, más o menos, pero no tanto la de su caballo Babieca. ¿Por qué le pusieron ese nombre que es sinónimo de persona floja y boba?

Cuentan que Rodrigo Díaz de Vivar estaba eligiendo cabalgadura para montar durante las batallas y no le servía un caballo cualquiera. Debía tener temple y valor suficiente para no espantarse con los gritos, la sangre ni el

ruido de espadas. Se desató una tormenta con su aparataje de rayos y truenos y todos los caballos del establo se asustaron huyendo en dirección contraria a la borrasca, menos uno. El caballerizo, al ver esta actitud tan poco natural, le gritó al caballo: “¡Vuélvete como los demás. Babieca!”, que por aquellas épocas medievales tenía las connotaciones de papanatas. Ese gesto desafiante fue suficiente para que El Cid se fijara en el animal y dijera: “Si tan valientemente sabe hacer frente a la tempestad, así lo hará en las batallas”. Dicho y hecho. Adjudicado al caballero don Rodrigo, a éste le gustó el nombre de Babieca —que no tenía nada que ver

con su posible origen de la zona leonesa de Babia—. Todo en el mismo lote y a buen precio pues fue un regalo que le hizo el rey Alfonso VI.

Algunos dicen que se trataba de un caballo andaluz de pelaje blanco. Y con ese nombre ha pasado a ser el caballo más famoso de la historia de España, equiparable al Bucéfalo del gran Alejandro Magno o al Rocinante de Alonso Quijano, el inmortal Don Quijote en el mundo literario.

El Cid muere en Valencia en el año 1099 y su caballo dos años después sin que nadie lo montara durante ese tiempo. Al parecer, Babieca vivió unos aceptables 40 años, que es mucho para

un equino y más estando bregado en tantas batallas. Fue enterrado en el mismo monasterio de San Pedro de Cardeña —a 10 kilómetros de Burgos— donde en su día reposaron los restos de su dueño. GÜ Díaz fue el encargado de cuidarlo durante ese tiempo y quien ordenó que plantasen un olmo a cada extremo de la sepultura. En 1949 el duque de Alba propuso a la Comisión de Monumentos de Burgos levantar un monolito en el lugar donde estaban los huesos de Babieca. En él están escritas las siguientes palabras:

Tal caballo como éste
Es para tal como vos

Para vencer a los moros
Y ser su perseguidor
No le valga el criador
Que por vos y por el caballo
Bien honrado somos dos.

¿Existió Robin Hood?

Una pregunta que más de uno se habrá formulado es si existieron en la realidad dos personajes legendarios de los que se cuentan muchas leyendas, que han sido protagonistas de varios relatos y películas y de los que apenas se sabe nada cierto. Me refiero a Guillermo Tell, en Suiza, y a Robin Hood, en

Inglaterra. Del primero no existe ninguna prueba documental contemporánea a la fecha de su posible existencia —siglo XIV— que pueda probar que se tratase de un personaje real. Del segundo ya es otra cosa. La fama de Robin de los Bosques como bandido generoso que robaba a los ricos para dárselo a los pobres queda, hoy por hoy, en entredicho. ¿Existió o todo fue obra de la literatura medieval o de películas de poco coste? Pues la realidad es que existió y se llamaba Robert Hood, un hombre que se sublevó contra el rey Ricardo II o contra Eduardo I —y no contra Juan "Sin Tierra"— para no pagar impuestos.

“No puedo recordar el padrenuestro como dicta el cura, pero en cambio puedo recitar las rimas de Robin Hood y Randulph Conde de Chester”. Estas líneas dichas por un capellán borracho en *The Vision of Pters Plowman* (1377), de William Langland, son la primera referencia segura en la literatura inglesa a la figura de Robín Hood, uno de los héroes populares más grandes de Inglaterra y Escocia desde al menos el siglo XIV. No se sabe a qué rimas se refería el citado capellán, ya que éstas no han sobrevivido. Lo que sí es seguro es que a finales del siglo XIV, la fama del héroe estaba muy extendida, y en los años posteriores se extendió muchísimo

más por todo el Reino Unido, traspasando fronteras.

Ciertos investigadores creen que hace referencia a un personaje llamado Hood que nació en 1290 en el condado de York, un arquero de los bosques de Sherwood, cerca de la ciudad de Nottingham y que se rebeló en armas contra el rey Eduardo de Inglaterra. Al final la rebelión fue aplastada, y su líder, Robin Hood, se refugió en los bosques que tan bien conocía. Desde entonces se dedicó a atracar caravanas de comerciantes que pasaban por el bosque sin que repartiera dicho botín con los pobres. Al final entró por el redü cuando un grupo de nobles

disfrazados de monjes consiguieron apresar al revolucionario Hood y lejos de matarle se dignó a prestar fidelidad al monarca. Aunque ya era una leyenda.

En cualquier caso, la balada donde aparece es muy posterior a este periodo histórico, por tanto a saber lo que hay de real y de inventado. Hoy tenemos más pruebas. Juhan Luxford, profesor de la Universidad escocesa de St. Andrews, descubrió en 2009 un manuscrito del año 1460 con unas valiosas referencias sobre Robín Hood que no dicen nada bueno de él, aunque por lo menos constatan la existencia de un bandido con ese nombre. Hasta ahora tan sólo se tenía constancia de la mención de Robin

Hood por tres autores escoceses. El nuevo hallazgo coloca a Robin viviendo durante el reinado de Eduardo I, lo que reforzaría la teoría de que su, leyenda se originó en el siglo XIII. Esta es la trascripción de las líneas del manuscrito —que está en latín—:

> «Por estas fechas, de acuerdo a la opinión popular, un cierto forajido llamado Robin Hood, con sus cómplices, infestaron Sherwood y otros lugares respetables de Inglaterra con continuos robos».

Una nueva evidencia está en las cuevas medievales situadas bajo las galerías del museo de Justicia de Nottingham que fueron usadas por el *sheriff* de la ciudad como celdas. Eso es lo que se ha descubierto en 2007, y en una de ellas tal vez pasó algunas semanas Robin Hood. La cueva siempre ha sido conocida como "la mazmorra del *Sheriff*", y esta es la primera vez que los visitantes del museo podrán ver el calabozo donde Robin Hood pudo haber estado encarcelado. Falta un *graffiti* con su nombre…

¿Qué inventos hicieron la vida más

sencilla?

“No existe nada más tonto que inventar”, decía James Watt, el que inventó la máquina de vapor y me imagino que sus razones tendría, aunque también fue el que dijo: “No he conocido más que dos placeres: la pereza y el sueño”.

Inventar siempre es algo cansado y lo hacen los demás. Lo peor es cuando se inventa algo y nadie sabe quién ha sido. En todos los siglos se han hecho aportaciones importantes para mejorar la vida de los ciudadanos bien sea en la agricultura o en la fábrica de trabajo, incluso en el campo de batalla. El

filósofo Francis Bacon hablaba de tres inventos medievales que transformaron profundamente a Europa: la imprenta, la pólvora y la brújula. Todos ellos fueron hechos en China, siglos antes de que aparecieran en Europa, aunque en este continente les dieron otros usos. Si tuviéramos que hacer un top ten de los inventos medievales que más repercusión han tenido en la humanidad, aparte de los tres citados, se podría hacer una hasta con los siguientes:

- El papel.
- El estribo.
- Las gafas o anteojos.
- El reloj mecánico.

- El compás.
- Los naipes/ajedrez.
- Molinos de viento.
- Rueca para hilar.
- La bolsa de valores.
- El botón.

Es muy difícil hacer una lista de la cantidad de artilugios y novedades que vieron la luz en el medievo, objetos sin los que hoy nos resultaría muy difícil vivir, como las gafas para mejorar la visión, los espejos para vernos mejor, el tenedor, los botones, los tacones o el reloj mecánico, tanto el de pesas como el de cuerda. Inventos que han propiciado el conocimiento del mundo,

aplicados a la navegación, como la brújula o el timón de popa de un barco. La imprenta y el papel revolucionaron la educación y la cultura que la hicieron más accesible y más barata. La partitura, el fósforo, la collera de tiro, la pintura al óleo, incluso la @, tan usada por los internautas, procede también del medievo, que es la abreviatura de “ad”, una preposición latina que utilizaban los monjes copistas.

Los tacones tienen un origen en la caballería para sujetar mejor el estribo, pero su difusión se debió a razones higiénicas. El tacón era el mejor medio de andar por el barrizal que se formaba en las calles de tierra de las villas

medievales cuando llovía y así se sorteaban los charcos procedentes de los barreños y cubos de alivio de las casas.

Hay otros inventos medievales menos conocidos y que han aportado muchas alegrías en los siglos posteriores. Uno de ellos, aunque no lo parezca, son los empastes. Los primeros en usar "pasta de plata" como material de obturación dental fueron los chinos en el siglo VII. A lo largo de la Edad Media, comprobaron la facilidad con la que podían elaborarse las amalgamas mezclando mercurio a temperatura ambiente con polvo de plata, estaño o cobre. La aleación se colocaba

rápidamente y duraba mucho más que otros elementos. Todo esto propició que, a principios del siglo XIX, se usara la aleación de mercurio y plata para atajar los efectos de la caries. La primera dentadura postiza data del año 1450. Consistía en dientes de hueso unidos con tripa de animal a una base con bisagras. Sólo hacía falta tener valor para ponerse eso en la boca.

Y también de la Edad Media procede la Bolsa, y no la de plástico precisamente. El lugar donde hoy en día se cotizan los valores en los mercados bursátiles se llama así desde el siglo XIII, y toma el nombre del escudo de armas de una familia noble de Brujas, en

la región de Flandes, los Van Der Buérse, en cuya casa se realizaban numerosas transacciones. En el escudo aparecían tres bolsas de plata, los monederos de la época. No obstante, la Bolsa moderna data de 1460 y nació en Amberes (Bélgica), donde se dieron cita mercaderes de distintas nacionalidades. Y la segunda Bolsa surgió en Amsterdam en los primeros años del siglo XVII, cuando esa ciudad se convirtió en el más importante centro del comercio mundial gracias a sus tulipanes.

Ene a partir del año 1000 cuando la población, al darse cuenta de que el mundo no terminaba, renovó las ganas

de vivir. Todo cambió en la mentalidad de sus gentes y, de manera paralela, el despliegue económico del continente europeo. Renació el interés por saber más, por valorar el conocimiento en artes y ciencias y, sobre todo, por la aplicación práctica de dicho conocimiento. Surgieron auténticas industrias de vidrio, cerámica, materia textil, cientos y cientos de inventos aunque pocas veces nos ha llegado el nombre de quién lo hizo o desarrolló. Es como si la persona no fuera lo más importante y sí el logro y el beneficio obtenido.

Una respuesta a los nuevos tiempos fue el reloj mecánico europeo, que está

documentado sobre el año 1280 y que sustituyó al anterior sistema hidráulico por motores que se activaban mediante pesos colgados de cilindros y engranajes, rodillos y palancas de lo más aparatosas. Y encima no daba la hora exacta ni por asomo. Se abandonaron las clepsidras o relojes de agua, que todavía eran más ineficaces.

En agricultura hubo tres inventos claves que llevaron a un incremento de la producción alimentaría. La primera fue la brida para los caballos que se inventó en China —como no— y que, gradualmente, llegó hasta Europa. Esta brida mejorada se adaptaba al pecho del caballo en lugar de a su tráquea,

permitiéndole tirar de cargas de mucho mayor peso sin ahogarse. La segunda invención fue el arado pesado con ruedas y que consistía en un palo excavador que hacia surcos en la tierra tirado por una yunta de bueyes. Además del arado pesado, otra gran invención de la época fue el arnés de collar, forrado para no herir la piel del animal, y la herradura de clavos, que convirtió al caballo en una ventaja tanto económica como militar

Otro adelanto fue el uso de los molinos de viento, que eran muy variados. El primer molino eólico de Europa data de 1185 encontrado en Yorkshire. Representaba una gran

ventaja respecto al hidráulico, ya que no se interrumpía su funcionamiento en invierno debido a las heladas. Al aumentar la producción de alimentos hubo un resurgir económico de Europa, que se acompañó de un crecimiento de la población, de la construcción y del comercio. Hasta que llegó la peste negra.

Como “inventos menores” hay que hablar del *brandy*, un aguardiente obtenido por la destilación del vino, que fue descubierto por pura casualidad, cuando un grupo de médicos de la escuela de Salerno, en el año 1100, decidieron calentar vino para obtener “vapores medicinales”. El vapor

resultante se condensó en un líquido de mayor graduación y se le consideró un remedio para múltiples enfermedades. *Brandy* viene del nombre en holandés *brandewijn*, que significa "vino quemado". Por cierto, *brandy* es el nombre genérico de la bebida, mientras que *Cognac* es el *brandy* con denominación de origen.

En cuanto al cepillo de dientes, como hoy lo conocemos, fue idea de los dentistas chinos de hace 1500 años. Con anterioridad a esa fecha, los árabes usaban ramitas de areca, planta de palma cuya nuez era a su vez un excelente dentífrico, teniendo así, en un mismo producto, cepillo y dentífrico

juntos. Y los miopes medievales utilizaban lentes divergentes unidas con armazones y puentes metálicos que daban al usuario un aspecto de empollón. Lo malo es que no podían graduarse la vista como hace hoy día el oftalmólogo y tenían que pasarse horas enteras probando y probando lentes hasta dar con las más adecuadas en función de su distancia focal.

En el terreno de la tecnología militar se hicieron avances de importancia con la invención de la armadura de placas, las ballestas de acero, el cañón y el trabuquete, también conocido como “lanza piedras”, empleada para destruir murallas. Un salto cualitativo en las

batallas donde interviene la caballería es la invención y utilización del estribo. En el siglo VII aparece en China y se extiende rápidamente por Asia hasta Turquía y los Balcanes, y un siglo después se conoce en Europa.

Todo lo dicho aquí es un claro reflejo de que los hombres de esta época se interesaban por una tecnología práctica, no teórica. Buscaban formas distintas de hacer las cosas para facilitar la vida y desarrollar sus incipientes negocios. Se reconoció el valor de la observación y la experimentación. Esto dio lugar al método científico que sería característico del Renacimiento y del que parte la investigación científica

moderna.

VI
MISTERIOS MEDIEVALES RESUELTOS CON EL ADN

La biohistoria es una nueva ciencia que va a dar mucho que hablar Auna el estudio genético, toxicológico y antropológico con las fuentes de la historia para conocer mejor la biografía de algunos de sus protagonistas.

Y es que muchas técnicas de bioanálisis que se usan comúnmente en

medicina legal, en criminalística o en la identificación de paternidades pueden ser aplicadas para resolver esta clase de enigmas históricos que parecían irresolubles. Esta nueva ciencia está en auge. El análisis biohistórico ha sido utilizado para autentificar pertenencias y herramientas de valor para los historiadores, para conocer el comportamiento, la enfermedad, la causa de la muerte o el linaje de diferentes personajes que tuvieron algo que decir. Si hay algo de materia orgánica de la que se pueda extraer algo de ADN, el asunto se resuelve en cuestión de días.

El "Proyecto Medici", por ejemplo, pretende desenterrar 49 representantes

del linaje de la familia de los Medici que vivieron en Florencia entre 1434 y 1737 y que fueron enterrados en la iglesia de San Lorenzo. Se quiere desvelar cómo vivieron y murieron los últimos 50 representantes de la poderosa familia. Qué comían, qué costumbres higiénicas practicaban, o de qué enfermedades estaban aquejados. Muchas de estas cuestiones tendrán respuesta tras el análisis genético de tan insignes restos. Ya sabemos, por ejemplo, que Francesco I de Medicis y su esposa Blanca Capello no murieron de malaria sino envenenados con arsénico. Algo que no ha extrañado mucho a los historiadores pero ahora

tienen certezas.

Muy pronto, se hará lo propio con los supuestos restos del pintor Diego Velázquez, enterrado junto a los de su mujer en el convento de las benedictinas de San Plácido.

Hace poco unos profesores estadounidenses, de las universidades de Carolina del Norte y de Virginia, se han propuesto investigar el material genético de la piel de animal sobre la que se hacían muchos manuscritos durante la época medieval para descubrir exactamente el lugar y la fecha en que fueron escritos. Y para eso utilizarán técnicas genéticas que analicen el ADN presente en la piel

animal que compone los pergaminos. Aún hoy existen miles de ejemplares de los que se desconoce su origen. La piel de oveja era la más utilizada para crear los folios sobre los que se escribía en la Edad Media y ese material orgánico va ser fundamental para extraer y analizar el material genético de dicha piel que conforma los distintos pergaminos y crear una base de datos espacial y temporal de marcadores de ADN de los manuscritos. Una vez creada la base de datos, las muestras genéticas de los libros no fechados; se compararán con los datos conocidos y así, mediante similitudes, podrán situarse en el lugar y en el tiempo. De esta forma muchos

misterios literarios van a quedar resueltos. Ya se ha extraído ADN de cinco páginas de un manuscrito francés del siglo XV cuyo análisis ha permitido establecer que la piel procede de vacas domésticas de la misma manada.

Los 80 gramos de Colón

La biohistoria permite rellenar, de manera científica y objetiva, esas lagunas metodológicas propias de la historia más convencional y tradicional. Uno de los hitos más importantes fue determinar si los restos óseos de Colón estaban depositados o no en la catedral

de Sevilla. El descubridor murió en 1506 ajeno al trasiego que iban a experimentar sus restos. Fue enterrado primero en Valladolid y luego pasó por otras cuatro tumbas. En 1509, su cadáver fue trasladado al monasterio de Santa María de las Cuevas de La Cartuja en Sevilla, y en 1537 su nuera los trasladó junto a los del hijo de Colón, Diego, a la catedral de Santo Domingo.

Pero ahí no iba a parar el periplo. Cuando en 1795 España perdió el control sobre la parte Este de la isla de La Española —hoy República Dominicana—, el cadáver de Colón fue llevado a la Habana y, por último, a la Catedral de Sevilla. Y allí se creía que

estaban todos los despojos del almirante de la Mar Oceana. El problema surge cuando unos empleados que trabajaban en la catedral de Santo Domingo hallaron una caja con la inscripción: “Varón ilustre y distinguido: don Cristóbal Colón”.

Y se pensó que lo mejor sería analizar los restos del descubridor de América que se encuentran en Sevilla para saber si eran de él o de un impostor. Y había poca materia, tan sólo unos 70 u 80 gramos de huesos que fueron analizados por el equipo de José Antonio Lorente, jefe del equipo del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada. Y los

resultados no han dejado lugar a dudas. Las pruebas de ADN realizadas a los huesos del almirante sepultados en la catedral andaluza y a los de su hermano menor, Diego Colón, enterrado en el Museo Pickman de la Fábrica de Cerámica de La Cartuja de Sevilla —del que no hay dudas sobre su fñiación—, concluyen que "hay una coincidencia absoluta entre el ADN mitocondrial de ambos, que se trasmite de madre a hijo". Además, han averiguado que se trataba de un varón de talla mediana, de entre 50 y 70 años, sin marcas de patología, sin osteoporosis y con algunas caries.

Ya es seguro que parte de los huesos del descubridor de América están en

Sevilla, pero tiene que haber otros huesos en otros lugares, ya que del esqueleto apenas hay un 15 % enterrado en la catedral hispalense. No me extrañaría nada que los restos que tienen en la República Dominicana, si algún día los dejan analizar, también sean suyos.

Las dos cabezas de Jaime I el Conquistador

Tras la muerte de Violante de Hungría, en octubre de 1251, el rey Jaime I el Conquistador se lanzó a una carrera de amoríos para aliviar su

viudedad, ya que, como anotaron sus cronistas, era “hom de fembres”. Una de ellas fue la noble dama aragonesa Teresa Gil de Vidaure a la que se prometió en matrimonio si antes pasaba por el catre real. Pero la dama muy digna no accedió a sus deseos si primero no pasaban por la sacristía, aunque fuera un matrimonio morganático. El rey aragonés se casó con ella en secreto. De este matrimonio nacieron dos hijos: Jaime, que llegaría a ser el Señor de Jérica y Pedro, que llegaría a ser el Señor de Ayerbe. El matrimonio morganático era el que se celebraba entre dos personas de rango social desigual en el cual se establece

que el cónyuge y cualquier hijo de dicha unión, herede los títulos, privilegios y las propiedades del rey o del noble con el que se ha casado. Es conocido como "matrimonio de la mano izquierda" porque el novio sostiene la mano derecha de la novia con su extremidad izquierda cuando lo normal es hacerlo al revés.

La convivencia marital no duró mucho. El rey la quiere abandonar cuando se enamora de Berenguela Alfonso. Tras esto, Teresa se recluye en un Monasterio de Valencia —que ella misma fundó—. El monarca quería divorciarse de ella a toda cosía y una de las razones que alegó es que realmente

no estaba casado y que además era leprosa. Doña Teresa recurrió al papa de Roma para que éste legitimara la relación, considerada como matrimonio. A lo que el papa respondía el 17 de febrero de 1266 con las siguientes palabras: “Aunque no haya sido un verdadero matrimonio, así, no obstante, se inició, para hacerse verdadero y consumado por la unión carnal”.

Todo esto movió la ira de Jaime I contra el obispo de Gerona, Berenguer de Castellbisbal, que era además su confesor, acusándolo de revelar el secreto de confesión de su matrimonio y le mandó cortar la lengua por bocazas. En aquella época, la doctrina teológica

decía que sólo en caso de que la lepra se complicase con impotencia, el matrimonio podría ser invalidado.

Todo parece indicar que doña Teresa muere entre 1278 y 1288, como monja en el monasterio cisterciense de Gratia Dei, de Benaguasil (Valencia). Según el martirologio cisterciense debió ser un 15 de julio, pero se desconoce el año exacto. A su muerte no sólo fue venerada como reina sino también como santa. Su cuerpo se encontró incorrupto cuando la demolición del monasterio en 1809.

Los restos de Jaime I el Conquistador yacen enterrados en otro monasterio, el de Poblet, pero en su ataúd se guardan dos cabezas a falta de

una. Eso no entraba en los planes. Ante la imposibilidad de saber cuál era el bueno pues, como diría Jorge Manrique, todos somos iguales ante la muerte, se decidió volverlo a enterrar con las dos calaveras en el ataúd ya que no se sabe a ciencia cierta cuál de los dos, ambos con marcas y lesiones, es la del rey de Aragón.

Dejó testado su deseo de ser enterrado en el monasterio de Poblet junto a su padre Pedro II el Católico. Sin embargo, cuando murió, en el año 1276, por muy rey que fuera sus deseos no se cumplieron y sus restos fueron dados sepultura en la catedral de Valencia y dos años después se trasladaron a la

cripta del monasterio de Poblet… o al menos así se pensaba, porque no fue ni mucho menos su último sepulcro ya que el monasterio fue saqueado y las tumbas abiertas durante la Guerra de la Independencia en el año 1809 por las tropas napoleónicas.

Jaime I fue uno de los más perjudicados. Muchos restos quedaron esparcidos por toda la iglesia, mezclados y abandonados. Años después, bajo gobierno republicano, todos aquellos restos óseos fueron recogidos y depositados en cajas de nogales, algunas de las cuales fueron llevadas a la catedral de Tarragona, como los del propio Jaime I, los de

Fernando I de Antequera y los de Alfonso II el Casto. Allí permanecieron hasta que en 1952 fueron devueltos por orden de Francisco Franco al Monasterio de Poblet.

Pedro III el Grande con juanetes y rubio de bote

El hijo de Jaime I también está dando que hablar. Los despojos de Pedro III el Grande (1240-1285) o Pere el Gran, monarca de la Corona de Aragón, son los únicos de la dinastía que nunca han sido profanados. Todo un mérito. Por fin fueron localizados

intactos en el monasterio de Santa María de Santes Creus (Tarragona) en el año 2009. El excepcional hallazgo lo ha realizado un equipo de arqueólogos de la Generalitat y coincidió con la celebración del 850 aniversario del complejo cisterciense.

Se aprovechó su momia para realizar varios estudios sobre cómo pudo morir y su complexión física. El estudio señaló que el rey mediría entre 1,75 y 1,80, que su cara era alargada y que su maxilar inferior era más prominente que el superior. Gracias al análisis de unos tejidos blandos desecados, se sabe que el monarca "sufrió una enfermedad infecciosa

pulmonar, seguramente una tuberculosis, pero no necesariamente fue la causa de su muerte”.

En la investigación química hallaron "la presencia, en los restos de pelos de la barba del rey, de Apigenma Genisteina, un producto procedente de la retama y utilizado históricamente para teñir de rubio los cabellos. Esta sustancia ha sido hallada también en el pelo de la reina Blanca de Anjou, la esposa de Jaime II el Justo y nuera de Pedro III. Vamos, que el rey Pedro el Grande y Blanca de Anjou se teñían de rubio con frecuencia y además los dos padecían de juanetes. Mucha realeza pero los sufrimientos eran como los del

pueblo.

En el rostro de la reina Blanca de Anjou se han encontrado restos de ácido carmínico, probablemente empleado como parte de su maquillaje facial. Las investigaciones han demostrado también que la reina murió debido a complicaciones después de un parto, como había escrito el rey en varios documentos oficiales. Y de ambos se han hecho reconstrucciones faciales, como en su día hicieron con el rostro de Dante, de Bach o de San Nicolás.

Agnès Sorel, la amante envenenada

En abril de 2005, el ESRF — European Synchrotron Radiation Vacility — de Grenoble, Francia, ha ido atrás en el tiempo para estudiar la razón de la muerte súbita de la amante del rey francés Carlos VII, en mitad del siglo XV. El rey estaba casado con María de Anjou con la que tuvo doce hijos. Pero le parecía poco himeneo y tuvo una amante que eclipsó a la propia reina por su belleza y astucia. Gracias a la "luz sincrotrón", pelos y trozos de piel de Agnès Sorel han sido estudiados y sugieren respuestas a su muerte. Y lo cierto es que se encontraron grandes cantidades de mercurio entre sus restos mortales.

La historia de Agnès Sorel podría ser un buen argumento para una telenovela. Fue la primera amante de un rey francés, reconocida oficialmente como tal. Ejerció una gran influencia sobre el rey y su política, lo cual le hizo ganar algunos enemigos en la corte. Creó la moda del “seno al aire” que consistía, como su nombre indica, en dejar a la vista uno de sus pechos, concretamente el izquierdo. Es fácil imaginar el revuelo que armó entonces pues las francesas recatadas no lo aprobaban. Agnès dio luz a tres hijas y, durante su cuarto embarazo, se unió a Carlos VII en la campaña de 1450 en Jumièges, Normandía. Poco después,

cayó enferma y murió de un “flujo de vientre”, según el parte médico oficial. Sin embargo, mucha gente pensó que había sido envenenada.

Con el objetivo de clarificar la muerte de Agnès Sorel, a la edad de 27 años, un equipo liderado por el doctor Charlier del Hospital Universitario de Lille, ha estudiado sus restos con diferentes técnicas. Las cantidades anormales de mercurio que han detectado podrían deberse a las terapias curativas arraigadas en la época o que se acumularan en su cuerpo a lo largo de su vida, por ejemplo, al usar maquillaje que normalmente contenía este metal, pero Charlier sostiene la hipótesis del

envenenamiento como la más verosímil.

Al hacerse público el testamento de Agnès a nadie sorprendió que toda su fortuna, que era mucha, se la dejara a los niños pobres, una actividad filantrópica que ejercía con asiduidad. Actualmente dos hospicios en Francia llevan su nombre, lo que demuestra los buenos sentimientos que tuvo esta mujer a la que no dejaron vivir más.

La calavera femenina de Petrarca

Dante formó un trío literario inigualable en la Italia del siglo XIV, junto con Boccaccio y Petrarca. De

hecho, son considerados los padres de la literatura en italiano. Y los tres formaban parte de un misterioso grupo llamado Fede Santa. De Boccaccio no se han hecho estudios tan sesudos sobre su vida y su obra como con Dante; ni siquiera investigaciones antropológicas, de momento. Y de Petrarca se han analizado algunos huesos, incluyendo su calavera, con unos resultados sorprendentes y en parte decepcionantes.

Todo empezó el 18 de noviembre del 2003 cuando una grúa levantó la cubierta de mármol del arca, colocada en la plaza junto a la Catedral de la pequeña ciudad de Arqua, que contiene los restos mortales del poeta Francesco

Petrarca, con el fin de realizar un examen científico del cuerpo por un equipo de peritos. El objetivo de la misión de reconocimiento, coordinada por el profesor Vito Terribile Wiel Marin, de la universidad de Padua, era doble en un principio; verificar el estado de conservación de los huesos —podría haber peligro de ataque por microbios— y devolver un "rostro físico" al poeta mediante la reconstrucción del cráneo por programas informáticos especializados.

Desde su primera sepultura en la iglesia de Arquá en 1374, sus restos han sido movidos al menos en otras seis ocasiones.

Una de las últimas veces se trasladó el arca mortuoria en secreto, el 23 de noviembre de 1943, a los subterráneos del Palacio Ducal de Venecia, donde son escondidos. Terminada la II Guerra Mundial, en los primeros meses de 1946 los huesos son recompuestos en la Escuela de Anatomía de la Universidad de Padua y, el 26 de junio, son restituidos al arca de mármol de Arquá.

Conclusión; el cráneo que reposa en la tumba de Arquá es en realidad el de una mujer que murió en el siglo XIII, anterior al célebre escritor, según confirmó el análisis efectuado. El profesor Wiel Marin ratificó que el cráneo de Petrarca no es suyo, sino de

una fémina en torno al año 1207, mientras que el poeta vivió entre 1304 y 1374. La explicación del “cambiazo” del cráneo puede estar en que fue robado por algún admirador, quizá en el siglo XVII o el XVIII, cuando era costumbre poseer la calavera de algún famoso entre las vitrinas de las familias nobles.

El cráneo no es la única parte que falta, ya que la leyenda cuenta que un fraile se llevó un brazo de Petrarca en 1630, sin que se sepa dónde puede estar. A menos que aparezca el verdadero cráneo, no será posible reconstruir la fisonomía del poeta, aunque nos queda su obra, en especial las 366

composiciones que integran *Canzoniere* y que dan idea del amor que tuvo por una mujer, Laura. He aquí el inicio del soneto emocionado que compuso con motivo de su muerte:

Sus ojos que canté amorosamente,
su cuerpo hermoso que adoré constante,
y que vivir me hiciera tan distante
de mí mismo, y huyendo de la gente.
Su cabellera de oro reluciente,
la risa de su angélico

semblante
que hizo la tierra al cielo semejante,
¡poco polvo son ya que nada siente!
La muerte de Sanchito

Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, exclamaba don Hilarión en *La Verbena de la Paloma*, y se hubiera desgañitado si supiera los avances que hay actualmente para desvelar enigmas históricos españoles gracias a procedimientos genéticos.

Una vieja leyenda afirmaba que el Infante Sancho de Castilla, hijo de Pedro I el Cruel, apodado “Sanchito”,

había muerto asesinado a manos de su tío Enrique Trastámara en 1370 cuando apenas tenía 7 años de edad. Cierto que las circunstancias que rodearon su muerte fueron un tanto extrañas, pero al parecer no murió envenenado. Esa es la conclusión a la que ha llegado un grupo de investigadores coordinados por la Universidad de Granada tras examinar su momia a finales de 2006 que muestran que Sancho, heredero al trono, habría muerto probablemente de un proceso infeccioso agudo pulmonar.

Los exámenes del cuerpo del infante no han mostrado rastros de cianuro, arsénico, mercurio ni ningún otro tóxico o veneno de los que su tío, Enrique,

podría haber usado para matarlo. De todas las muestras que se han analizado de la momia del niño, cuyos restos se conservan en el convento de Santo Domingo el Real (Toledo) desde 1409, las que han ofrecido más información son las procedentes del pulmón y de ahí que se crea que murió de un proceso pulmonar al sufrir una exposición crónica al humo, probablemente procedente de una chimenea. Mediante el empleo de modernos aparatos de escáner en tres dimensiones y gracias a la biopsia de algunos de los restos de tejido que aún conserva el cadáver, los especialistas se atreven a afirmar que su muerte se debió a causas naturales. En el

futuro, este mismo equipo de investigadores planea una reconstrucción facial del pequeño Sanchito en tres dimensiones para conocer cuál fue su apariencia física en vida.

Las tres momias del Príncipe de Viana

Ni el Príncipe de Viana está en el Real Monasterio del Poblet ni su madre, Blanca de Navarra, en el de Santa María la Real de Nieva. Todo un mazazo para algunos historiadores.

En septiembre de 2008 se dieron a conocer los resultados de otro enigma

histórico recurrente: el de los restos momificados que supuestamente pertenecían al Príncipe de Viana, conservados en el Monasterio de Poblet (Tarragona). Pues resulta ahora que no son los suyos. Algo que se sospechaba. Y tampoco los atribuidos a su madre, la reina Blanca I de Navarra, de la que se creía que estaba enterrada en Santa María la Real de Nieva (Segovia). En 1997 fueron inhumados sus huesos para realizar unas pruebas del ADN mitocondrial por parte de un equipo de antropólogos y genetistas, dirigidos por la historiadora catalana Mariona Ibars.

Un meticuloso estudio antropológico y genético llevado a cabo por las

universidades autónomas de Barcelona y de Granada a lo largo de 10 años, ha concluido que los restos mortales atribuidos hasta ahora a don Carlos de Navarra y Aragón, Príncipe de Viana, que falleció en Barcelona el 23 de septiembre del461, víctima de la tisis, no son los del noble. En realidad, pertenecen a tres individuos distintos. Para más inri, uno de ellos es una mujer.

La momia es una falsificación hecha por un ilustre diplomático catalán, Eduard Toda, egiptólogo y escritor, que hizo un *puzzle* con huesos que seleccionó al azar de entre el montón que el cura de L'Espluga de FrancoJí —municipio vecino de Poblet— había

recogido del suelo del monasterio, donde permanecieron esparcidos durante años. El lío empezó en 1837 cuando una revuelta popular arrasó el Monasterio y expulsó a los monjes. Se abrieron las tumbas de reyes y nobles y los restos permanecieron durante años tirados en el suelo, hasta que se trasladaron a la catedral de Tarragona en 1854. Después, cuando retornaron al monasterio de Poblet en 1935, se mezclaron arbitrariamente.

Eduard Toda construyó una momia seleccionando los huesos grandes, del tamaño que él calculó que tendrían los del príncipe navarro, que murió a los 40 años, y colocó cada uno en su sitio.

Cuando ya tenía montada la momia, entre 1932 y 1935, la cubrió con una capucha y la colocó en un sarcófago moderno. Otra característica llamativa para los investigadores fue la presencia de un brazo amputado. Tras la muerte del Príncipe de Viana, se extendió el rumor de que sus despojos tenían poderes curativos, por lo que a su cadáver se le amputó el antebrazo en 1541 para conservarlo como reliquia que, visto lo visto, a saber de quién sería ese antebrazo.

Y en el pueblo de Santa María la Real de Nieva se lo han tomado un poco mal lo de su reina. El cronista oficial, Felipe Molinero Rodríguez, cree que

hay datos documentales suficientes para pensar que los restos de la reina fueron depositados en la Capilla Mayor de la iglesia del pueblo después de su fallecimiento, ocurrido el primero de abril de 1441. Así lo afirman Zurita, cronista de Aragón o el padre Mariano en su Historia General de España, entre otros. La historiadora Mariona Ibars cree, en cambio, que por las crónicas de la época y el lugar en donde apareció, podrían ser los restos de Inés de Ayala y recomienda que se cambie al menos la placa que la identifica.

VII
TIEMPOS DE VIAJES

Los viajeros no lo hacían por el simple placer de viajar Lo hacían porque tenían una misión que cumplir. Eran mensajeros, embajadores o comerciantes. Así sucede con la vida de Marco Polo que va a Asia para hacer negocios y regresa para contarlo. A comienzos del siglo XV, otro viajero castellano, Ruy González de Clavijo, llegaba, como embajador de Enrique III de Castilla, ante el gran Khan Tamerlán.

La narración del viaje se añadió a las restantes descripciones del exótico país. Y no digamos nada del Libro de las Maravillas del mundo, de Jean de Mandeville, revoltijo de datos exóticos para mentalidades muy crédulas. Todas estas obras avivaron la imaginación y las ganas de emprender largas travesías para darse cuenta de que el mundo era más grande de lo que pensaban y que había más razas, idiomas y religiones que las que habían predicado los sacerdotes en el púlpito.

Durante la Edad Media viajar no era fácil. No había dinero y los peligros acechaban a la vuelta de cada esquina. Una variante era ser peregrino porque

estabas motivado por ideales espirituales. Y se pusieron de moda tres tipos de peregrinación, claro está, para aquellos que podían y querían hacerlo;

La primera, a partir del siglo III y los peregrinos visitan los lugares citados en la Biblia por los que habían transitado Cristo, la Virgen, los apóstoles y diversos santos, fundamentalmente Belén y Jerusalén. Egeria es un buen ejemplo de esta modalidad y de la siguiente.

La segunda es aquella en la que se visitan los lugares en los que, todavía en vida, habitan personas tenidas por santas. Es el caso de San Antonio, San Hilarión o Simeón el Estilita, todos

ellos eremitas que veían interrumpida su soledad, su meditación y su ascetismo por un flujo constante de turistas religiosos que buscaban su consejo o tocar sus vestiduras como si fueran reliquias y obtener beneficios físicos y espirituales. Como por santos que fueran, no eran inmortales, cuando mueren los lugares de sus enterramientos siguen siendo focos de peregrinaje y sobre sus tumbas se erigen santuarios.

La tercera modalidad de peregrinación está enfocada a visitar las reliquias de los santos y mártires en los templos que contienen el cuerpo o parte de él. Bajo la premisa de Basilio de Cesárea; “Una vez partido el cuerpo, la

gracia permanece intacta… una pequeña o ínfima reliquia posee el mismo poder que el mártir que no fue partido”, se generó un lucrativo comercio de reliquias condenado, entre otros, por San Agustín porque allí donde hubiera un dedo de San Cucufato, un Lignum Crucis, un cráneo de San Juan Bautista, un clavo de Cristo o un molar de Santa Apolonia era un lugar propicio de peregrinación y, por tanto, de beneficios tanto espirituales como económicos.

Egeria, autora de la primera guía de viajes

En más de una ocasión se ha elogiado al *Codex Calixtinus* —también llamado *Liber Sancti Jacobi*—, escrito por el clérigo francés Aymeric Picaud hacia el año 1134, como primer libro turístico de occidente. Como saben, trataba y trata en parte de la peregrinación que hizo a Compostela este monje en compañía del papa Calixto II, donde no deja muy bien parados a nuestros ciudadanos gallegos, navarros y vascos. Picaud, entre otras lindezas, dice que "después, pasada la tierra de León y los puertos del monte Irago y del monte Cebrero, se encuentra la tierra de los gallegos… Los gallegos, pues, se acomodan más perfectamente

que los demás incultos pueblos españoles a nuestro pueblo galo, pero son muy iracundos y litigiosos”. Por cierto, el manuscrito original del *Codex Calixtinus* fue robado de la catedral de Santiago de Compostela en julio de 2011.

Ochocientos años antes que Aymeric Picaud hiciera su guía, una monja gallega llamada Egeria —o Eteria como aparece escrito en otros lugares— se dedicó a peregrinar por los lugares sagrados descritos en la Biblia, poniéndolo todo por escrito como diario personal aunque, en realidad, eran cartas que escribía a sus compañeras de hábito. Su obra, *Itinerarium*, sí se puede

considerar el primer libro de viajes, el más antiguo en la historia literaria occidental porque en él describe las grandes ciudades de su época, entre ellas Jerusalén, haciendo la más antigua descripción de Belén, el Monte Sión, el monte Nebo y otros Lugares Santos, aportando detalles de las condiciones de vida, de sus habitantes, de sus creencias y sus costumbres. Y el lenguaje que usa es didáctico, sencillo, sin alardes eruditos para que fuera comprensible por las hermanas de fe que había dejado en el convento hispano.

Egeria era una mujer fuera de lo común, culta, conocedora de las Sagradas Escrituras y espoleada por la

aventura. Según confiesa: “Soy bastante curiosa” y a modo de filosofía de vida recalca: “No hay cansancio cuando se desea una cosa apasionadamente”. En lugar de quedarse recluida entre las paredes de un convento, glorificando a Dios con plegarias, decide echarse el mundo por montera e invertir sus bienes en conocer ese mundo, paso a paso, con la Biblia como guía espiritual y geográfica de todo aquello que quiere y desea ver.

Y entre los años 381 al 384 empieza a comprender que el mundo es más grande de lo que le habían dicho o de lo que se había imaginado. Se puso camino hacia Jerusalén, haciendo parada y

fonda en todos los lugares que le llamaran la atención o en los que pudiera encontrar algún recuerdo bíblico. En su viaje atravesó el sur de la Galia —hoy Francia— y el norte de Italia; cruzó en barco el mar Adriático. Es seguro que llegó a Constantinopla en el año 381. De ahí partió a Jerusalén y visitó los alrededores: Jericó, Nazaret, Galilea… señalando templos y santuarios. Uno de los valores etnográficos que tiene su *Itinerarium* es que describe los ritos y las ceremonias que presencia, lo que permite conocer la liturgia y los cantos de la primitiva Iglesia cristiana. Por ejemplo, cuando observó en Jerusalén la reliquia del

titulum crucis, en el año 383, escribió: “En un relicario de plata se conserva un fragmento de la sagrada madera de la cruz. El relicario es abierto y —la madera— es extraída y tanto ella como el título son colocados sobre la mesa”. Se dice que Egeria tenía una energía inagotable, no así de sus acompañantes que no podían aguantar su ritmo. Y en cada sitio se entrevistaba con los monjes y eclesiásticos para que le contaran detalles del enclave, como lo haría una corresponsal. Tiene buenos contactos y privilegios y eso le permite llevar una escolta de soldados romanos para que no sufra percances en una época donde transitar por ciertos caminos, siendo

mujer, era un peligro constante. Su escolta se releva en cada ciudad o campamento militar.

En una de sus cartas escrita en Arabia comenta a sus hermanas:

> «A partir de este punto despachamos a los soldados que nos habían brindado protección en nombre de la autoridad romana mientras nos estuvimos moviendo por parajes peligrosos. Pero ahora se trataba de la vía pública de Egipto, que atravesaba la ciudad de Arabia, y que va desde la Tebaida hasta Pelusio, por lo que no era

necesario ya incomodar a los soldados».

Gracias a su dinero, al conocimiento de idiomas y a su don de gentes puede llegar a lugares donde a otros peregrinos ni se les hubieran ocurrido. Recoge los datos que le llaman la atención y hasta desmitifica mitos religiosos como el de la estatua de sal de la mujer de Lot. Efectivamente, cuando llega a las orillas del Mar Muerto, su acompañante de turno, un obispo, le señala el lugar donde la tradición decía que estaba esa famosa estatua de sal y Egeria escribe en su diario epistolar: “Creedme, venerables señoras: por más que miré

sólo vi el lugar donde estaba la estatua; de la estatua misma ni el menor vestigio. En este punto no puedo engañaros”. No hay nada como estar allí para dar crédito o no a las leyendas piadosas.

Visita el monasterio de Santa Catalina y describe su subida al monte relatando cómo el sudor le empapaba el cuerpo. En la cumbre, en la pequeña iglesia que había sido edificada en su época, el sacerdote celebra para ella una Eucaristía y le muestra la espectacular vista. Recordemos que en este monte, situado a 1570 metros de altitud, es donde dice la tradición bíblica que Moisés vio la “zarza que ardía sin consumirse”. Durante los días

siguientes, recorre casi toda la península del Sinaí, sube al monte Horeb y también al monte Nebo, lugar donde Yahvé permitió a Moisés contemplar la Tierra Prometida:

> «Llegamos pues, a la cima de aquel monte, donde hay ahora una iglesia no grande en la misma cima del Monte Nebo. Dentro de esta iglesia, en el lugar donde está el púlpito, vi un lugar un poco más alto, que tenía las mismas dimensiones que suelen tener los sepulcros. Entonces pregunté a aquellos santos que cosa era esto, y ellos

respondieron: “Aquí fue puesto el santo Moisés…”».

Su ruta también es gastronómica. Egeria se cerciora de que al Mar Rojo no le llaman así porque el agua sea roja o turbia: “Al contrario, es sumamente límpida, clara y fresca, como la del mar océano. Hay en él langostas de exquisita suavidad; cría toda clase de peces y tan sabrosos como los del mar de Italia”. Visita la tumba del patriarca Job y regresa a Jerusalén por la ciudad de Clysma, hoy Suez. Allí celebra la Pascua y cuando por fin se dispone a regresar a la península Ibérica, a Gallaecia para ver a sus hermanas, oye

hablar de unos santos monjes que habitan en Mesopotamia. Como buena viajera, desvía de nuevo su rumbo para conocer en primera persona aquellos lugares de Asia Menor y a tan singulares personajes. Gracias a esa determinación visita Tarso, de donde era natural San Pablo, llega a la ciudad de Edesa, en la actual Turquía y se entrevista con el obispo San Eulogio, aparte de rezar ante la tumba del apóstol Santo Tomás.

Aún no había llegado la Edad Media y sus cartas nos dan buena idea de las incomodidades de viajar en esa época, desplazándose por las calzadas, lo que entonces se llamaba *cursus publicus*, es decir las vías que seguían las legiones

—una red de 80.000 kilómetros—, empleando como hospedaje las *mansio*, o casas de postas. En otras ocasiones se acogió a la hospitalidad de los monasterios implantados en Oriente. Varias menciones del manuscrito sugieren la posibilidad de que contara con algún tipo de salvoconducto oficial que le permitió recurrir a protección militar en territorios especialmente peligrosos.

Lo observa todo y todo lo anota. Cuando ve el río Eúfrates lo describe así; “Es un río muy grande, tanto que mete miedo. Corre con la impetuosidad del Ródano, pero es inmensamente mayor”. Con el obispo San Eulogio va a

visitar a los anacoretas que viven —malviven— en un inhóspito desierto de lo que actualmente es Siria y, andando y andando, se terminan los límites del Imperio Romano, llega al extremo del "mundo civilizado" y cristiano. A partir de ese lugar empieza lo desconocido, el imperio persa, un territorio prohibido y peligroso.

Egeria quería seguir más adelante pero nadie se lo aconseja y no podía contar con escolta. Si lo hubiera hecho, hubiera atravesado Persia y sobrevivido al regreso, se hubiera convertido en la Marco Polo española, dando a conocer al mundo occidental los misterios de Oriente. Ganas, fuerza, dinero y valentía

le sobraban. Tras casi cuatro años de viaje intenso, da media vuelta y va hacia Constantinopla donde sigue contando cosas cuyo destino leerían algún sus días sus queridas monjas de Hispania, pero no sabemos si pudo regresar a su tierra ni cómo ni dónde murió. Su tumba está perdida en el confín de algunos de esos lugares que ella tuvo el privilegio de visitar.

Una obra tan magnífica estuvo perdida y olvidada durante mucho tiempo. Es al final del XIX cuando se redescubrió en Italia, en la localidad de Arezzo, el relato de su *itinerarium*.

Algún autor berciano identifica a Egeria con Pulcheria, hija del

emperador Teodosio, al que se supone originario de Cacabelos, la antigua Cauca. Esta identificación no parece muy creíble, pero tal vez sí pudiera existir una relación de parentesco entre Egeria y Teodosio. Las peculiaridades del viaje así lo avalan.

Fue en 1903 cuando el benedictino Mario Ferotín daba la clave final: la autora era una tal Etheria o Egeria, monja o incluso abadesa, de edad madura y de la que no se conocía demasiado. Hoy está considerada, muy posiblemente, la primera escritora española de nombre conocido cuyo relato se ha convertido en el primer libro español de viajes.

Benjamín de Tudela: el viajero medieval por excelencia

En la Edad Media hubo quien, antes de Marco Polo, emprendió viajes casi tan largos como los del veneciano. Y ése fue Benjamín de Tudela, un judío sefardí que nació en Navarra en 1130, y a sus 29 años partió hacia Oriente, aunque su finalidad no está clara; algunas fuentes afirman que comerciaba con piedras preciosas y coral, mientras que los israelitas —quienes le conocen por su nombre en hebreo de Rabbi ben Jonah— lo consideran un rabino que viajaba para localizar las Diez Tribus Perdidas de Israel. Hablaba varias lenguas, como el

arameo, el griego, el latín, el hebreo y el árabe.

Su itinerario le llevó de Tudela a Zaragoza, Tortosa, Barcelona, Narbona, Montpellier, Arles, Marsella, Genova, Pisa, Roma, Nápoles, Salerno, Tarento y Otranto; luego recorrió el Imperio Bizantino y las islas del Egeo; también los reinos cristianos de los cruzados en Siria y Palestina; se adentró en el mundo musulmán visitando el Imperio Seléucida —Mesopotamia—; en Basora se embarcó para circunnavegar la península Arábiga, llegando hasta el Egipto fatimí; y de allí volvió a España pasando por Sicilia. En su relato, publicado en hebreo en Constantinopla

en 1543, se incluyen observaciones sobre la situación material, la cultura y la política de los países que visitó. Sobre todo, describe el estado de las comunidades judías.

El inicio de sus viajes podría fijarse entre 1159 y 1167 y su regreso a España, entre 1172 y 1173 —año 4933 del calendario judío—. Recorre Israel y describe los Santos Lugares dejando un documento de singular interés para el conocimiento de Palestina de esa época.

Fue el primer europeo que contempló, en la distancia, las montañas del Himalaya. El siglo XII fue la época en la que cualquier viaje por tierra o por mar suponía peligro, sin embargo, los

judíos viajaban con frecuencia; en todas las ciudades importantes había judíos que daban a sus correligionarios una buena acogida, especialmente en épocas de intolerancia y persecución. El libro escrito por Benjamín de Tudela a su regreso a España se titula en hebreo *Séfer-masaot* —Libro de Viajes—, y en su versión latina *Itinerarium*.

Buena parte de sus páginas es un monótono informe sobre las comunidades judías que visitó, pero el libro constituye una valiosa documentación sobre la geografía y la etnología de las tierras que describe. En la isla de Corfú encuentra un solo judío, de oficio teñidor. En Salónica halla muy

oprimida a la comunidad hebrea. Al llegar a Constantinopla, el rabino no puede creer lo que ve; mercaderes de Asia y Europa; los esplendores de Santa Sofía, donde oficia un Papa "que no se lleva bien con el Papa de Roma". En el Hipódromo hay peleas de gallos, leones, osos… En su crónica dice que los diamantes de la corona del emperador Manuel Commeno tienen un lustre tal que, "aun sin otra luz, iluminan la estancia en que están guardados".

Al llegar al Monte Líbano, el rabino nos cuenta su versión de la historia del Viejo de la Montaña, que el llama Sheik-al-Hashishin. Siguió hasta Damasco, ciudad que lo emocionó por

sus vergeles y la mezquita, guardada por la “costilla de un gigante”. En Haran visita la sinagoga construida por Ezra, en el lugar donde estuvo la casa de Abraham. Allí, tanto judíos como musulmanes se reunían para orar En la Sri Lanka de hoy, la Khandy de entonces, Benjamín de Tudela, incrédulo, asiste a un sepelio en el que los parientes del difunto se arrojan por su propia voluntad a la pira funeraria.

De vuelta a España, pudo contar sus aventuras, desventuras, penurias y alegrías en persona. Murió en paz en el año 1173.

Jacobo de Ancona y la «Ciudad de la Luz»

Menos conocido es Jacobo de Ancona, un toscano que de 1270 a 1273 recorrió Asia y llegó a visitar Zaitum, al sur de China, dejando su crónica a buen recaudo, tanto que no se publicó su libro *La ciudad de la Luz*, hasta 1997. Es un libro que he leído con deleite y grata sorpresa pues está lleno de anécdotas. Su editor y prologuista británico, David Melbourne, ha demostrado que este mercader judío llegó antes que Marco Polo a China, en concreto a Zaitum, el nombre que recibía Quanzhou entonces. El veneciano Marco Polo salió para

China en 1271, al año siguiente de la partida de Jacobo y llegó a la corte mongol o tártara de Kublai Kan, en Shandung —la fabulosa Xanadu— en 1275, dos años después de que Jacobo hubiera regresado a Italia.

Jacobo de Ancona realizó entre 1270 y 1273 un itinerario desde su nativa Ancona —Italia—, pasando por Ragusa —Dubrovnik—, Creta, Rodas, Damasco, Bagdad, Basora, Cormosa —Ormuz, hoy Bandar Abbás, Irán—, Cambay —Gujarat, India—, Ceilán —Sri Lanka— y Singapur. Llega a China cuatro años antes que Marco Polo, y se establece durante un tiempo en Zaitum, llamada la "ciudad de la luz" —hoy

Quanzhou, más conocida como Cantón —, el puerto más importante del Lejano Oriente en poder del mongol Kublai Khan, un soberano budista muy tolerante con todas las creencias y mecenas de la literatura y las artes. Menos mal que lo puso por escrito aunque su diario fue un secreto durante siglos. Es un ejemplo de aquello que ha sobrevivido pese a las calamidades puesto que su obra, como tantas otras, pudo haber desaparecido o haber sido destruida, sin que supiéramos quien fue este hombre. Una de las partes más fascinantes del libro es la descripción que realiza de los diversos extranjeros que vivían y comerciaban en la ciudad, en los años anteriores a la

llegada de Marco Polo. Menciona, entre otros, a los francos —cristianos occidentales— sarracenos —musulmanes— y judíos, todos viviendo en la ciudad dentro de sus propias comunidades, agrupados según su religión:

> «Allá vi cien enormes juncos, aparte de incontables embarcaciones menores. Es una inmensa bahía que penetra en tierra hasta confundirse con el gran río —se refiere a Sikiang, "río del oeste", de 2.100 km—. En este lugar, como en toda China, cada habitante dispone de

un huerto en cuya mitad tiene la casa, lo mismo que, entre nosotros, sucede en SiyÜmasa. Por eso sus ciudades son tan extensas. Los musulmanes habitan en una ciudad separada».

Marco Polo, prototipo del aventurero

¿Nació en Venecia como la mayoría de los biógrafos dicen o en Korcula, en la costa dálmata del mar Adriático, una población que hoy pertenece a Croacia pero que entonces era parte de la República de Venecia? Él mismo se autodescribió diciendo: “Messire Marco

Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia…”. Las biografías que tengo de él, tanto la de Victor B. Shklovski (1936), como la de Carmiña Verdejo (1978) o la última de Laurence Bergreen, Marco Polo, de Venecia a Xanadú (2007), son unánimes al considerarlo veneciano de Venecia.

De lo que hay constancia es que la familia de Marco Polo tenía tierras y casa en Korcula incluso desde antes de que la tuvieran en Venecia. De hecho, messer Andrés Polo —el abuelo de Marco— era un patricio de origen dálmata. Los hermanos Polo tenían tradición marinera y en Korcula tenían uno de sus centros operativos de

negocios.

Cuando Marco nace el 15 de septiembre de 1254, su padre y su tío estaban en Constantinopla. Su padre le ve por primera vez, cuando su hijo ya tenía 15 años y su madre había muerto. Mientras esperan que haya un nuevo pontífice en Roma, aprovecha para casarse de nuevo, dejar a su mujer embarazada y preparar un nuevo viaje que dos años después emprenden a Oriente. Se embarca con su padre Nicolás y su tío Mateo en la aventura de ir hacia los confines de Asia Central y Mongolia cuando tenía 17 años.

Es difícil determinar cuánto viajó Marco Polo. Hace poco, un escritor

trató de seguirle las pisadas y, tan sólo entre Irán y China, cubrió más de diez mil kilómetros, toda una proeza. Su itinerario despierta asombro: Israel, Turquía, Siria, Irak, Irán, Afganistán, Turkmenistán y China. En el regreso por mar paró en Vietnam, Tailandia, Indonesia, India, otra vez Irán y Turquía, hasta su llegada por el Mediterráneo a Venecia, puerto de salida. Y porque no se había descubierto aún América…

Salió para China en el año 1271 y llegó a la corte mongol o tártara de Kublai Khan, en Shandung —la fabulosa Xanadú—, a mediados de 1275. Era el nieto del fundador de la dinastía mongol Gengis Khan y Marco Polo cuando le ve

tenía 21 años. Sin imaginarlo siquiera permanecería en China la friolera de 17 años, hasta los 38 años de edad. Habría de aprender, en poco tiempo, varias lenguas y a leer y escribir otras cuatro, que probablemente fueran la escritura mongol introducida por Kublai, y varias de Asia Central, incluidas la persa y dos variedades turcas, mientras que, parece, nunca llegó a leer el chino. Marco Polo desarrolló diversas actividades. Kublai Khan lo nombró embajador en varios países, con lo cual nuestro personaje tuvo la oportunidad de seguir viajando. Recorrió China —cosa extraña, no hace referencia a su muralla— y en la región del Tibet conoció a los monjes tibetanos

de quienes decía: “Se visten con mayor honestidad que los demás hombres de su raza, y llevan la cabeza y la barba rasuradas con más cuidado que los laicos”. Pero lo que más admiraba de ellos era su poder para realizar actos increíbles. Eran capaces de hacer que las copas llenas de vino volaran por sí solas desde una mesa distante a donde se encontraba el Khan cada vez que éste deseaba beber.

Kublai consintió que después de tantos años a su servicio los Polo marcharan a su país, entregándoles dos tablillas de oro que les aseguraría la protección imperial en su viaje y varias cartas para el papa y los reyes de la

cristiandad. Comenzaba el año 1292 cuando los Polo se despidieron de China, embarcando en una poderosa flota de catorce navíos, junto con una princesa china llamada Kokacín y una princesa song destinada, probablemente, al harem de Arghun. Iban, además, en la comitiva, un séquito de 600 personas, además de los marineros.

En 1294 llegarían al puerto iraní de Ormuz con uno sólo de los catorce navíos con que habían partido de China. Un naufragio hizo que de las 600 personas, quedaran 18 miembros; habían fallecido dos de los tres embajadores; las princesas se encontraban bien y sólo habían perdido a una de las mujeres.

Nuestros amigos venecianos —Nicolás, Mateo y Marco— se encontraban en perfectas condiciones.

Cuando llegó a Venecia parecía un cazador dando cuenta de sus trofeos y era tan raro lo que decía que todos pensaban que exageraba. Los jóvenes de la ciudad se divertían mucho con los relatos de Marco acerca del fabuloso Catay y le visitaban a menudo. Él hablaba de las diferentes costumbres religiosas que había visto en su largo deambular, y les contaba tradiciones sexuales, guerreras, rituales de vida y de muerte, las nuevas técnicas que vio: el papel—moneda, la seda, el carbón como combustible, las construcciones de

bambú y claro… Según parece, utilizaba mucho la palabra millones para referirse a personas, pájaros o dinero del gran Khan y por eso le apodaron “Marco Millones” porque en Venecia todo el mundo creía que las historias de sus viajes eran una sarta de mentiras. Y para colmo, cuando estaba a punto de morir, un sacerdote le ofreció la oportunidad de enmendarse y reconocer sus embustes, pero él contestó: “No he contado ni la mitad de lo que vi ni hice porque nadie me habría creído”.

Cuando tenía 44 años y hacía tres que había regresado de su largo viaje por tierras asiáticas, fue llevado a la cárcel genovesa del Palazzo di San

Giorgio en donde tuvo tiempo, un año aproximadamente, para dictar a su compañero de celda, Rustichello de Pisa su libro de viajes que pronto fue conocido como El Libro de las Maravillas. Marco fue puesto en libertad en 1299 al hacer las paces los venecianos y los genoveses. Volvió a Venecia, se casó con Donata Badoer, tuvo tres hijas y fue nombrado miembro del Gran Consejo de Venecia.

Marco Polo vivió hasta los 69 años de milagro. Travesías, naufragios, batallas estuvieron a punto de acabar con su vida. Pero su buena estrella permitió que viviera lo suficiente para dictar su *Libro de las Maravillas*. Hoy

algunos cuestionan que estuviese en China. Por ejemplo, Francis Wood, una bibliotecaria inglesa autora de *¿Fue Marco Polo a China?*, se basa en olvidos "imperdonables" al no mencionar la Gran Muralla, la escritura china, la acupuntura, la costumbre de vendar los pies a las niñas, o el taoísmo o el confucianismo…

Murió el 8 de enero de 1324 y fue enterrado, junto a su padre, en la iglesia de San Lorenzo. Y la historia tendría que terminar diciendo que allí descansa en paz, pero no es cierto. En 1592 la iglesia fue reconstruida, y muchas de las tumbas trasladadas. Tomasso Fugazzoni señaló cuando describía las

reparaciones de la iglesia: “En el centro del pórtico se halla la sepultura del famoso Marco Polo”. Pero el lugar no sobrevivió. Otro cadáver ilustre que se ha perdido. Sus huesos y el original de su libro están en dia en paradero desconocido.

Errores a desterrar

Marco Polo y su familia no fueron los primeros europeos en llegar a China. Hubo franciscanos enviados por reyes o papas para establecer relaciones diplomáticas entre Roma y China o el viaje de Benjamín de Tudela que dejó un

diario escrito en hebreo hablando de sus peripecias por Oriente en el siglo XII, cien años antes que Marco Polo, o el franciscano Juan de Plano Carpini enviado por el Papa Inocencio IV a negociar la paz cristiana con el Khan mongol a mediados del siglo XIII. Sin olvidarnos de Jacobo de Ancona,

El gran mérito de Marco Polo es que su viaje fue el primero en conocerse ampliamente y el mejor documentado hasta entonces. La leyenda cuenta que Marco Polo introdujo en Italia algunos productos de China, entre ellos los espaguetis. Sin embargo fueron los árabes, durante la invasión de Sicilia en el año 669 los que lo hicieron.

Algo importante a señalar es que el libro se llamó originalmente *Divisament du monde* —Descripción del mundo—, pero se popularizó como *Libro de las maravillas del mundo* y, más tarde, como *Il Milione*. Fue escrito en francés provenzal —pese a que Marco Polo y Rustichello eran italianos—; pero la lengua francesa era la de uso más frecuente en aquellos tiempos. Un motivo más para haber sido escrita en francés era que el dialecto veneciano de Marco Polo podía haber resultado difícil de entender para Rustichello.

Tanto Cristóbal Colón como Antonio de Pigafetta, cronista que acompañó a Magallanes en su vuelta al mundo,

usaban una copia de los viajes de Marco Polo como libro de consulta.

Gracias al libro de Marco Polo, digan lo que digan y naciera donde naciera, hoy sabemos multitud de historias y curiosidades de lo que se va encontrando en el camino, tanto de ida como de vuelta. A saber:

En Armenia ve la montana donde se dice que se posó el Arca de Noé.

En Persia vio la supuesta tumba de los Reyes Magos.

Es el primer escritor occidental en mencionar el petróleo.

Dice que en China existe tantas rocas negras combustibles —el carbón— que uno puede bañarse con agua

caliente todos los días.

Habla del papel moneda, que circula en los dominios del Gran Kan.

Cuenta que en Oriente todo está cabeza abajo, o al revés. Todos los mapas de los árabes estaban confeccionados con el sur en lo alto.

Y tiene otra costumbre original: cada 30 de junio celebran el Feliz Año Medio.

El gran viajero del siglo XIV: Ibn-Battuta

Cuando en 1324 el joven Mohamed Ibn Battuta deja su ciudad natal en

Tánger para peregrinar a La Meca, se embarcaba, sin sospecharlo, en un periplo que iba a durar 30 años de su vida, en los que recorrería más de 120.000 kilómetros por todo el mundo islámico. Siempre se ha dicho que un largo viaje empieza con un primer paso, pero los de Ibn Batuta fueron demasiado largos. El relato de estos viajes —Rihlah—, que escribió a partir de 1354, representa una fuente importantísima para conocer la geografía del mundo musulmán en la Edad Media. Primero exploró el Mediterráneo, el norte de África —con Alejandría y El Cairo—, Asia Menor y Arabia. Y le pareció corto.

Prosiguió su itinerario por Irak, Persia, el Cáucaso, el sur de Rusia, Constantinopla, Turkestán y Afganistán y vivió algunos años en Nueva Delhi, la India. Se sabe que cruzo tres desiertos —los de Turkestán, Jorasán y Herat— que ya son ganas de cruzar desiertos. Fue enviado a China por el sultán de Delhi como embajador: en aquel nuevo viaje tocó la costa Malabar, Ceilán, Sumatra, Cantón y Pekín, antes de regresar a Tánger en 1349.

Aún emprendió un tercer viaje, que le llevó a recorrer la España musulmana, y un cuarto por los reinos del África negra. Atravesó Marruecos y el Sahara hasta llegar a Tombuctú. En

todos estos lugares pudo conocer una variedad de pueblos y países impensable para las gentes de su época. Agudo observador relató su aventura en su *Diario de ruta*, uno de los primeros libros de viaje de la historia.

Se conoce poco de la vida de Ibn Battuta posterior a la fecha de publicación de la Kihla. Desde 1354 vivió en Marruecos ejerciendo como cadi —juez islámico—. En 1353 se establece en Fez, tras 29 años de viajes. No se sabe si muere en 1368 o en 1377, en Marruecos. Durante siglos su libro fue desconocido, incluso dentro del mundo musulmán, pero en el siglo XIX fue redescubierto y traducido a varios

idiomas.

Ruy González de Clavijo, un madrileño medieval y universal

En 1403, un madrileño que nació en la Plaza de la Paja, viajó a la corte del Gran Khan de Mongolia. En su tiempo había surgido con fuerza la leyenda del Preste Juan y se pensaba que era el Tamerlán o Timur el Cojo, descendiente de Gengis Khan.

Enrique III de Castilla era un monarca interesado en las relaciones exteriores y decide enviar un embajador a la corte del poderoso Tamerlán con

vistas a pactar una posible alianza contra los turcos. Este embajador fue el madrileño Ruy González de Clavijo, que emprendió viaje en 1403 y regresó cuatro años después.

Su periplo arranca en el Puerto de Santa María el 21 de mayo de 1403 y llegará hasta Samarkanda donde los embajadores cumplen su misión ante Tamerlán. El viaje está repleto de mil y un incidentes y fue plasmado en su libro Embajada a Tamerlán. Ruy González de Clavijo no ha dejado huella en España pero sí en Asia Central, ya que Tamerlán decidió fundar una ciudad con el nombre de Madrid, en honor a la ciudad natal del embajador. Hoy día sigue existiendo

y se ha convertido en un barrio de Samarkanda.

Recapitulemos. Clavijo partió del Puerto de Santa María, visitó la isla de Rodas y Constantinopla y desembarcó en Trebisonda, en los confines del mar Negro. Desde allí prosiguió el viaje por tierra, atravesando regiones que hoy pertenecen a Turquía, Irak e Irán y llegando a Samarkanda —en el actual Uzbekistán— en septiembre de 1404.

Por desgracia, el Tamerlán se encontraba enfermo y moriría poco después, por lo que la misión de los castellanos supuso un fracaso. Clavijo regresó a España en marzo de 1406.

La obra Embajada a Tamerlán,

inaugura el género de relatos de viajes en la literatura castellana. Su obra refleja el asombro ante la presencia de animales antes nunca vistos, como la jirafa o el elefante, al que el autor denomina “marfil”. A su vuelta, Clavijo sirvió a su rey como chambelán y luego se retiró a su ciudad natal, donde murió en 1412. Su cuerpo está enterrado en la iglesia madrileña de San Francisco el Cìrande. He aquí un fragmento donde se describe una jirafa que califica de alimaña:

> «Y cuando los dichos Embajadores llegaron a esta ciudad —entre Armenia y Persia

—, hallaron en ella un embajador que el Sultán de Babilonia enviaba al Tamurbec. El cual llevaba consigo hasta veinte de caballo y hasta quince camellos cargados de presente, que el Sultán enviaba al Tamurbec, y otrosí llevaba seis avestruces y una alimaña que es llamada jirafa, la cual alimaña era hecha de esta guisa: había el cuerpo tan grande como un caballo, y el pescuezo muy luengo, y los brazos mucho más altos de las piernas, y el pie había así como el buey hendido, y desde la uña del brazo hasta

encima del espalda había diez y seis palmos: y desde las agujas hasta la cabeza había otros diez y seis palmos, y cuando quería enhestar el pescuezo, alzábalo tan alto que era maravilla, y el pescuezo había delgado como de ciervo, y las piernas había muy cortas según la longura de los brazos, que hombre que no la hubiese visto bien pensaría que estaba sentada aunque estuviese levantada… y el rostro había como de ciervo, en lo bajo de hacia las narices: y en la frente había un cerro alto agudo, y los ojos muy grandes y redondos y

las orejas como de caballo, y cerca de las orejas tenía dos cornezuelos pequeños redondos».

En busca del Reino del Preste Juan

Hablar del mítico reino cristiano del Preste Juan de las Indias es hablar de templarios, de cruzadas, de tesoros inconmensurables, del Santo Grial, del Arca de la Alianza y de Abisinia. Cada cosa tiene su lógica, su sentido y su explicación. La existencia del Preste Juan se convertirá en un mito a lo largo de la Edad Media, cuya literatura de

viajes recogería los esfuerzos de los europeos por encontrar, primero en Asia y después en Atrica, su reino. Su figura que llegaría a ser relacionada con la de Parzival, con uno de los Reyes Magos, con un descendiente de San Juan Bautista, con un monarca nestoriano de Asia o con el Emperador de Etiopía. Este *Rex et Sacerdos* —rey y sacerdote— es mencionado, entre muchos otros, por escritores tan dispares como Marco Polo, Juan de Mandeville o Ariosto.

Para situarnos, en el año 1099, Jerusalén fue tomada por los cruzados en la primera cruzada oficial de la historia y en 1118 los nueve caballeros fundadores de la Orden Templaría, todos

nobles franceses, llegaron a Jerusalén y se instalaron en las antiguas caballerizas del primer Templo de Salomón. Diez años después, San Bernardo de Claraval, tío de uno de los caballeros, logró el reconocimiento de los templarios por la Iglesia en el Sínodo de Troyes. Y en 1143 es cuando se oye por vez primera en Europa el nombre del reino cristiano del "Preste Juan" gracias a la Crónica del obispo Otto von Ereisingen de Baviera, que menciona a un rey llamado Presbítero Juan que quería reconquistar Jerusalén y que vivía más allá de Persia y Armenia.

Pero hay que esperar a 1165 para que aparezcan tres cartas que se

suponían escritas por el enigmático Preste Juan. Fue enviada al papa Alejandro III, al emperador de Bizancio Manuel Comneno y al emperador del Sacro Imperio Germánico, Federico I Barbaroja. También recibieron copias Luis VII de Francia y Alfonso Henriques de Portugal. Hacía una serie de afirmaciones sobre el tamaño de sus ejércitos, su riqueza y su poder. Decía la carta que su reino abarcaba los territorios situados “desde la Torre de Babel hasta el lugar donde nacía el sol”. El palacio del Preste Juan era de cristal con techo de piedras preciosas y su territorio estaba surcado por ríos repletos de esas piedras preciosas. En el

castillo del soberano se erigía un gigantesco espejo mágico que le avisaba de cualquier conjura que pudiera tramarse en el reino. El rey dormía en un lecho de zafiros. Sus vestiduras estaban tejidas con lana de salamandra y purificadas con fuego. Había dragones ensillados sobre los que cabalgaban sus guerreros por los aires. Estaba a disposición de todos los cristianos la fuente de la juventud y el propio rey contaba con 562 años. Nada menos.

En 1170, el papa Alejandro III es el único que contesta a esa carta y envía a su médico personal, Phillipus. Se publicó la respuesta de esa misiva pero en ella hacía referencia a otra

comunicación recibida algo más tarde, una petición del “Preste Juan” para que se le concediese un altar en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. La carta que envía el 27 de septiembre de 1177 a su queridísimo hijo en Cristo Juan, ilustre y magnifico rey de los indios, es auténtica y es la prueba de que se creyó la carta anterior de alguien que decía llamarse el Preste Juan. No se sabe nada de ese viaje de Philippu. Lo que sí sabemos es que en esa carta, el Sumo Pontífice dice estar informado por personas de su confianza de que, efectivamente, “el Preste era persona encomiable”. Le concedía permiso para construir un santuario en Roma a fin de

unificar la Iglesia cristiana en todos los continentes. El emisario desapareció en Jerusalén sin dejar rastro. Algunos autores especulan que el “Preste Juan” pudo haber sido Harbé, el hermanastro de Lalibala, que en 1177 ocupaba el trono de Etiopía.

En el año 1180 un eclesiástico llamado Elíseo visita Roma enviado por un rey de la India y entre sus documentos poseía una relación sobre el reino del “Preste Juan”. Entre 1195 y 1200, Wolfram von Eschenbach empezó a escribir su *Parzival*, que continuaba la obra de Chrétien de Troyes, en el que transformaba el Grial en una piedra, incorporaba muchos elementos etíopes

al relato y mencionaba explícitamente no sólo al “Preste Juan”, sino también a los templarios.

Etiopía era el único reino cristiano no europeo que existía en la época medieval y, por tanto, el modelo que pudo tomar Wolfram cuando habla de una “India” gobernada por el “Preste Juan”.

No se volvió a hablar de la leyenda hasta el año 1219 en que un ilustre prelado, Jacques de Vitry, obispo de San Juan de Acre, arrojó nueva luz sobre el misterio. Escribe al Papa Honorio III comunicándole que el rey David de la India pretendía ser nieto del “Preste Juan” y que sus súbditos eran

nestorianos, una secta cristiana.

Un año después, en 1220, durante el transcurso de la quinta cruzada, ya se creía que quien vendría no sería el propio “Preste Juan”, sino uno de sus nietos, heredero cristiano de su reino. Al final, ni las tropas imperiales alemanes, ni el mítico sucesor de Preste Juan harían acto de presencia en Jerusalén.

El último intento por localizarlo se efectuó en el año 1487 cuando el rey Juan II de Portugal lo buscó en Etiopía, donde había tenido lugar una penetración cristiana en el siglo IV. Pero de Covilhao y Alfonso de Payva son los emisarios del monarca portugués. Ninguno regresó. La emperatriz Elena

quiso entablar relaciones con Portugal en 1512 y envía una carta. La respuesta tarda 8 años en llegar y es una expedición comandada por Rodrigo de Lima, siendo su capellán Francisco Alvares. Llegan a la corte del emperador etiope en 1520. Escribe Verdadera información de las tierras del Preste Juan.

En el Renacimiento se olvidó del mito, sabiendo que todo se debió a un ingenioso engaño. La imaginación fue muy fértil y la gente necesitaba creer en aquellos tiempos medievales que en el lejano Oriente había un rey-sacerdote cristiano que tenía todo lo que un ser humano deseaba en la vida: una fuente

de la eterna juventud y placeres inconmensurables al alcance de la mano. Se realizaron multitud de viajes en su busca, se dibujaron mapas, pero todo quedó en la nada, o mejor dicho, como un viaje al inconsciente humano.

El mejor libro que aborda esta temática es el de Pablo Villarrubia Mauso titulado E*l fantástico remo del Preste Juan* (2007) donde habla de los secretos y paralelismos alquímicos de las cartas enviadas por dicho personaje y se hace una pregunta ¿cómo una narración alegórica, un enlace de adivinanzas medievales y una serie de cuentos en la tradición de países lejanos y maravillosos, pudo causar tal revuelo?

Y se contesta diciendo:

> «Quizá porque las personas involucradas en la elaboración y divulgación de las cartas formasen parte de un complejo entramado que incluía la toma de decisiones políticas a partir de las consignas de la carta y quizá de sus claves esotéricas».

El fanfarrón Juan de Mandeville

Había viajeros de toda ciase y condición y algunos tan originales que si no podían viajar a ciertos lugares

geográficos se los inventaban. Y Mandeville fue un digno representante de esta costumbre de viajar sin salir del salón, de plagiar y de mentir todo lo que fuera menester. Total, en aquella época no había medios para comprobar si lo que decía era verdad o mentira y, mientras tanto, había obtenido unos cuantos ingresos y ganado fama de intrépido aventurero, curtido en mil y un avatares por esos mundos de Dios y de Allah.

Publicó su gran obra. El *Libro de las Maravillas del mundo*, en 1356, a modo de diario en el que relata toda clase de viajes presuntamente realizados por él a lo largo de treinta y cuatro años por

Egipto, Asia y China. Se convirtió en un libro buscado y leído en la Edad Media, que despertó ilusiones y hasta permitió viajar con la imaginación a muchos. Su libro no ahorra detalles en la descripción de los monstruos que se encuentra a su paso. Nos habla de gansos de dos cabezas en la isla de Silo, de cangrejos gigantes de la isla de Pathen cuyos caparazones podían servir de habitación, del país de Pantoroze con su mar hecho de piedras y guijarros, sin una gota de agua y que se movía como las olas. En una isla del río Renemar los habitantes estaban cubiertos de plumas. Y, ya puestos, describía a varias razas de seres humanos con cabeza de perro,

los sin cabeza, los cíclopes, pigmeos, gigantes, sátiros, hormigas mineras y gigantes de Taprobana que buscaban oro para los humanos que purifican ese metal y son tan grandes como “perros de caza”, etc.

Mandeville había oído hablar del mítico reino del “Preste Juan” y aprovechó la circunstancia para decir que había estado allí. Faltaría más. Comentó que vio a un soberano cristiano que habitaba en medio de lejanas islas que flotan en las aguas que manan del paraíso terrenal, en medio de tierras de infieles donde campaban, entre otros, hombres con cuernos en la frente. El mismo “Preste Juan”, al combatir, no

llevaba su bandera al frente, sino tres cruces de fino oro, grandes y altas, enclavadas de piedras preciosas. Para custodiar cada cruz se alistaban 10.000 hombres de armas y más de cien mil hombres a pie, según el libro, donde un cero de más o de menos no tenía mucha importancia. A Mandeville le parece todo poco y vuelve al ataque con esta otra descripción:

> «Ese emperador, Preste Juan, posee un territorio muy extenso y tiene muchas buenas y nobles ciudades en sus dominios, y muchas grandes islas, pues todo el país de la India es dividido en

islas a causa de las grandes inundaciones que vienen del paraíso… Y esa tierra es muy buena y rica… En las tierras del Preste Juan existen cosas muy varias y muchas piedras preciosas, tan enormes que los hombres con ellas hacen traviesas, platos y tazas».

Mandeville habla de otra tierra mítica, grande y hermosa llamada Nacamerán en la que:

«Sus habitantes, hombres y mujeres, tienen todos cabeza de

perro y de ahí que se llamen cinocéfalos. Son gentes dotadas de razón e inteligencia salvo en una cosa: un buey es su dios y (…) llevan en la frente la imagen de un buey cincelado en oro y plata. Andan casi desnudos, su único traje es un pedazo de tela que va desde la cintura hasta las rodillas y les tapa el miembro secreto. Son altos, fuertes y valientes guerreros. Para luchar llevan colgado del cuello una adarga que les protege todo el cuerpo y en la mano, una lanza. Cuando derrotan a un enemigo en la batalla y lo apresan, al pronto

se lo comen».

En sus viajes dice que se encontró con otros extraños personajes: “En un desierto del reino del Preste Juan hay muchos hombres salvajes de bella forma, y no hablan cosa, sino que gruñen como puercos y tienen cuernos en la cabeza”. Además, en una isla vio personas que tenían los pies como caballos, y “son muy poderosas gentes y grandes corredores; porque corriendo, toman las bestias salvajes y se las comen”. Como reportero no tenía rival. Vio con sus propios ojos el Jardín del Edén y si hay un lugar tétrico y exótico a la vez, ese es el Infierno y allí que va

también el bueno de Mandeville. Cuando llega al Infierno, situado cerca de Samarcanda, se topa con una gran multitud de bestias parecidas a “cerdos verdes y negros” que corrían entre sus piernas y que le hacían caer:

> «Y hallamos muchos muertos bajo nuestros pies, que se quejaban de que pasásemos por encima de ellos, lo que era muy espantoso de oír. Y estoy seguro de que sí no hubiésemos recibido el Corpus Domini hubiéramos permanecidos perdidos en aquel valle».

Y tanta mentira, exageración y falsedad tenía que desmoronarse antes o después. En su lecho de muerte, en noviembre de 1371, reconoció quién era. Se trataba de un médico francés —que no inglés como aseguraba en su obra— llamado Juan de Borgoña y que firmaba como John de Mandeville. Según algunos historiadores, vivió en Constantinopla durante muchos años y de allí llegó a Jerusalén.

Juan de Mandeville confesó que él aún no había encontrado el Jardín del Edén bíblico, ya que afirmaba: "Ningún mortal puede aproximarse a ese lugar sin una gracia especial de Dios; por eso, de ese lugar no puedo hablar más". A

pesar de esa confesión, hay versiones que afirman que dijo: “Yo, John Mandeville, pude ver la fuente y, por tres veces, junto con mi compañero, bebí de sus aguas y desde entonces me siento muy bien”. Tan bien que se murió al poco tiempo.

Juan de Mandeville-Borgoña viajó muy poco, pero supo sintetizar los relatos de aventureros que efectuaron viajes hacia lugares tan distantes. También se descubrieron las víctimas de sus plagios: Plinio, Ptolomeo, Guillermo de Trípoli, el viajero Pian de Carpini y hasta Mareo Polo. Eso no impidió que su relato novelesco alcanzara una extraordinaria popularidad que mereció

el honor de ser traducido a casi todas las lenguas europeas. Hasta fue uno de los libros predilectos de Cristóbal Colón —junto con el de Marco Polo— y de Leonardo da Vinci.

VIII
PERSONAJES QUE DIERON MUCHO QUE HABLAR

Si hiciéramos una encuesta en la calle preguntando el nombre de científicos que destacaron en la Edad Media, ¿qué creen que contestarían? Posiblemente la mayoría no fueran capaces de decir ninguno y algunos podrían señalar a Roger Bacon, Alberto Magno, Silvestre II, Averroes y poco más.

Alguno metería a Leonardo da Vinci, aunque se sale de la cronología medieval. Los más eruditos podrían citar al franciscano Robert Grosseteste, al astrónomo Alexander Neckam, al economista Nicolás de Orestes o al filósofo Jean Burflan y tantos otros que aportaron su granito de arena para que la Edad Media fuera más ilustrada de lo que parece.

Y muchos genuinos representantes de ese conocimiento provenían del mundo musulmán. Bajo el califa abbasí al-Mamún, hijo de Harun al-Raschid, se dio un fuerte impulso a las ciencias mediante la traducción de textos griegos y romanos de medicina, botánica,

filosofía, matemáticas y astronomía. Durante su mandato se midió el arco de meridiano terrestre, con la misma técnica utilizada por Eratóstenes pero con mayor precisión. En el trabajo participó abjwaritzmi —siglo IX—, inventor de los logaritmos y a cuya ciencia dio el nombre de álgebra. Su obra revolucionó las matemáticas occidentales, porque introdujo el sistema decimal, así como reglas para resolver ecuaciones.

Abd al-Rahman al-Sufí fue un astrónomo persa que vivió en el siglo X. En 964 documentó la existencia de la galaxia Andrómeda, nuestro vecino más cercano, y la llamó “pequeña nube”.

Este fue el primer registro de un sistema de estrellas fuera de nuestra propia galaxia. El libro de Al-Sufi sobre las estrellas fue traducido en diferentes idiomas y tuvo una gran influencia en la astronomía europea.

Jabir Ibn Haiyan fue un químico árabe que falleció en 803 y su investigación experimental aumentó nuestro conocimiento sobre los procesos químicos. Se le considera el padre de la química moderna. Fue un pionero en el campo de las ciencias aplicadas, lo que mejoró la calidad de la vida cotidiana. Desarrolló técnicas para la fabricación del acero, el teñido de textiles o la prevención del moho.

Son sólo algunos sabios medievales. Y hay muchos más, como para un libro entero. Sin duda, una de las mayores contribuciones que los árabes hicieron en el campo astronómico fue preservar la existencia de obras como el Almagesto. También perfeccionaron el astrolabio e inventaron aparatos que permitieron mejorar la precisión de las observaciones astronómicas. Una contribución muy valiosa a la astronomía fueron los trabajos de observación del universo iniciados por los griegos y otros pueblos antiguos, como los babilonios y egipcios. Sus datos, publicados en forma de tablas astronómicas, como por ejemplo las

Tablas toledanas, estaban basados en registros continuos que cubrían un periodo de más de 900 años, lo que dio la exactitud necesaria para determinar las posiciones de los cuerpos celestes. Esto fue aprovechado por los astrónomos del Renacimiento para hacer descubrimientos que habrían de cambiar en forma radical nuestra visión del mundo y del Universo. Que se lo digan a Galileo…

Una huella del predominio astronómico de los árabes durante parte de la Edad Media europea es la incorporación a nuestro lenguaje de términos como cénit, álgebra, cifra, guarismo o almanaque. También han

quedado los nombres que pusieron a un considerable número de estrellas y constelaciones tales como Altair, Deneb, Betelgeuse, Aldebarán, Vega, Albireo, Algol, Mizar, El Nath…

Silvestre II, el Papa del año 1000

De una impresionante manera describe Frederick H. Martens, en *La Historia de la vida humana*, lo que debió de pasar en la angustiosa noche del 31 de diciembre del año 999, en la basílica de San Pedro, en Roma, noche que se creía que desencadenaría el fin del mundo:

«El papa Silvestre II se irguió ante el altar mayor La iglesia estaba rebosante, y tocios se habían arrodillado. El silencio era tan grande que se oía el roce de las mangas blancas del papa al moverse entorno al altar Y hubo todavía otro ruido. Era un sonido que parecía medir los últimos minutos de los mil años de existencia de la Tierra desde la venida de Cristo, Resonaba en los oídos de los allí presentes como el latido en los oídos de quien tiene fiebre, con un ritmo sonoro, regular, incesante. Pues

la puerta de la sacristía estaba abierta, y lo que oían los asistentes era el tictac uniforme e ininterrumpido del gran reloj que colgaba dentro, con un latido por cada segundo que pasaba.

»El papa era un hombre de férreo poder de voluntad, tranquilo y concentrado, Probablemente había dejado adrede abierta la puerta de la sacristía, para lograr el mayor efecto en ese gran momento. No se movía ni le temblaban las manos. Se había dicho la misa de medianoche, y reinó un silencio mortal. Los presentes

esperaban… El papa Silvestre no dijo una palabra. Parecía sumergido en oración, con las manos elevadas al cielo. El reloj seguía su tictac. Un largo suspiro se elevó del pueblo, pero no pasó nada. Como niños con miedo a la oscuridad, todos los que estaban en la iglesia yacían con el rostro en el suelo, y no se atrevían a levantar los ojos. Sudor de miedo cubría muchas frentes heladas, y las rodillas y los pies perdieron toda sensibilidad. Entonces, de repente, ¡el reloj cesó en su tictac!

»Entre los asistentes empezó a formarse en muchas gargantas un grito de terror. Y, muertos de miedo, varios cuerpos cayeron pesadamente en el suelo de piedra. Entonces el reloj empezó a dar campanadas. Dio una, dos, tres, cuatro… Dio doce… La duodécima campanada resonó extinguiéndose en ecos, ¡y siguió reinando un silencio de muerte!

»Entonces el papa Silvestre se volvió en torno, y con la orgullosa sonrisa de un vencedor extendió las manos en bendición sobre las cabezas de los que llenaban la iglesia. Y en ese

mismo momento todas las campanas de las torres empezaron un alegre y jubiloso repique, y desde la galería del órgano empezó a sonar un coro de gozosas voces, jóvenes y de mayores, un poco inseguras al principio, quizá, pero haciéndose más claras y firmes por momentos cantaban el —*Te Deum laudamus*—, “A ti, Dios de alabamos”. Todos los presentes unieron sus voces a las del coro, Pero pasó algún tiempo antes de que las espaldas en espasmo pudieran enderezarse, y la gente se recuperara del

terrible espectáculo ofrecido por los que se habían muerto de miedo. Terminado de cantar el *Te Deum*, hombres y mujeres cayeron unos en brazos de otros, riendo y llorando e intercambiándose el beso de paz ¡Así terminó el año mil del nacimiento de Cristo!».

¿Quién fue el personaje que ofició la "última" celebración eucarística? Gerberto d'Aurillac, es decir, el Papa Silvestre II.

Cuando pasó la fecha del año 1000 y no pasó nada un ambiente de optimismo se extendió por Europa. Consecuencia

de ello es la profusión de iglesias que se construyeron a lo ancho del continente. Estas construcciones serían realizadas en estilo Románico, el primer estilo internacional.

El escritor Jacques Bergier considera a Silvestre II “uno de los hombres más misteriosos de Occidente”. Nacido en Auvernia en 920, Gerberto fue monje benedictino. Se dice que a los 20 años escapó del convento para estudiar en Hispania. Pasó por Toledo —donde posiblemente se inició en sus Cuevas en el arte nigromante— tras haberse demorado en Cataluña, donde aprendió matemáticas y astrología con los maestros de la Escuela de Vic.

Luego llegó a Córdoba y sedujo a la hija de un famoso sabio al que, valiéndose de ciertas argucias, consiguió robar un manuscrito titulado *Abacum*, que pretendía explicar los secretos del Universo mediante los números. Además se le atribuye un misterioso viaje que lo llevó a la India, de donde sacó diversos conocimientos que llenaron de estupefacción a los que le rodeaban.

La verdad es que, a partir de ese momento, su carrera fue meteórica. De humilde pastor de Auvernia y monje de Cluny, pasó a ser sucesivamente profesor y arzobispo de Reims, luego de Rávena, por la gracia del emperador Otón III, y finalmente papa en Roma.

Silvestre II, fue un astrónomo notable que escribió un *Tratado del astrolabio* y construyó una esfera armilar que reproducía el movimiento de los astros. Gracias a sus conocimientos, fue capaz de construir una asombrosa cabeza de bronce que respondía "sí" o "no" a las preguntas que le hacían sobre la política y la situación general de la cristiandad y vaticinaba el futuro de los presentes. Según Silvestre II —volumen CXXXIX de la *Patrología latina* del padre Migne—, el procedimiento era sencillo y correspondía al cálculo con dos cifras. Se trataría de un autómata análogo a nuestras máquinas binarias: "Gerberto,

utilizando secretos árabes, fundió en cobre una cabeza cuando todos los cuerpos celestes estaban al principio de su curso".

El *Liber Pontificalis*, o compendio biográfico de todos los papas hasta el siglo XVIII, recoge la misma historia añadiendo otros detalles: "Gerberto fabricó una imagen del diablo con objeto de que en todo y por todo le sirviese". El enigma está en averiguar qué fue lo que construyó. ¿Un autómata? ¿Un bafomet? Los templarios honraban la memoria de Gerberto y en sus *Estatutos* incluyeron una alusión a la "Iglesia del verdadero Cristo en tiempos del Papa Silvestre".

Un día de 1003, mientras celebraba misa en el templo romano de la Santa Cruz, se sintió aquejado por un terrible dolor. Sospechando que se hallaba a punto de morir se hizo tender en el suelo y, al enterarse que esa capilla era llamada de Gerusalemme, confesó a sus cardenales una premonición. Allá por su adolescencia, en la época de sus viajes, un adivino le había anunciado que viviría ilimitadamente a condición de no decir misa en Jerusalén. Pensó que siempre estaría a salvo si no acudía a Tierra Santa pero con lo que no contaba era con la fatalidad del nombre, Especificó el modo en que quería ser enterrado. Ordenó que su cadáver se

depositara sobre un vehículo arrastrado por dos mulas o, en otras versiones, por un par de bueyes y que estos animales señalasen a su antojo la ubicación de su tumba, justo allí donde se detuviesen: fue en la Basílica del Laterano.

Se dice que la cabeza mágica fue destruida a la muerte del Papa. Otros textos afirman que fue a parar al ataúd de Gerberto hasta que doscientos años más tarde pasó al laboratorio del astrólogo y alquimista Roger Bacon. Curiosamente, hallamos otro autómata o androide en manos de un hombre de Iglesia. Me refiero al obispo de Ratisbona, san Alberto Magno. Su biógrafo dice que el autómata que

construyó —o heredó— estaba compuesto de metales y sustancias desconocidas, elegidas conforme con la disposición de las estrellas. Su hombre mecánico caminaba, hablaba y efectuaba tareas domésticas. La leyenda acaba diciendo que su discípulo santo Tomás de Aquino la emprendió a golpes con el robot, haciéndolo añicos.

Alfonso X, el rey que quiso ser emperador

Alfonso X ¿era tan sabio como dicen? Para la cultura general que había en su época, desde luego era un genio.

Supo conjugar las batallas con la sapiencia, algo no muy habitual. Además de rey, guerrero y diplomático, era un buen poeta con aficiones por la astronomía. Llamó a su Corte a los más famosos científicos, fueran cristianos, judíos o musulmanes. De aquellas reuniones surgieron las Tablas astronómicas alfonsíes, elaboradas en 1272 y que sustituyeron a las obsoletas de Ptolomeo. En esos días se hizo famosa la frase del rey cuando, comentando el orden de las esferas, dijo: “Si hubiese estado al lado de Dios cuando creó el universo, le habría dado algún valioso consejo”.

En los *Libros de los relogios* se

hace la primera mención en Europa de un reloj de pesas y eso que los primeros relojes de cuerda no hacen su aparición hasta el año 1450.

Su apelativo de “el sabio” hace honor a sus aportaciones en la cultura porque le interesó prácticamente todo y quiso hacer enciclopedias de todo. Una de ellas es *El Lapidario*, un tratado pseudocientífico, a mitad de camino entre la medicina y la magia, en el que se describen y analizan 500 piedras preciosas, metales y otras sustancias en relación con la astronomía judaica y sus cualidades terapéuticas.

También realizó la primera normalización ortográfica del

castellano, lengua que se adoptó como oficial, en detrimento del latín. El propósito del monarca era que el castellano tuviera preeminencia en su Corte porque era la que comprendían sus vasallos. Su afán por la divulgación de la lengua —“porque los omnes lo entendiessen meior et se sopiessen dél más aprovechar”— le llevó a traducir al castellano la Biblia, el Corán, el Talmud, la Cábala, Calila y Dimna —una colección de fábulas hindúes—. Los Libros del Tesoro de Brunetto Latini…

Por ello, está considerado el fundador de la prosa castellana y promovió la creación de nuevas universidades como las de Valladolid y

Sevilla además de dar nuevos bríos a la de Salamanca.

Se casó en 1246, a los 23 años, con doña Violante de Aragón, hija de Jaime I el Conquistador, con la que tuvo diez hijos legítimos. Pero mientras le buscaban la esposa apropiada, como príncipe no perdió el tiempo. De la unión con su amante Mayor Guillén de Guzmán tuvo otros tres hijos: Beatriz de Castilla —casada con Alfonso III de Portugal—, Martín Alonso —obispo de Valladolid— y Urraca Alfonso, casada con Pedro Núñez de Guzmán. Otras amantes fueron María de León y María de Aulada y con todas ellas tuvo hijos bastardos.

Alfonso X fue un rey que quería convertirse en emperador. En 1256 empieza la larga cuestión denominada “el Fecho del Imperio”. Era apoyado por los franceses y los gibelinos italianos, opuestos al Papado, algo que a la larga le perjudicó en su candidatura al Sacro Imperio Romano-Germánico. Sus argumentos principales se basaban en los derechos dinásticos heredados de su abuelo materno, el duque de Suabia, reconocido como emperador germano.

Se titulaba, por la gracia de Dios, “rey de romanos y emperador electo”. Todo formaba parte de su campaña electoral. Durante más de la mitad de su reinado aspiró y conspiró para ser

emperador del Sacro Imperio que terminaría sin gloria ni provecho alguno. El premio se lo llevó Rodolfo I de Habsburgo, que contaba con el voto de los siete príncipes electores alemanes, de Inglaterra y, por supuesto, del papa Gregorio X. El fracaso del Fecho del Imperio fue un mazazo.

La moral de Alfonso X estaba por los suelos. Buena parte de sus nobles recelaron de él y de sus pretensiones absolutistas, pues nunca comprendieron tal obsesión por ser emperador, algo que le llevó a adoptar medidas impopulares como la reducción de la ley de la moneda y la creación del impuesto de la décima sobre las mercancías. Para

colmo, mientras estaba en Alemania, ocurre la invasión de los benimerines que desembarcari en Algeciras y la crisis económica aumenta, por no contar varias muertes que se producen en su familia.

En el terreno económico, Alfonso X facilitó el comercio interior con la concesión de ferias a numerosas villas y ciudades. Estableció un sistema fiscal y aduanero avanzado que potenció los ingresos de la Hacienda regia y creó el Honrado Concejo de la Mesta de Pastores en 1273, un gremio que aglutinaba intereses de la ganadería trashumante del reino. Fue su gran fuente de riquezas, basada en una poderosa

sociedad ganadera que explotaba enormes rebaños de oveja merina entre Andalucía, Castilla y Extremadura lo que favoreció el comercio de la lana con los centros textiles de Flandes, Inglaterra y Francia. A cambio, les otorgó prerrogativas y privilegios. Con parte de los beneficios, el monarca ajoidó a construir las fastuosas catedrales góticas que dieron lustre arquitectónico a la Edad Media hispana; me refiero a las catedrales de Burgos, Segovia, Burgo de Osma y León.

La actividad historiográfica de Alfonso X se concretó en obras como la *Estoria de España*, conocida como *Crónica General*, que constituye la

primera historia nacional de España en romance. Su contenido alberga desde los orígenes bíblicos y legendarios de España hasta la inmediata historia de Castilla bajo Fernando III. Las 453 composiciones poéticas de Las Cantigas de Alfonso X permiten considerarlo como el primer lírico en lengua gallega. De ellas las más conocidas son las de carácter religioso o de Santa María. Nada menos que 420 canciones que narran milagros de la Virgen.

Una de las facetas más importantes de su reinado fue su labor legisladora, ligada a la introducción del Derecho Romano a través de los estudiosos que volvían de la famosa Escuela de

Glosadores de Bolonia. Bajo su impulso se organizó un formidable corpus de textos jurídicos, tanto doctrinales como normativos.

En Castilla y León la lucha entre el Derecho viejo y el nuevo generó muchos quebraderos de cabeza. Fernando III el Santo comenzó otorgando como ley a todas aquellas ciudades que iba reconquistando el viejo código visigodo, ahora llamado Fuero Juzgo, que marcó un hito en la legislación de aquella época pues determinó los delitos y los castigos a los que se hacían acreedores quienes vulnerasen las prohibiciones. Era la traducción en romance del Liber ludiciorum

promulgado por Recesvinto a mediados del siglo VII —revisado en 681 por Ervigio—, toda una compilación usada en los reinos feudales de la península en la alta Edad Media.

Alfonso X se dio cuenta de que había que renovar el Derecho que existía en su tiempo y comenzó refundiendo este Código visigodo con algún precepto romano y formó el Fuero Real que quiso conceder a cada una de las ciudades para lograr una unidad jurídica en su reino. Su objetivo era formar una enciclopedia del derecho como la que hizo de la astronomía o de la historia, así que redactó el *Libro de las Leyes* o *Partidas* recogiendo en él,

en sucesivas revisiones, el sistema jurídico de los glosadores de Bolonia y de los canonistas. La reacción de la nobleza y de las ciudades en contra del nuevo Código fue general y violenta. Como era inteligente, en 1272 Alfonso X deroga sus leyes y reconoce la vigencia del viejo Fuero Juzgo. Desde entonces y hasta mediados del siglo XIV el viejo derecho popular de los fueros rigió en su plenitud junto con las leyes dictadas por el rey y las Cortes. Pero *Las Siete Partidas* —como también se las llama— aunque no tuvieran fuerza legal, inspiraron las decisiones del tribunal supremo del rey y formaron la mentalidad de los nuevos juristas. Tal es

así que las *Partidas* se aplican hoy en día por los tribunales de San Luis, en Estados Unidos, como herencia de la legislación que llevaron a América los españoles a partir del siglo XV.

Los últimos años de su reinado fueron dolorosos, sombríos y creativos en cuanto a su producción literaria, tan numerosa como su descendencia. Y por sus herederos le llegan sus más serios disgustos. Como las desgracias no vienen solas, a la muerte de su primogénito, el infante Fernando de la Cerda, se unió la de su hija Leonor, la de su hermano Felipe y la de su sobrino Alfonso Manuel, hijo de su hermano predilecto, el infante don Manuel.

El rey sufrió de hidropesía —que también padeció su padre, Fernando III— y de una penosa afección que de acuerdo con los síntomas que presentaba pudiera ser un cáncer maxilofacial que se le extendió a uno de los ojos, con úlceras en el rostro e infección ocular. Sin embargo, el máximo esfuerzo creador del rey se produjo en esta época. Si no hubiera sido por esta faceta cultural, su reinado hubiera sido uno más de los muchos que se sucedieron durante la Edad Media, en medio de continuos conflictos internos y externos.

Fueron años de amargura y de reflexión y parte de su filosofía queda resumida en esta frase suya: “Quemad

viejos leños, leed viejos libros, bebed viejos vinos, tened viejos amigos”. Alfonso X falleció en Sevilla el 4 de abril de 1284, cuando contaba 62 años de edad, acompañado de su hija Beatriz, fruto de su relación extramatrimonial con doña Mayor Guillén de Guzmán. Nada más morir, Sancho consiguió su deseo: reinar con el apodo de Sancho IV “el Bravo”, aunque fueron once años de un reinado convulso, dedicado a litigar con los infantes de la Cerda.

Mujeres medievales de bandera

Ya sabemos lo promiscuo y lo

polifacético que fue Alfonso X, que no sólo se inspiraba en la Virgen para componer sus Cantigas, sino en otra clase de vírgenes. Su protegida, la gallega Balteira, le proporcionó temas suficientes para escribir una buena cantidad de cancioncillas subidas de tono. En este caso, Balteira encarga a Juan Rodríguez que le construya una casa de madera; para complacerla, éste debe calcular las medidas exactas de los troncos que va a necesitar:

Si lo quieres hacer bien,
de buena medida la debes coger,
así y de ninguna manera más

pequeña.

Esta es la madera adecuada;

si no, yo no os la señalara.

Y como ajustada se ha de meter,

bien larga toda ella ha de ser

para que vaya entre las piernas de la escalera.

Esta es la medida de España,

no la de Lombardía o de Alemania;

y porque sea gruesa no os parezca mal,

pues si es delgada no sirve para nada.

Es verdad que la mujer en la Edad

Media pasa a un segundo plano, salvo honrosas excepciones. Cuando se habla de ellas suele ser como monjas, amantes de reyes o reinas, pero muy pocas veces como científicas o escritoras. El casamiento supuso una gran mejora para la mujer, ya que se prohibió el divorcio y que se pudiesen repudiar. Con esto se consigue cierta igualdad con el varón, además, la Iglesia empezó a santificar a algunas mujeres casadas como Santa María de la Cabeza, la esposa de San Isidro.

En el *Libro del Buen Amor*, de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, se dan varios tipos de mujeres:

La mujer objeto, que aparece en los

consejos de Don Amor, en los que da mucha importancia a la forma del cuerpo, todo ello con una clara connotación sexual.

Las dueñas, que tienen voluntad propia, pero que es negativa porque se niega a una relación sexual libre, fuera del matrimonio.

Las monjas, Juan Ruiz ensalza su amor, es la renuncia al sexo, es un caso excepcional.

Las serranas, comc^ villanas que son no pueden despertar ningún sentimiento amoroso, pero dominan al hombre y lo acosan sexualmente.

La alcahueta, pasa de ser una simple mandada a ser la fiel amiga. Aparece

como “persona” porque es digna de confianza de su amo.

Durante siglos se pensó que Hipada —siglo IV— era la única mujer de ciencia en la historia. Se puede decir que fue la última científica pagana del mundo antiguo, y su muerte coincidió con los últimos años del Imperio romano. Y en la Edad Media recogieron el testigo otras mujeres excepcionales que con un esfuerzo aún mayor que los hombres dejaron su legado para la posteridad.

Y si en ciencia apenas hay ejemplos que citar menos los hay en medicina, salvo Trótula de Ruggero, la maestra de Salerno. En la Edad Media, la

obstetricia y puericultura se practicaban estudios académicos, generalmente por mujeres que transmitían los conocimientos de madres a hijas. La Escuela de Salerno menciona en sus documentos a matronas, maestras y a las llamadas “mujeres salernitanas” que atendían médicamente a mujeres y a niños. Entre las menciones aparece el nombre de Trótula, habitual en esa época y en esa ciudad.

Cuentan que Trotta o Trótula nació hacia 1050 en el seno de una familia noble de la ciudad de Salerno. Se casó con un médico llamado Giovanni Platearlo y tuvo dos hijos, Giovanni el Joven y Mateo, ambos médicos. Trótula

ejerció la medicina atendiendo a las mujeres y a los niños de Salerno, que la llamaron “maestra” y su fama hizo que la escuela médica de la ciudad le reconociera dignidad académica. No sabemos bien qué métodos utilizaba para ayudar a las parturientas, pero el médico Arnau de Vilanova escribió que aquella matrona administraba a las mujeres en el momento del parto una poción que contenía tres granos de pimienta, al tiempo que recitaba el Padrenuestro acompañado de una fórmula mágica.

La adolescente Juana de Arco

Nadie hubiera dado un simple maravedí por la suerte de esta niña rural que se codeó con el rey de Francia. Juana se sale de la norma de ser monja o casada. No fue ni una cosa ni otra. Es diferente, una campesina que nació en Domrémy el 6 de enero de 1412. Desde pequeña estuvo acostumbrada a la guerra, porque los ingleses habían arrasado el territorio cercano a su villa natal.

Dos años después del tratado de paz de Troyes, en 1420, murieron los reyes ingleses y franceses, y el sucesor inglés se convirtió también en rey francés. Las fuerzas inglesas tomaron Orleáns en 1428. Carlos VII fue reconocido rey al

sur de Francia, pero se mostró incompetente para alentar el movimiento contra los ingleses. En Domrémy, había tropas leales a Francia y Juana de Arco, obedeciendo a los ángeles, que se le aparecían desde los 13 años y que le habían manifestado que ella debía liberar Orleáns. Al principio no sabía de quién se trataba, pero después empezó a ver resplandores y que se le aparecían el Arcángel San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita y le decían: "Tú debes salvar a la nación y al rey". Ni corta ni perezosa, fue a hablar de su misión con el capitán de la guarnición. A Juana se le dio una pequeña tropa y ella, vestida de hombre, fue al castillo de

Carlos VIL Le dijo su misión y el rey no sólo la creyó sino que le dio el mando de un ejército. Juana se dirigió a Orleáns y en 1429 las tropas francesas hicieron que los ingleses huyeran, convencidos de que esta mujer, tan convencida en todo lo que hacía, debía tener un pacto con el diablo. En 1430 es capturada y un año después el obispo inglés la sometió a juicio, acusándola de brujería.

Juana de Arco fue quemada viva bajo la acusación de herejía en la plaza pública de Rúan, a la edad de 19 años. Y luego sus cenizas fueron tiradas al río Sena. Nada debió quedar de ella, ni un hueso ni una tumba o nicho con su

nombre. Sin embargo, en 1867 una urna fue encontrada en el ático de una farmacia parisina y una etiqueta indicaba que su contenido eran reliquias del cuerpo de Juana de Arco, contemporánea de Gilles de Rais —mariscal de Francia y uno de los mayores asesinos de la historia— que ya tenía la categoría de beata.

Se levantó una lógica expectación. Tuvo que llegar el año 2007 para poder analizar esos restos y las pruebas forenses revelaron que pertenecerían a… ¡una momia egipcia! Asombroso. Es decir, a una persona que vivió entre los siglos III y IV antes de Cristo, cientos de años antes del nacimiento de Juana. El

genetista francés Philippe Charlier fue quien aclaró el asunto.

Se creía que los restos investigados —una costilla humana, un hueso de una pata de gato, algunos trozos negros y un fragmento de lino— habían sido trasladados desde Rúan hasta París por una mano piadosa. Los restos de un gato tenían su lógica pues se atribuían a la costumbre en la Europa medieval de arrojar estos animales a la hoguera cuando se quemaban a personas acusadas de brujería. Juana de Arco fue canonizada en mayo de 1920 y sus supuestos restos permanecían guardados, como mera curiosidad, en un museo en la localidad de Chinon que

pertenece a la archidiócesis de Tours.

En algunos libros suele aparecer la firma de Juana de Arco, pero ella era analfabeta y fue forzada a firmar el documento de abjuración. El escribano le sostuvo la mano y le dirigió para que la pluma trazara JEHANNE —Juana—. Ni ella reconoció lo que había escrito.

La Leonor más famosa de la historia: Leonor de Aquitania

Fue una mujer de bandera. Su currículo y su personalidad es la envidia de cualquier mujer medieval de aquella época. A saber: dos veces reina —de

Francia y de Inglaterra— y madre de dos reyes —Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra—. Si además, añadimos que Leonor de Aquitania (1122-1204) tenía una gran belleza, una fina inteligencia, un carácter cautivador y unas actitudes sociales de vanguardia, la podemos considerar como la precursora del feminismo en una época en la que las mujeres vivían sometidas al yugo masculino. Le encantaba el arte, la política, la música y los libros. Era tan aficionada a leer, recitar y cantar melodías que fue musa de trovadores, e inspiradora de los cantares de gesta y de la saga artúrica.

Leonor fue una auténtica agitadora

cultural llevando a su palacio y a su Corte a cuanto juglar y trovador encontrase. Su lengua natural era el occitano, pero sabía hablar perfectamente inglés, francés y latín. Promovió torneos caballerescos, justas poéticas y los juegos de amor cortés. A los 15 años contrajo matrimonio con Luis el Joven, futuro rey Luis VII de Francia, que tenía un año más que ella. En el mismo año de la boda —1137— muere el monarca Luis VI y la pareja de jovenzuelos se convierten en reyes de Francia con su corte en París.

En 1145 nace su hija. Marie, futura condesa de Champagne y considerada la primera poetisa de Francia. Movidos

por la predicación de Bernardo de Claraval, en 1147 los esposos se van a la Segunda Cruzada y, ante la oposición de su marido que no ve con buenos ojos que una mujer participe en estos eventos, crea su propio ejército. En Antioquía tiene Leonor una relación sentimental con su tío Raimundo de Poitiers, príncipe de la ciudad, que provocó el distanciamiento del rey y la reina. De hecho, volvieron a Francia por separado y malhumorados. Entre medias tuvieron otra hija, Alicia. Estas dos circunstancias —la ausencia de hijos varones y los rumores de adulterio— fueron las que provocaron la anulación del matrimonio en 1152 por parte del

papa Eugenio III con la excusa de un parentesco de sangre.

Leonor no perdió el tiempo. Seis semanas se casó de nuevo esta vez con Enrique Plantagenet, futuro Enrique II de Inglaterra. Con las propiedades de ambos, reunieron un vasto territorio en Francia, Inglaterra y en Gales, dándose la paradoja de que, aun siendo vasallos del rey de Francia, los reyes de Inglaterra controlaban un territorio ocho veces superior al regentado por el belicoso Luis VII. Este dominio inglés sobre la mitad occidental de Francia sería el origen del conflicto conocido como la Guerra de los Cien Años (1339-1453).

Leonor nunca se queda al margen de los asuntos de estado. De su matrimonio con Enrique II, once años menor que ella, Leonor tuvo ocho hijos, entre ellos Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra. Una de sus hijas, Leonor de Inglaterra, se casó con el rey Alfonso VIII de Castilla y fundó el Monasterio de las Huelgas en Burgos. Se estableció en la corte de Poitiers e impulsó cuanta iniciativa cultural caía en sus manos. Dio importancia a la lírica caballeresca convirtiéndose en mecenas de diversos trovadores. Con el tiempo, Leonor no aguantó las infidelidades de su esposo Enrique, lo que indujo a que en 1173 hubiera una rebelión de tres de sus hijos

contra su padre. Tras reprimir la revuelta, el rey encarceló a Leonor en el castillo de Chinon —donde años más tarde estarían también los últimos templarios— y luego en Salisbury, hasta la muerte del rey en 1189.

Tras quince años de exilio, Leonor aseguró la sucesión del trono a su hijo Ricardo y se convirtió en regente de sus tierras durante las ausencias de éste al partir para la Tercera Cruzada. Fue ella la que sofocó el intento de conspiración de su hijo Juan sin Tierra (1193), aliado con Francia en contra del nuevo rey. Tras el regreso de Ricardo Corazón de León, Leonor creyó que su labor había terminado y se retiró a la abadía de

Fontevrault con la idea de morir allí, pero al fallecer su hijo Ricardo el 6 de abril de 1199 abandona el claustro para asistir a la coronación del rebelde hijo menor, Juan sin Tierra.

En 1200, y siendo casi octogenaria decide viajar a Castilla, cruzando los Pirineos, para escoger entre sus nietas, las infantas de Castilla —hijas de Leonor y de Alfonso VIII— a la que se convertiría en la esposa del hijo de Felipe II Augusto, el futuro Luis VIII. La escogida sería Blanca, una de las reinas de Francia más celebres, regente del reino en tres ocasiones que mostró sus habilidades políticas.

Regresó de nuevo a su retiro de

Fontevrault y allí murió a la avanzada edad de 82 años, el 1 de abril de 1204, el día de los santos inocentes para el mundo anglosajón. Una ironía del destino y el último guiño para la posteridad de la que sería llamada “la reina de los trovadores”.

Quizás uno de los rescates más famosos y caros del Medievo fue el de Ricardo Corazón de León, encerrado por los alemanes en un castillo cuando regresaba a Inglaterra desde las Cruzadas en 1192. Después de encallar su barco cerca de Aquilea, tuvo que seguir la peligrosa ruta terrestre que atravesaba Europa Central. Fue capturado por Leopoldo V de Austria

que lo identificó, pese a ir disfrazado de caballero templario. Lo llevó como prisionero al emperador Enrique VI de Alemania que lo mantuvo cautivo en Dürnstein. Su madre, Leonor de Aquitania, fue quien tuvo que recaudar el alto precio de su libertad que podría haber alcanzado el equivalente a 20 millones de euros. Ricardo volvió a Inglaterra en 1194.

La romántica historia de la princesa Kristina de Noruega

A los pocos meses de casarse Alfonso X el Sabio con doña Violante,

el rey y su corte pensaron que ésta era estéril. Y aquí surge una leyenda falsa pero con claros tintes románticos cual es que se pidió al rey de Noruega, Haakon IV, la mano de su única hija, la infanta Kristina, para que viniera a España y se casara con el rey Alfonso X. De esta manera mataba dos pájaros de un tiro: repudiaría a doña Violante y ganaría votos e influencias para ser coronado emperador del Sacro Imperio. La realidad es que la princesa estaba destinada para uno de los hermanos del monarca.

La princesa acepta con dos condiciones: elegir ella el marido entre los hermanos de Alfonso y que se

construya una ermita en honor de San Olav. Las dos condiciones son asumidas y emprende el camino en dirección a España. Algunos historiadores como Zurita en los Anales de la Corona de Aragón y el jesuita Juan de Mariana en su Historia de España, han aceptado sin reparos el relato de la Crónica de Alfonso X, mandada escribir por Alfonso XI en los últimos años de su reinado, la cual presenta una versión simplificada, anacrónica y hasta ridícula de los contactos entres las cortes castellana y noruega.

Hoy se sabe la historia real de lo que sucedió gracias a la Saga irlandesa del rey Haakon —escrita en 1265—,

Alfonso X pidió la mano de la doncella Kristina para uno de sus hermanos por cuestiones políticas y de hermanamiento con el país noruego en su pretensiones de ser *Rex Mundi*. Los diplomáticos castellanos dijeron ante la Corte de Oslo que el rey hispano tenía una muy buena disposición con el monarca noruego y que le ofrecía ayuda en caso de guerra contra cualquier país, excluyendo Francia, Inglaterra o Aragón.

El rey de Noruega consintió ese matrimonio a condición de que ella misma escogiera entre los hermanos del monarca español "al que más le agradara" y tal vez por primera vez en la historia una princesa pudo elegir *motu*

propio a su marido. El elegido fue el infante don Felipe que era abad de Valladolid y arzobispo electo de Sevilla al que el historiador Antonio Ballesteros describe como príncipe cazador, de bella apostura y amante de los entretenimientos mundanos". Sabiéndose falto de vocación eclesiástica, renunció a su sede de Sevilla con la aprobación regia, para casarse con la princesa noruega.

La “niña nórdica” o “la princesa del amor”, dos de los nombres que ha recibido por el pueblo, llega a Valladolid en 1257 y su hermosura es descrita de la siguiente manera: “ojos azules, cabellos dorados y tez como la

nieve”. Un miércoles de ceniza, 6 de febrero de 1258, se celebraron los esponsales en Valladolid. Ella tenía 24 años. Se van a vivir al Palacio de Biorraguel, en Sevilla y allí la salud de la princesa empieza a decaer. A los cuatro años de estar casada muere sin hijos en el año 1262. Según la Crónica, a causa del calor. Su cuerpo es embalsamado y llevado a la colegiata de Covarrubias (Burgos) del que fuera abad su marido, donde aún reposa al lado de una campana que posee su propia superstición: las jóvenes que toquen la campana de barco que hay junto a su sepulcro encontrarán esposo en el plazo de un año.

Hildegarda von Bingen y la «Lengua Ignota»

En el 2009 la directora de cine alemana Margarethe Von Trotta estrenó su película *Visión*, basada en la vida de una de las mujeres más enigmáticas de la historia. A pesar de haber vivido hace casi mil años, su figura sigue estando vigente en la cultura europea. La abadesa benedictina del siglo XII nos ha legado una obra gigantesca donde trata sobre lo humano y lo divino. En el siglo de las Cruzadas, en el tiempo de la persecución de los cátaros y los albigenses, en la época de los enfrentamientos entre el sacro imperio

romano-germánico y el papado, cuando se iniciaron la primeras escaramuzas entre fe y razón surge una mujer de bandera, Hildegarda de Bingen, que escribió una obra enciclopédica, compositora y poetisa, predicadora y reformadora monástica que, como mística, se sentía enviada por Dios.

Tuvo la capacidad para predecir el futuro y un don para las visiones místicas. Es un caso único pues nunca había existido otra mujer hasta ese momento que tuviese visiones y revelaciones en estado de vigilia. Hildegard era capaz de entrar en éxtasis sin perder el conocimiento, viendo, oyendo y conociendo mientras

continuaba consciente en el mundo terrenal. En vida fue admirada y respetada por monarcas, papas, nobles caballeros y doctos frailes, algo inaudito para una mujer en la Edad Media. Hoy sigue siendo aclamada y reclamada como precursora e inspiradora de muchas artes.

A los ocho años fue confiada a un monasterio para educarse y con el tiempo profesó votos perpetuos, llegando en 1136 a ser elegida abadesa. En 1141, durante una de su visiones, se le ordenó escribir todo lo que había visto y oído. Es el *Scivias* o *Scivias Dei* —Conoce los caminos de Dios—. Ea música es uno de los puntales en la obra

de la abadesa de Ruperstsberg. Ea considera un medio para comunicarse con Dios y una forma de alegrar el espíritu, recobrando la armonía perdida. Entre sus creaciones más conocidas se encuentra la Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales. Hoy los musicólogos valoran mucho su obra y existen grabaciones de sus melodías con ritmos *techno* y *New Age* que demuestran lo universal de su genio.

Ocupada en mil tareas, aconsejando sobre temas espirituales y mundanos, transcribiendo sus visiones, componiendo música y escribiendo su poesía, viajando y curando enfermos, fundando nuevos monasterios, era un no

parar. Fue la primera y única mujer en siglos autorizada por la Iglesia a predicar, cosa que hizo en numerosos pueblos y templos de Alemania. Nunca tuvo problemas, pero a sus 80 años llegó la que fue tal vez su peor experiencia: un conflicto con las autoridades eclesiales. La abadesa había permitido la sepultura de un noble excomulgado en el cementerio de Rupertsberg. El hombre, poco antes de morir, se había reconciliado con la Iglesia, acción que ignoraba el alto clero. Hildegarda se negó a cumplir la orden episcopal de exhumar el cadáver y alejarlo de tierra consagrada. Pasaron meses de amenazas y prohibiciones

contra su comunidad. Finalmente, casi un año después, el arzobispo, al conocer los detalles, levantó los castigos y elogió la actitud de Hildegarda. Fallecería pocos meses después, el 17 de septiembre de 1179.

Hildegarda hizo tantas cosas que incluso creó una lengua artificial, la primera conocida en la historia, con la idea de que fuera un medio de comunicación universal. Era la lengua ignota, que tal vez la empleara para transmitir mensajes secretos entre sus benefactores. El alfabeto está construido con las “letras desconocidas” y un vocabulario que no sabemos si fue invención suya o una revelación de los

propios ángeles con los que decía que se comunicaba. Estos escritos, que constituyen uno de los más genuinos ejemplos de lingüística, aún esperan un estudio filológico que arroje alguna luz sobre su significado, pero según ella las palabras encierran en sí la esencia de las cosas, es la lengua del conocimiento puro, la que conocía Adán, la lengua hablada por los ángeles. Hildegarda, que aseguraba conocer esta lengua por revelación divina, da una lista de 1011 palabras y 23 letras. Este es el alfabeto de su lengua ignota y que cada uno saque sus propias conclusiones.

El vocabulario consta sólo de sustantivos y adjetivos. Como muestra,

veamos algunas de las palabras escritas en esta angelical “lengua ignota” —con su traducción al latín y al español— y serían las siguientes:

- **Aigonz**: *deus* (Dios)
- **Aieganz**: *angelus* (ángel)
- **Zuuenz**: *sanctus* (santo)
- **Liuionz**: *salvator* (salvador)
- **Diuehz**: *diabolus* (diablo)
- **Ispariz**: *spiritus* (espíritus)
- **Inimois**: *homo* (ser humano)
- **Jur**: *vir* (hombre)
- **Vanix**: *femina* (mujer)
- **Sonziz**: *apostolus* (apostol)
- **Lkischiol**: *martir* (mártir):

- **Zanziuer**: *confessor* (confesor)
- **Vrizoil**: *virgo* (virgen)
- **Jugiza**: *vidua* (viuda)
- **Pangizo**: *penitens* (penitente)
- **Kulzphazur**: *attavus* (bisabuelo)
- **Phazur**: *avus* (abuelo)

Las Beguinas: una vida alternativa en la Edad Media

La catedrática de Historia Medieval, Milagros Rivera Carretas, las ha definido a la perfección:

«Es una forma de vida inventada

por mujeres para mujeres… Quisieron ser espirituales pero no religiosas. Quisieron vivir entre mujeres pero no ser monjas. Quisieron rezar y trabajar, pero no en un monasterio. Quisieron ser fieles a sí mismas pero sin votos. Quisieron ser cristianas pero ni en la Iglesia constituida ni, tampoco, en la herejía. Quisieron experimentar en su corporeidad pero sin ser canonizadas ni demonizadas. Para hacer viable en su mundo este deseo personal, inventaron la forma de vida beguina, una forma de vida

exquisitamente política, que supo situarse más allá de la ley, no en contra de ella. Nunca pidieron al papado que confirmara su manera de vivir y de convivir ni se rebelaron, tampoco, contra la Iglesia».

Las beguinas surgen sobre el año 1170, aproximadamente, en la zona de Bélgica, En un principio eran mujeres de alta alcurnia, que vivían cómodamente pero cuya vida no les satisfacía viendo la pobreza y miseria que había a su alrededor. Habían decidido unirse en comunidades religiosas con tres objetivos clave; la oración, el trabajo y

la caridad. Las primeras comunidades de beguinas se organizaban como si fueran pequeñas aldeas, con casas alrededor de las zonas comunes, la iglesia, y los lugares de comida y trabajo. Entre las beguinas también se incluían hombres.

Las beguinas eran, por tanto, una asociación de mujeres cristianas, contemplativas y activas a la vez, que dedicaron su vida a la defensa de los desamparados, enfermos, mujeres, niños y ancianos. A su vez ejercieron una brillante labor intelectual que ahora empieza a ser conocida, con multitud de obras que escribieron. Organizaban la ayuda a los pobres y a los enfermos en

los hospitales, o a los leprosos. Trabajaban para mantenerse y eran libres de dejar la asociación en cualquier momento para casarse.

Hacían votos provisionales de castidad y obediencia pero no de pobreza, de manera que trabajaban para vivir y cuidando enfermos tanto en el hospital como en su casa. Podían abandonar la orden y casarse cuando quisieran.

No había casa-madre, como así tampoco una regla común, ni una orden general; sino que cerca de los hospitales o de las iglesias donde establecían sus viviendas en sencillas habitaciones donde podían orar y hacer trabajos

manuales, cada comunidad o beguinage, estaba completa en sí misma, y organizaba sus propia forma de vida con el propósito de orar y servir como Cristo en su pobreza.

La beguina mística más famosa es, sin duda, Hadewych de Amberes —siglo XIII—, autora de varias obras en poesía y en prosa, entre ellas algunas cartas dirigidas a amigas de toda Europa. En Alemania aparece Matilde de Magdeburgo con su obra La luz que fluye de la divinidad, y que fue condenada por la Inquisición, como era de esperar por haberlo escrito y divulgado, y chamuscada en la hoguera en París en el año 1300 para que supiera

lo que era la luz que fluye y que quema.

Otra gran mujer sufrió parecida suerte por los “delitos” de traducir las obras del místico alemán Eckart y por la divulgación de su propia obra. Margarita Porete murió en la hoguera en 1310 dejando para la posteridad una de esas obras repleta de simbolismo y misticismo: *El Espejo de las Almas Simples*, uno de cuyos párrafos dice:

> «Teólogos y otros clérigos / no tendréis el entendimiento / por claro que sea vuestro ingenio / a no ser que procedáis humildemente / y que amor y fe juntas / os hagan superar la

razón, / pues son ellas las damas
de la casa».

Esta obra de Margarita Porete sirvió de inspiración a la escritora Rosa Villada para escribir su novela *El juego de Dios*.

El movimiento de las beguinas, al no tener una estructura organizada, se diseminó en parte entre las terceras órdenes y, en parte, entre los movimientos heréticos. Hoy se está rescatando esa forma de vida que permaneció ignorada durante tantos siglos, y se les está reconociendo el gran papel que hicieron estas mujeres medievales, como precursoras, entre

otras cosas, de las primeras enfermeras. Por ejemplo, las beguinas de Flandes constituyeron una de las órdenes seglares de enfermería más prominentes y eso son cosas que nunca se olvidan…

APÉNDICE EXPRESIONES QUE PROVIENEN DE LA EDAD MEDIA

Una leyenda dice que al volver Colón de su primer viaje a América, se le dijo durante un banquete de bienvenida organizado por el cardenal Mendoza que cualquiera podía haber descubierto el Nuevo Mundo, puesto que la única dificultad era ser lo suficientemente aventurero como para navegar hacia

Occidente. Colón entonces pidió que pusieran un huevo en pie. Todos comenzaron a dar mil vueltas al huevo, sin conseguirlo. Se dieron por vencidos. Colón tomó el huevo y lo golpeó sobre la mesa, rompiendo su extremo y dejándolo en pie. Esa misma historia se sitúa en la Junta de Sabios de la Universidad de Salamanca. Y dicen que de ahí proviene esta expresión, aunque todo indica que es eso, una simple leyenda.

Y eso porque ya se contaba antes de Colón referida a Filippo Brunelleschi, que en una comida en la que se habría debatido sobre su solución para la cúpula en la catedral de Florencia,

habría hecho la misma demostración, 74 años antes de que lo hiciera Colón, a pesar de la cancioncilla popular:

Colón fue un hombre
de gran renombre
que descubrió un mundo nuevo
y además fue el primero
que puso un huevo de pie,

Al arquitecto Brunelleschi, antes de iniciar la construcción de la inmensa cúpula de la catedral de Santa Maria del Fiore de Florencia, le preguntaron los miembros del Gran Consejo:

—¿Cómo vas a solucionar el problema de construir una cúpula tan grande?

—Igual que se sostiene un huevo de pie

Y cogiendo Brunelleschi uno, lo abolló suavemente por la parte donde el huevo tiene su pequeña cámara de aire y el huevo se quedó de pie, si salirse su contenido. Corría el mes de diciembre del año 1418, 74 años antes de que Colón, en Salamanca, empezara a hablar de su viaje a América.

En el libro La cúpula de Brunelleschi (2002) de Ross King, se cuenta con detalle su origen: "Vasari relata una anécdota que es tan divertida

como improbable, una leyenda como la de Arquímedes y su bañera o la de Newton y el manzano. En esta parábola, Filippo sugiere a los mandatarios que cualquiera que consiga que un huevo se sostenga derecho sobre una superficie plana de mármol gane el concurso. Cuando todos los demás participantes fracasan en el intento, Filippo se limita a romper ligeramente la base del huevo y luego lo coloca de pie. Cuando sus rivales protestan diciendo que eso también podían haberlo hecho ellos, Filippo les replica que igualmente sabrían como abovedar la cúpula si conocieran sus planos. Y así fue como el trabajo, afirma Vasari, se encargó sin

más demora a Filippo. Parece muy poco probable que los serios magnates de la lana de la Ópera del Duomo se sintieran tentados a encargar un trabajo basándose en un juego de salón de esa clase. No obstante, por inverosímil que suene la historia, vale la pena observar que el humilde huevo ha fascinado durante mucho tiempo a científicos e ingenieros. Tanto Alejandro de Afrodisias como Plinio el Viejo se maravillaron ante la fuerza longitudinal de esa estructura aparentemente frágil que como afirma el segundo, “ninguna fuerza humana puede romper”.

Bueno, pues expresiones tan conocidas como esta del “Huevo de

Colón” hay muchas más y todas ellas provienen de esa Edad Media tan pródiga en acontecimientos, dimes y diretes, usos y costumbres de toda clase y condición.

Hablando del cardenal Mendoza (1428-1495), perteneció a una de las familias más importantes de España ejerciendo varios cargos eclesiásticos y con una rica y variada actividad sentimental. Tuvo al menos tres hijos naturales a quien dio puestos honorables: Rodrigo de Vivar y Mendoza, Diego Hurtado de Mendoza y Juan de Mendoza. Éstos se los presentó a la reina Isabel —la Católica— con la irónica expresión de “Estos son mis

pecados”.

En 1959 se publicó el magnífico estudio de la investigadora irlandesa Eleanor O’Kane titulado Refranes y frases proverbiales españoles de la Edad Media, una aportación muy valiosa para el conocimiento de nuestro riquísimo refranero medieval. Cita obras clásicas de la literatura medieval hispana como las del Arcipreste de Hita, el Arcipreste de Talavera, el Marqués de Santillana o las de Fernando de Rojas.

En La Celestina o la Tragicomedia de Calisto y Melibea, su autor, el bachiller Fernando de Rojas, hace gala de su gran dominio del refranero y de su

habilidad y maestría para manejarlo. Menciona refranes como: “Una ánima sola ni canta ni llora”, “Un solo acto no hace hábito”, “Un fraile solo, pocas veces lo encontrarás en la calle”, que recuerda el que dice: “Monjas y frailes andan a pares”. “Una perdiz sola, por maravilla vuela”, “Una golondrina no hace verano”, “Un testigo solo no es entera fe”, “Quien sola un ropa tiene, presto la envejece”. En la misma Celestina aparecen estas otras paremias o enunciados breves e ingeniosos que incitan a la reflexión intelectual y moral: “Un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo”, “En una hora no se ganó Zamora”, “El

buen atrevimiento de un solo hombre ganó Troya”, o “Un solo golpe no derriba un roble”.

En este Anexo me referiré a aquellos refranes, frases o expresiones más populares y que tienen una vinculación histórica o están basados en alguna leyenda que ocurrió —o dicen que ocurrió— por aquellas lejanas épocas medievales.

Echarle a uno el muerta o cargar con el muerto

La expresión se utiliza para imputar a un tercero la culpa de lo que no ha

hecho. Su origen es la costumbre que tenían algunos de arrojar un cadáver dentro del término de un pueblo y que correspondía a una persona no identificada y con claros signos de violencia. Si al final no se llegaba a esclarecer quién había cometido el asesinato, todos los habitantes de dicho municipio estaban obligados a pagar una multa.

Para evitar la sanción, que se conoce como homicisiuni, los vecinos no decían nada y metían el cadáver o cadáveres en sacos y, en la oscuridad de la noche, arrojarlos en el pueblo próximo. Echar el muerto a otro equivalía, pues, a cargarle con la responsabilidad de un

crimen y con la multa correspondiente, salvo que se entregara o se capturara al asesino.

Estar en Babia

Babia es una apartada comarca leonesa que linda con Asturias. Regada por un afluente del río Luna, era el lugar de descanso preferido por los Reyes de León, en la Baja Edad Media. Con cierta frecuencia, el monarca, harto de los asuntos de palacio y las intrigas de los nobles, se apartaba a este lugar paradisíaco y alejado de los campos de batalla. Estas ausencias reales

motivaban a menudo la inquietud de los vasallos, a quienes, cuando preguntaban por su señor, se les respondía evasivamente que el rey estaba en Babia. La expresión se hizo proverbial y pasó a la lengua común para describir a quien está distraído y ajeno a la realidad. Como curiosidad, Babia era un lugar famoso por sus caballos pequeños y robustos. Se cuenta que el caballo del Cid Campeador procedía de este lugar. De ahí su nombre. Babieca, pero no es cierto.

El escritor Gómez de la Serna, en un artículo para *ABC* de 1953, lo explicaba de esta manera:

«¿Que por qué se dice estar en Babia cuando se está como ausente o ajeno a lo que sucede en torno? Verás, lector, Parece que los reyes de León gustaban, como gente fina que eran, de pasar largas temporadas de verano en Babia, cuando todavía los duques de Luna no habían fijado allí su puesto de mando para expoliar al país. Babia era una región placentera…, guardada por gente pacífica e hidalga, leal al Rey y, entonces, como buenos cazaderos de osos, corzos y jabalíes. Ordoños, Ramiros, Alfonsos y Fernandos

se encerraban en Babia muchas veces, huyendo de las intrigas de la Corte y de las ambiciones de nobles y prelados empeñados en instaurar la modalidad feudal, A veces, los fieles súbditos leoneses echaban de menos a su monarca, ausente, mientras los intrigantes repetían: “El rey está en Babia”. Y con esto daban a entender que Su Alteza no quería saber nada de nada. Desde entonces, “estar en Babia” se dice de un estado psicológico que está entre él “*dolce far niente*” y el “no quiero saber nada”».

Poner pies en polvorosa

Existen diferentes versiones que explican el origen de este dicho, que significa huir o escapar con precipitación. Algunos creen que procede del lenguaje de germanía o modo de hablar de los gitanos y rufianes, en cuya jerga la palabra polvorosa significa calle. Pero existe otra versión que se apoya en el siguiente hecho histórico: Alfonso III el Magno libró una batalla cerca del río Orbigo, en los campos de Polvorosa, en Palencia. Las tropas del rey vencieron al enemigo, pero no por sus propios méritos sino ayudadas por un oportuno

eclipse de luna, que atemorizó y desconcertó a los moros.

Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada

El origen de la frase se remonta a la época de las grandes peregrinaciones a Santiago de Compostela, hacia el año 1080. Refiere la historia que tres peregrinos alemanes —una pareja y su hijo— decidieron hospedarse en una venta de Santo Domingo de la Calzada —La Rioja—. La hija del posadero se encaprichó del joven peregrino, pero éste no respondió a aquella súbita

pasión y rechazó sus pretensiones. La moza, despechada, introdujo una taza de plata en el zurrón del mancebo. Cuando la familia había reemprendido el camino, la joven denunció el hurto a la justicia, cuyos ejecutores detuvieron a los peregrinos y hallaron el objeto robado en el zurrón del chico, y éste fue ajusticiado. Los padres continuaron su camino a Santiago, rindiendo voto ante la tumba del Santo, y de regreso, al pasar por Santo Domingo, se acercaron al cadalso, donde vieron que su hijo se hallaba sano y salvo junto a la horca, porque la Virgen había impedido su muerte.

Los padres del mozo, convencidos

de que había sido un milagro del Apóstol Santiago, fueron a pedir al corregidor que lo dejara libre. Pero éste manifestó en tono burlón: “Tan cierto es eso como que vuelan esas aves —un gallo y una gallina— que se están asando en la lumbre”. Dicho lo cual, las aves aludidas salieron, en efecto, volando. El prodigio corrió de boca en boca y el dicho “Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada” quedó enraizado en el lenguaje popular para aludir a un hecho extraordinario. En la catedral existe un gallinero construido en 1460 que alberga una pareja peculiar: un gallo y una gallina blancos. Está situado

enfrente de la tumba de Santo Domingo de la Calzada. Es un curioso y singular testimonio vivo y permanente de dicho milagro.

Quien se fue a Sevilla, perdió su silla

En el siglo XV le fue concedido el arzobispado de Santiago de Compostela a un sobrino del obispo de Sevilla, Alonso de Fonseca. Dado que el reino de Galicia andaba revuelto por aquellas épocas, el arzobispo electo pidió ayuda a su tío. Don Alonso se desplazó a Santiago y pidió a su sobrino que se ocupara del arzobispado sevillano

durante su ausencia, como un favor… Para qué se lo diría. El arzobispo Fonseca, tras lograr serenar los ánimos de los gallegos, regresó a Sevilla pero se encontró con que su sobrino le había cogido gusto al sitio y no quería dejar de ningún modo la silla hispalense. Para que desistiera de su obstinada decisión, no sólo fue necesario un mandato del papa, sino que interviniera el rey Enrique IV de Trastámara y que algunos de sus seguidores fuesen ahorcados tras un breve proceso. A raíz de este trágico suceso nace el refrán “quien se fue a Sevilla, perdió su silla”, que realmente debería decir: “Quien se fue de Sevilla perdió su silla”.

Dejar a uno en la estacada o quedarse en la estacada

La estacada era el palenque, liza o campo de batalla, construido ordinariamente con estacas —de donde viene su nombre— en que se celebraban los desfiles solemnes, los torneos, justas y demás competiciones entre caballeros andantes. “De aquí se llamó figuradamente quedar o quedarse en la estacada a ser vencido en una disputa, o perder en una empresa, y poner o dejar a uno en la estacada, a matarlo o abandonarlo en un grave peligro o asunto peligroso”, explica Rodríguez Marín en una edición crítica del Quijote.

Y así era. Los torneos se celebraban casi siempre en campos delimitados por esa clase de estacas, de manera que los caballeros perdedores que caían al suelo, se quedaban “en la estacada”. Hoy adquiere el significado de dejar a alguien solo frente a una situación peligrosa.

Prometer el oro y el moro

Frase irónica que se emplea cuando alguien ofrece cantidades o ganancias considerables. El origen proviene de un hecho de armas protagonizado por un grupo de caballeros jerezanos durante

las guerras de la Reconquista. Sucedió durante una incursión en la que estos caballeros lograron capturar a unos cincuenta moros notables, entre los que se encontraban Abdalá, el alcaide de la ciudad malagueña de Ronda y un sobrino de éste, llamado Hamet. El suceso ocurrió en Jerez en el año 1426, en tiempos del rey Juan II. A pesar de que Abdalá pagó el rescate con una fuerte suma de dinero, la esposa del caballero Fernández de Valdespino se negó a liberar al sobrino si no le abonaban 100 doblas de oro que había gastado en su guarda y mantenimiento.

Debido a que nadie se ponía de acuerdo, Juan II ordenó que Hamet fuera

llevado a la corte y allí se habló largo y tendido de dinero y del moro y es probable que el pueblo andaluz sacase de este suceso que el rey quería el oro y el moro.

Dársela a uno con queso

En la Edad Media, la comarca de La Mancha era famosa por sus vinos de calidad y taberneros de toda España se desplazaban hasta sus bodegas para comprar los barriles de vino al mejor precio. Antes de pagar, los taberneros tenían la buena costumbre de probar la mercancía.

Para dar salida a las partidas de vino picado o de muy baja calidad, los dueños de las bodegas recurrían al arte de la picaresca. Agasajaban a los compradores novatos y confiados con un sabroso plato de queso manchego en aceite, porque su fuerte sabor hacía que el paladar del incauto comprador no distinguiera un buen caldo de uno avinagrado. Esta innoble práctica dio origen a la expresión "dársela a uno con queso", que se utiliza cuando alguien es engañado o estafado.

Morder el polvo

José María Iribarren lo explica diciendo: “La expresión es muy antigua. Los caballeros de la Edad Media, cuando se sentían mortalmente heridos, tomaban un puñado de tierra y lo mordían, como beso postrero a la madre Tierra, que los había sustentado y que ahora iba a recibirles en su seno”.

Este ritual dio lugar a la expresión morder el polvo, que equivale a humillarse, a darse por vencido. “Y sin ánimo ni galanura, caído de un rocín ligero, el vencido muerde el polvo, olvidando, mientras muere, el porqué de su quereña”, escribe Ludovico Ariosto en *Orlando furioso*.

No se ganó Zamora en una hora

La frase se refiere al cerco de Zamora por parte del rey Sancho II de Castilla, que tuvo una duración cercana a los siete meses y además fracasó en el intento. La hija de Fernando I, Doña Urraca, recibió a la muerte de su padre el señorío de Zamora. Su hermano, el rey don Sancho II de Castilla, llamado el Bravo, quería arrebatarle esa herencia y sitió la ciudad zamorana. Pero ésta fue defendida por Doña Urraca durante medio año hasta que el traidor Bellido Dolfos asesinó por la espalda a don Sancho, el 6 de octubre de 1072. De esta forma trágica concluyó el cerco y nació

la frase “no se ganó Zamora en una hora”, que se utiliza para recomendar paciencia, ya que las empresas grandes y difíciles requieren largo tiempo.

Pasar una noche toledana

Este modismo proviene, según el maestro Gonzalo Correas, de que las mozas toledanas del primer tercio del siglo XVII creían que el primer hombre varón que oyesen a partir de las 12 de la noche del día de San Juan se convertiría en su marido. A mi me parece una tontería y me parece más fiable una de las versiones más dramáticas del refrán,

que se refiere a una madrugada del año 806 en la que Amrus-al Lleridi, wali de Toledo, reunió en su palacio, so pretexto de celebrar un banquete, a 400 muladíes toledanos, sospechosos de rebeldía contra el califa de Córdoba, su señor. Cuando los invitados se encontraban entregados a los placeres propios del festín, Amrus los mandó acuchillar hacia medianoche. Los cadáveres fueron arrojados a un foso, y las cabezas se expusieron para escarmiento de la población.

Pasar la noche en blanco

Hace siglos había muchísimos niños huérfanos que eran recogidos en hospicios, orfanatos o instituciones religiosas. Muchas veces no se sabía el nombre de los padres, así que estos niños recibían el apellido “Blanco” —algo muy habitual, por ejemplo en León—, pero no es este el origen. La frase “pasar la noche en blanco” está relacionada con la noche que ritualmente solían pasar sin pegar ojo aquellos que durante el medievo, querían formar parte de ciertas órdenes de caballería.

La noche antes de ser armados caballeros, los aspirantes hacían la velada de las armas que les honrarían como tales, llevando como atuendo una

túnica o sayal blanco que simbolizara la pureza espiritual. El color blanco de las ropas y lo largo que se hacía la espera hasta el amanecer dio origen al dicho.

Velar armas y pasar la noche en vela

El rito de tomar la caballería, o sea, convertirse en caballero, requería que el aspirante, doncel o escudero hasta entonces, pasara un noche de vigilia, rezando y velando (vigilando a la luz de las velas) las armas, normalmente encerrado en una capilla. De ahí que esta sentencia se aplique a alguien que está encerrado preparando algo para una

batalla o acto importante. También es éste el origen de “pasar la noche en vela”.

Romper una lanza

En los torneos medievales muchos caballeros luchaban defendiendo el honor de otra persona. En su lucha si uno de estos caballeros rompía la lanza del contrario suponía que vencía el torneo y, por lo tanto, vencía también su representado. Esta expresión ha llegado a nuestros días con el significado de defender o ayudar a alguien que es señalado como culpable.

Ir de punta en blanco

Cuando un caballero se preparaba para la batalla se aseguraba de tenerlo todo preparado: armadura completa y espadas y lanzas afiladas. Tener las armas afiladas era tenerlas blancas. De ahí que cuando un guerrero iba completamente equipado para la batalla se decía estar “de punta en blanco”. Hoy, el significado ha derivado a estar completamente vestido de uniforme o de etiqueta, de forma muy elegante. Esta expresión es la misma que da origen a la frase “armas blancas”, aludiendo a que son cortantes, en contraposición con las llamadas “armas negras”, que eran las

que se utilizaban en la práctica de la esgrima y que no eran cortantes ni punzantes. Asimismo, eran también llamadas armas negras las que permanecían envainadas.

Salvado por la campana

En épocas de epidemias a algunas personas se les consideraba fallecidas sin estarlo o entraban en un estado de catalepsia. Y luego pasaba lo que pasaba… ataúdes arañados. Para evitar que se diese esta situación se usaron dos técnicas fundamentalmente. Una era dejar al muerto durante tres días en la

mesa de la cocina. De ahí, la costumbre de los velatorios. De esta forma se podía vigilar si el muerto volvía a la vida. La segunda opción era atar una cuerda a la muñeca del difunto que se introducía dentro del ataúd unida a una campana que se encontraba en el exterior. Si el muerto no estaba tan muerto, tiraba de la campanilla y daba la voz de alarma. De esta costumbre viene la expresión “salvado por la campana”.

Meterse en camisas de once varas

Para empezar, hay que decir que la vara es una antigua medida castellana

que equivalía a unos 84 centímetros. Según cuenta José M. Iribarren en El porqué de los dichos, el origen de esta frase estaría en la ceremonia que se hacía en la Edad Media para adoptar a uno como hijo, consistente en que el padre adoptante metía al adoptado por la manga muy holgada de una camisa y lo sacaba por el cabezón o cuello de ésta, hecho lo cual le daba un beso en la frente. Sucedía, a veces, que salían mal estas adopciones, y, por lo tanto, se aconsejaba que no se metiera "en camisa de once varas", es decir, que no se dejase adoptar por otro. La vara era una barra de madera o metal que servía para medir cualquier cosa y la alusión a las

once varas es para exagerar la dimensión de la camisa que, si bien era grande, no podía medir tanto como once varas —serían más de nueve metros—.

Que si quieres arroz, Catalina

Para José María Iribarren, la explicación es la siguiente: parece ser que en tiempos de Juan II de Castilla (1406-1454), residía en Sahagún (León) cierto judío converso, casado con una mujer llamada Catalina, a la que le gustaba tanto el arroz, que no sólo hacía de él un gran consumo, sino que lo recomendaba a todos como remedio

para cualquier indisposición. En su criterio, el arroz era una especie de panacea universal. Un día cayó enferma y se negó a medicarse y a hablar. Sus familiares le intentaron dar arroz cocido a toda costa y nada. No lo quería ni ver y nada decía. Repitieron varias veces la pregunta en voz alta: "¿Que si quieres arroz, Catalina…" y Catalina falleció sin responder. Desde entonces, esta frase se dice cuando alguien no hace caso a lo que dicen.

Las cuentas del Gran Capitán

Se dice de las cuentas donde figuran

cantidades exorbitantes y sin la debida justificación. La frase alude a las controvertidas cuentas y gastos administrativos que Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), apodado El Gran Capitán, presentó a los Reyes Católicos después de haber conquistado para ellos el reino de Nápoles y lo hizo con chulería y con mucha carga irónica. Veamos algunas de esas partidas:

- 100 millones de ducados en picos, palas y azadones para enterrar los cadáveres del adversario.
- 200.736 ducados y 9 reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad

de las armas españolas.

- 100.000 ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla.
- 160.000 ducados en poner y reponer campanas destruidas por el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.
- 100 millones por mi paciencia en escuchar ayer que el Rey pedía cuentas al que le había regalado un reino…